

DE LAS COSTUMBRES DE LA IGLESIA CATOLICA y DE LAS COSTUMBRES DE LOS MANIQUEOS

Traductor: P. Teófilo Prieto, O.S.A

LIBRO PRIMERO

DE LAS COSTUMBRES DE LA IGLESIA CATÓLICA

Es necesario poner al descubierto los artificios de los maniqueos. Dos artificios que principalmente utilizan para seducción de los ignorantes.

1.1. He tratado suficientemente, a mi parecer, en otros libros sobre el modo de rebatir los ataques que, con tanta impiedad como ineptitud, dirigen los maniqueos contra la Ley o Viejo Testamento, y como es vana la jactancia que ellos afectan en medio de los aplausos del vulgo ignorante. De lo cual puedo también aquí hacer brevemente mención. ¿Qué hombre, por poco razonable que sea, no comprenderá que para la interpretación de las Escrituras se ha de acudir a los que tienen profesión de enseñarlas, y que puede suceder, o mejor dicho, sucede siempre, que muchos pasajes parezcan ridículos a inteligencias poco desarrolladas, mientras que, si hombres más sabios los explican, aparecen admirables y se reciben con tanta mayor satisfacción cuanto se ve era más difícil descubrir el pensamiento? Esto es lo que pasa con alguna frecuencia en los libros santos del Testamento Antiguo cuando el que encuentra allí materia de escándalo se dirige a un doctor piadoso, más bien que a un impío censor, y con tal que desee más averiguar que no satirizar. En su deseo de instruirse podrá quizás dar con obispos, sacerdotes y otros ministros de la Iglesia católica que se guarden con cautela de descubrir a todos indistintamente nuestros misterios o con quienes, contentos con la sencillez de la fe, no se imponen el sacrificio de sondear sus profundos secretos. Pero no deben nunca desesperar de encontrar allí la verdad, donde ni todos los que la exigen son capaces de enseñarla, ni todos los que la piden son siempre dignos de aprenderla. Dos cosas son necesarias: diligencia y piedad; la primera nos conducirá a los que verdaderamente posean 1ª ciencia y la otra nos hará merecedores de adquirirla.

2. Los maniqueos usan principalmente de dos artificios para seducir a los sencillos y pasar ante ellos como maestros: uno, la censura de las Escrituras, que entienden o pretenden entender muy mal; y el otro, la ficción de una vida pura y de continencia admirable. Yo he resuelto, en consecuencia, tratar de la vida y costumbres de la Iglesia católica; y comprenderá quien lo leyere qué fácil es simular la virtud y qué difícil poseerla con perfección. Mi palabra irá unguada de moderación, y me guardaré, sobre todo, de hablar de sus desarreglos, que me son bien conocidos, con la severidad y dureza que ellos emplean contra lo que no conocen; mi deseo más vehemente es sanarlos más bien que combatirlos. Presentaré únicamente los testimonios de las Escrituras, que están obligados a creer; no invocaré más que el Nuevo Testamento, y aun todavía daré de lado los testimonios que dicen ser interpolados cuando se les aprieta de tal forma que les es la salida muy angustiosa y difícil; limitándome únicamente a los que se ven forzados a admitir y aprobar. Lo que haré, eso sí, no dejar ningún pasaje de la doctrina de los apóstoles sin su comparación con el correspondiente texto del Antiguo Testamento, para que, despojándose de esa pertinacia, en la defensa de sus locuras, si quieren despertar de su sueño y acercarse a la luz de la fe cristiana, puedan ver cuánto deja que desear su vida para ser vida cristiana y cuán verdadero es ser la Escritura que ellos censuran la Escritura de Jesucristo.

Se apoya primero en la razón que en la autoridad, por condescendencia con el vicioso método de los maniqueos

II. 3. ¿En qué me apoyaré primero, en la razón o en la autoridad? El orden natural es que, cuando aprendemos alguna cosa, la autoridad preceda a la razón. La razón, en efecto, descubre su debilidad, en que, después de haber caminado sola, tiene necesidad del recurso a la autoridad como confirmación de lo que ella ha establecido. La inteligencia humana, obscurecida por las tinieblas que como un velo la ciegan en la noche de los vicios y pecados, e incapaz de contemplar con firmeza la claridad y pureza de la razón, necesita el salubérrimo recurso de la autoridad, como sombreada con ramos de humanidad, para fijar la mirada débil e insegura del alma en la luz de la verdad. Pero como tengo que habérmelas con enemigos que sienten, hablan y obran contra el orden natural y cuya máxima suprema es que la razón debe ser invocada antes que todo, me acomodaré a su manera de, ver y seguiré su método, aunque, a mi parecer, en las discusiones sea vicioso. Me será dulce y deleitable imitar, según mis fuerzas, la mansedumbre y dulzura de Jesucristo, que consintió revestirse del mal de la muerte misma, de la que nos quería libertar.

Felicidad del que goza del sumo bien del hombre. Condiciones de este bien: 1ª Que sea lo mejor que existe. 2ª Que no se le pueda despojar a nadie contra su voluntad

III. 4. Veamos, pues, a la luz de la razón, lo que debe ser la vida del hombre. Es cierto que todos queremos vivir una vida feliz, y no hay nadie que no asienta a esta proposición aun antes de terminar su enunciado. Mas feliz, a mi juicio, no es el que no posee lo que ama, cualquiera que sea el objeto de su amor; ni el que posee lo que ama, si es nocivo; ni el que no ama lo que tiene, aunque sea muy bueno. Pues el que arde en deseos de lo que no puede conseguir, él mismo es su crucifixión; el que obtiene lo que no debiera amar, funestamente se engaña, y no está sano el que no desea lo que debiera conseguir. En ninguno de estos estados está el alma libre de miseria; y como la miseria y la felicidad no pueden estar juntas a la vez en el hombre, por eso en ninguno de éstos es feliz. Sólo queda una cuarta situación, en la que se puede dar la vida feliz, y es la producida por el amor y posesión del sumo bien del hombre. ¿Qué es gozar, sino tener la presencia de lo que amas? Nadie sin gozar del sumo bien del hombre es dichoso; y el que disfruta de él, ¿puede no serlo? Es preciso, pues, si queremos ser felices, la presencia en nosotros del sumo bien.

5. ¿Cuál es este sumo bien del hombre? Cualquiera que sea, no será de peor condición que el hombre mismo, pues el que le sigue se hace de su misma condición. Si, pues, el hombre debe tender al soberano bien, no puede serle inferior. ¿Puede ser igual? Sí ciertamente, si es lo mejor que puede gozar. Pero si hay algo más excelente que pueda llegar a posesión del hombre que lo ama, ¿quién duda que para ser feliz no deba esforzarse por adquirir este bien, mucho mejor que el que ansía poseerlo? Porque si la felicidad es la posesión del bien mejor, del bien que nosotros llamamos sumo bien, ¿cómo puede incluirse en tal definición quien no ha llegado todavía a su sumo bien? O ¿cómo es sumo bien, si hay algo mejor que podamos nosotros adquirir? Este bien, si existe, debe ser de tal naturaleza, que no se pueda perder contra nuestra voluntad; pues nadie pone confianza en un bien que ve se le pueden arrebatar, aunque tenga la firme voluntad de retenerlo y conservarlo. Y el que no posee con confianza el bien que goza, ¿puede ser feliz con el temor que tiene de perderlo?

Qué es el hombre

IV. 6. ¿Qué bien puede existir superior al hombre? Es difícil saberlo si no se examina y resuelve antes cuál es la naturaleza del hombre. No se trata: aquí ahora de la exigencia

de definir qué es el hombre, cuando casi todo el mundo, o por lo menos mis adversarios y yo, estamos de acuerdo en la afirmación de que somos un compuesto de cuerpo y alma. La cuestión es muy distinta. ¿Cuál de las dos substancias que he mencionado es la que constituye realmente al hombre? ¿Son las dos, o el cuerpo solamente, o sola el alma? El cuerpo y el alma son dos realidades distintas y ni la una sin la otra es el hombre; no es el cuerpo sin el alma que le anima, ni el alma sin el cuerpo la que da la vida. Y, a pesar de esto, puede suceder que una de las dos sea el hombre y así se llame. ¿A qué llamamos, pues, el hombre? ¿Es el cuerpo y el alma, unidos como dos caballos al tiro de un carruaje o a la manera del centauro? ¿Es el cuerpo solo, puesto al servicio del alma que lo rige, a la manera de como damos el nombre de lámpara, no al fuego y al vaso unidos, sino al vaso solamente, por razón del fuego que contiene? ¿O es el alma por razón del cuerpo, que ella dirige, como no llamamos caballero al hombre y caballo juntos, sino sólo al hombre, por la unión con el caballo que gobierna? Es difícil dar un juicio decisivo sobre la cuestión; y si a la razón le es fácil, no lo haría sin un largo razonamiento; y, por otra parte, no hay necesidad alguna de hacerlo ni de alargar la discusión. Pues ya se designe con la palabra hombre el cuerpo y el alma unidos, ya solamente el alma, el sumo bien del hombre no es el sumo bien del cuerpo, sino el sumo bien de los dos o de sólo el alma.

El sumo bien del hombre es el que a la vez lo es del cuerpo y del alma

V. 7. ¿Cuál es el sumo bien del cuerpo? La recta razón nos obliga a reconocer que es aquello que le comunica su mayor perfección y felicidad. Pero nada de lo que le da vida, vigor y fuerza es mejor y más excelente que el alma. El sumo bien del cuerpo no es, pues, ni el placer, ni la falta del dolor, ni la fuerza, ni la belleza, ni la agilidad, ni nada corporal, sino sólo el alma. Ella es, en efecto, la que con su presencia comunica al cuerpo todo lo que acabo de decir, y, además, la vida, que es mejor que todo. No es, por tanto, el alma el sumo bien del hombre, ya se designe con este nombre el cuerpo y el alma unidos, ya el alma solamente. Porque si la razón descubre que el sumo bien del cuerpo es mejor que él y lo que le da vigor y vida, sea lo que fuere el significado del término hombre, bien el cuerpo y el alma, bien sólo el alma, hay necesidad de seguir en la investigación de la existencia de algo que sea más excelente y mejor que el alma y que, si a ello se adhiere, la eleve a la perfección y felicidad de que es capaz. Este bien, si se descubre, será, sin duda alguna, con razón y con justicia el sumo bien del hombre.

8. Ahora que, si el cuerpo es el hombre, es innegable ser el alma su bien mejor. Pero, cuando se trata de las costumbres, cuando se busca qué regla de vida se ha de seguir para adquirir la felicidad, no es para el cuerpo que se han establecido los preceptos, no es su disciplina la que se trata de descubrir. Nuestro fin es investigar y llegar al conocimiento de las buenas costumbres, y esto es exclusivo del alma; y desde el momento que es cuestión de adquisición de la virtud, no puede referirse al cuerpo. Si, pues, sucede, como al efecto se ve, que el cuerpo, dirigido por el alma, única capaz de la virtud, es tanto mejor y más honesto y se eleva a tanta mayor perfección cuanto más perfecta es el alma, que con una ley llena de justicia lo rige, se sigue que será el sumo bien del hombre el que levanta al alma a tal estado de perfección, aunque llamemos hombre al cuerpo solamente. Pues si un auriga o cochero, por obediencia a mis ordenes, cuida y gobierna con perfección mis caballos y disfruta de mi generosidad en la medida de su obediencia, ¿quién podrá negar que a mi iniciativa se debe su buena conducta, como la buena marcha de los caballos? Y así, que el hombre sea el cuerpo o el alma, o los dos juntos, lo que se debe buscar primero que todo es lo que hace al alma más perfecta; pues, una vez adquirido este bien, no es posible que el hombre no se perfeccione y sea mejor que si de él careciese.

La virtud hace al alma perfecta. El alma adquiere la virtud siguiendo a Dios. Seguir a Dios y conseguirlo es la vida feliz

VI. 9. No hay quien ponga en duda que es la virtud la perfección del alma. Lo que con razón se puede preguntar es si la virtud subsiste por sí misma o sólo adherida al alma. Esto suscita una cuestión muy elevada y que exige para su desarrollo un razonamiento muy largo; trataré de abreviar, a la espera de la asistencia divina para decir cosas tan altas con claridad y, además, con precisión y brevedad, según lo permitan mis débiles fuerzas. Bien que la virtud subsista por sí misma, bien sólo adherida al alma, es siempre cierto que ella (el alma) sigue una dirección para llegar a la virtud; y esta dirección no puede ser otra cosa que el alma misma, o la virtud, u otro objeto cualquiera. Si el alma se dirige a sí misma en la adquisición de la virtud, es una dirección hacia no sé qué de necio e insensato, pues eso es ella sin la virtud. Y como el deseo mayor del que busca algo es su consecución, se sigue o que el alma no quiere obtener el objeto que ansía, cosa en verdad bien absurda e irracional. , o. dirigiéndose ella misma a algo necio e insensato, caerá en la necedad e insensatez que detesta. Mas si persigue la virtud con ansias de conseguida, ¿cómo será eso posible si no existe o la posee ya? Es necesario, pues, que la virtud subsista fuera del alma, o, si no se quiere ver en ella nada más que un hábito o cualidad del alma sabia cualidad que sólo subsiste en el alma, la dirección a la conquista de la virtud tiene que ser hacia otra cosa distinta del alma; pues, a mi entender, si la dirección del alma es hacia la nada o hacia algo necio o insensato, se sale del verdadero camino de la sabiduría.

10. Esa otra cosa que yendo el alma en busca de ella la hace sabia y virtuosa es el hombre sabio o el mismo Dios. Pero ya se dijo que este bien debe ser de tal naturaleza, que no se nos pueda arrebatar contra nuestra voluntad. ¿Y quién duda que el hombre sabio, aun en el supuesto que nos baste la dirección hacia él, se nos puede arrebatar sin nuestro consentimiento y aun a pesar de nuestra resistencia? Esta otra cosa, pues, es Dios, y nada más; tendiendo hacia Él, vivimos una vida santa; y si lo conseguimos, será una vida, además de santa, feliz y bienaventurada. Y si hay hombres que niegan su existencia, no viene a nada pensar en razonamientos para persuadirlos, cuando no se sabe si merecen siquiera que se les hable. Y en el caso que esta demostración fuera necesaria, serían precisos otros principios otras razones y procedimientos que los ahora establecidos. Pero mis adversarios no sólo admiten su existencia, sino también su providencia en las cosas humanas. ¿Pues qué religión cabe en un hombre que niegue que la Provincia no se extiende, por lo menos, a nuestras almas?

**Es por la autoridad de las Escrituras que hay que buscar a Dios. La razón y los principales misterios de la economía divina en lo que se refiere a nuestra salud.
Compendio de la fe**

VII. 11. Pero ¿cómo dirigirnos hacia el que no vemos? ¿Y cómo verlo, si, además de ser hombres, somos insensato? Porque, aunque no se vea con los ojos del cuerpo, sino con los de la mente, ¿qué inteligencia hay que, envuelta en las tinieblas de la ignorancia, pueda, o intente a lo menos, ver aquella luz o claridad? Nuestro refugio son los preceptos de quienes miramos como sabios. Hasta aquí nos ha podido guiar la razón, ya que de lo humano posee, si no la certeza que nace de la verdad, al menos la seguridad que da el hábito; pero al llegar a lo divino desvía de ello su vista, no tiene serenidad para verlo, y emocionada, ardorosa y jadeante de amor y como deslumbrada por los resplandores de la luz de la verdad, por cansancio más bien que por elección, se vuelve a su familiaridad con las tinieblas. ¡Qué temible y tremendo sería que el alma se debilitase más allí donde, cansada, ansía el descanso! ¡Que la inefable Providencia divina ofrezca a la vista de los

que aun quieren volverse a sumergir en las tinieblas la sombra de la autoridad y la acaricie con los hechos maravillosos y las palabras de los libros santos, que como signos y sombras suavizan los resplandores de la verdad!

12. ¿Pudo hacer más de lo que hizo por nuestra salud? ¿Qué más benéfico y liberal que esta divina Providencia, que no quiso dejar al hombre en total abandono después de la infracción de sus leyes y que por amor de las cosas perecederas mereció con Tazón y justicia no engendrar más que una posteridad corruptible? De maneras y modos admirables e incomprensibles, mediante secretísimos y ordenados encadenamientos de las cosas creadas, que le prestan dócil vasallaje, puede ejercer justísimamente su severidad castigando y su clemencia salvando. ¡Oh, qué providencia tan noble, excelente y digna la de Dios y cómo encierra en sí la verdad que buscamos! No lo podremos comprender jamás si, comenzando por las cosas humanas y que nos tocan de cerca, no somos fieles a la fe y preceptos de la verdadera religión y no seguimos el camino que nos ha abierto y fortificado Dios con la elección de los patriarcas, la promulgación de la Ley, los oráculos de los profetas, el misterio de la encarnación, el testimonio de los apóstoles, la sangre de los mártires y el establecimiento de la Iglesia en todas las naciones. Por lo cual no se me vuelva a pedir en adelante mi opinión personal; prestemos más bien oído atento a estos oráculos y sometamos con docilidad a las palabras de Dios nuestra débil razón.

Dios es el sumo bien, al que debemos dirigirnos con todas las fuerzas del amor

VIII. 13. ¿Qué regla de vida nos da el Señor en su Evangelio, y después de Él el apóstol Pablo? Los maniqueos no se atreven a condenar estas Escrituras. ¡Que oigamos con atención y respeto, oh Cristo, qué fin o felicidad nos prescribes! ¿No será, sin duda alguna, el mismo al que nos ordenas dirigirnos con todas las fuerzas del amor? *Amarás dice, al Señor tu Dios* ¹. Decidme todavía cuál es la medida de ese amor, pues temo arder en el deseo y amor de mi Dios más o menos de lo que conviene. *Le amarás*, me dice Él, *con todo tu corazón*, y esto aun no basta. *Le amarás con toda tu alma*. Ni esto es suficiente aún. *Le amarás con toda tu mente*. ¿Qué más quieres? Más querría todavía si no viera que lo que hay más allá es la nada. ¿Qué añade Pablo a esto? *Sabemos que todo coopera al bien de los que aman a Dios*. Que nos diga también él la medida del amor. ¿*Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Será acaso la aflicción, la persecución, el hambre, la desnudez, los peligros o la espada?* ² Hemos oído cuál es lo que debemos amar y en qué medida. Este es el fin de la dirección y referencia de todos nuestros pensamientos. Dios es para nosotros la suma de todos los bienes, es nuestro sumo bien. Ni debemos quedarnos más acá ni ir más allá: lo primero es peligroso, y lo segundo, la nada.

Armonía entre el Antiguo y el Nuevo Testamento en orden al precepto del amor de Dios

IX. 14 Ahora, pues, indaguemos, o mejor, examinemos (pues es claro y facilísimo), si hay acuerdo entre la autoridad del Testamento Antiguo y las máximas sacadas del Evangelio y del Apóstol. ¿Qué decir de la máxima anterior, que todos saben está tomada de la ley dada por Moisés? Escrito está allí: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu espíritu* ³. En cuanto a las palabras del Apóstol se refiere, ¿qué necesidad hay de compararlas, pues, para ahorrarme tiempo y trabajo, él mismo lo hizo? Después de haber dicho que ni la tribulación, ni la angustia ⁴, ni la persecución, ni necesidad alguna del cuerpo, ni los peligros, ni la espada podrían separarnos del amor de Cristo, añadió a continuación: *Al modo como está escrito: Por tu amor sufrimos todos los días y somos apreciados como ovejas con destino al matadero*. Suelen estos herejes

decir que estas palabras las insertaron los corruptores de las Escrituras. Pero ¿quién no ve en el único subterfugio de estos desgraciados su mejor confesión de la armonía entre los dos Testamentos y la prueba de su plena convicción?

15. ¿Es que negáis, les pregunta Agustín, la existencia de este pasaje en el Antiguo Testamento o su armonía con el del Apóstol? Lo primero os lo enseñaré con sólo mostraros o ponerlos delante de los ojos las Escrituras; para lo segundo, como se trata de hombres que obran con doblez y se ocultan en lugares inaccesibles, sólo sé dos caminos de la paz: que consintáis en mirar con un poco de atención y pesar las palabras citadas o con mostraros la interpretación de los que juzgan sin pasión. ¿Qué más pacífica armonía puede existir entre estos pasajes? La aflicción, miseria, persecución, hambre, desnudez, peligros y todos los males que son la cruz del hombre en esta vida lo expresa este testimonio del Antiguo Testamento: *Por amor tuyo sufrimos*. La palabra espada, que, más bien que hacer penosa la vida, la destruye, está indicada por estas palabras: *Se nos trata como ovejas con destino a la muerte*; y, finalmente, no hay nada que con más Claridad se refiera a la caridad que estas otras: *Por amor tuyo* ¡Seguid todavía diciendo que no es este testimonio del Apóstol, sino que lo he forjado yo! ¿Podéis probar, ¡oh herejes!, la falta de este pasaje en la antigua Ley o su falta de armonía con la del Apóstol? Y si ni lo uno ni lo otro (pues el texto de las Escrituras no se puede contradecir y la inteligencia de todos afirma su armonía más perfecta), ¿por qué fingís intencionadamente la corrupción de las Escrituras? ¿Qué contestación darías al que os dijere: Yo así lo entiendo, y como tal así lo recibo y así lo creo; y si leo estos libros es porque todo me parece estar en perfecta armonía con la fe cristiana? Decidme más bien si tenéis tal audacia y habéis pensado darme alguna respuesta, que no creéis que los apóstoles y los mártires hayan sufrido por Cristo graves persecuciones y la muerte y que hayan sido tratados por los tiranos como ovejas con destino a la muerte. Y si no podéis hablar así, ¿por qué se me calumnia de encontrar en un libro una verdad que debo creer por confesión vuestra?

Dios según la enseñanza de la Iglesia. Los dos dioses de los maniqueos.

X. 16. ¿No enseñáis vosotros el amor de Dios, pero no del que adoran los que aceptan la autoridad del Viejo Testamento? ¿No sabéis que esto es negar la adoración al Dios que hizo el cielo y la tierra, del que hablan las páginas de estos libros santos? ¿No es confesión vuestra que este universo, que significan los nombres cielo y tierra, ha sido hecho y creado por un Dios, y un Dios bueno? Con vosotros no se puede hablar de Dios sin restricciones, porque distinguís dos, uno malo y otro bueno. Y cuando decís que adoráis y se debe adorar al Dios que hizo el mundo, pero no el que ensalza la autoridad del Viejo Testamento, os cegáis descaradamente en la mala interpretación de los pensamientos y palabras que hemos recibido tan llenos de verdad y de salud; pero todo es inútil y sin eficacia alguna. ¿Queréis comparar vuestras necias e impías disquisiciones con los discursos de los piadosos y sabios doctores que en la Iglesia católica descubren los misterios de aquellas Escrituras a los que lo desean y lo merecen? No entendemos como vosotros la Ley y los Profetas. Abandonad el error: el Dios de nuestro culto no es un Dios penitente, ni envidioso, ni pobre, ni cruel, ni sanguinario, ni vicioso, ni que tiene su dominio reducido a una pequeña parte de la tierra. Sólo contra estas niñerías son vuestras largas y aceradas críticas; no nos llegan: son pensamientos de viejas o de niños lo que combatís con estilo tanto más ridículo cuanto más enérgico y vehemente. Quienes, seducidos por vosotros, pasan a vuestras filas, no condenan nuestra doctrina, sino demuestran que la ignoran totalmente.

17. Por lo cual, si aun quedan restos de humanidad en nuestro corazón, si todavía no habéis perdido del todo el amor a vosotros mismos, os lo suplico, con interés de padre, que reparéis con amor y atención cuál es el sentido de v que decimos. ¡Reparad y veréis que estáis llenos de pobreza y miseria! ¿Acaso nosotros no reprobamos con más fuerza y

severidad que vuestra secta lo que atribuye a Dios cualidades que del todo son incompatibles con su naturaleza? ¿Acaso no corregimos la simplicidad de los que entienden literalmente los pasajes citados de las Escrituras o no nos causa hasta risa su pertinacia pueril? Hay, además, otros puntos que vosotros no comprendéis: que la doctrina católica prohíbe creer a los que, más bien por sus estudios e inteligencia que por los años, han pasado de la edad, digamos, de la infancia espiritual y van adelante en el conocimiento de la veneranda sabiduría. Es una verdadera locura, según la doctrina católica, creer que Dios está con tenido en un lugar, aunque sea infinito, y un crimen creer que El mismo o una de sus partes se mueve y va de un lugar a otro. Califica también de impío y necio el imaginarse solamente que pueda sufrir alteración o cambio en su naturaleza o substancia. Verdad es que hay entre nosotros espíritus infantiles que se representan a Dios como una forma humana y creen, además, que así es su ser o realidad, y no por eso deja de ser una opinión menos abyecta y despreciable; pero también es verdad que hay otros mucos espíritus, muy adelantados en el conocimiento de la sabiduría, que ven con la inteligencia su inviolable e inmutable grandeza, trascendiendo no sólo los cuerpos, sino la inteligencia misma. La edad aquí no son los años: es la prudencia y sabiduría. Yo sé que en el seno de vuestra secta no hay nadie que represente a la divinidad como la forma de un cuerpo humano; pero no ignoro que tampoco hay nadie que la preserve limpia del error humano. Mientras que los que como a niños amamanta la Iglesia católica, si no nos los roban los herejes, van desarrollándose cada uno según su capacidad y necesidades, y avanzan hacia la edad del hombre perfecto, y después hacia la madurez y blancura de la sabiduría, y llegan, finalmente, en la medida de su voluntad, a vivir una vida felicísima.

Sólo se debe amar a Dios. Él es el sumo bien del hombre. Nada más excelente que Dios. Nadie le pierde contra su voluntad. Dos condiciones del sumo bien

XI. 18. Buscar a Dios es ansia o amor de la felicidad, y su posesión la felicidad misma. Con el amor se le sigue y se le posee, no identificándose con Él, sino uniéndose a Él con un modo de contacto admirable e inteligible, totalmente iluminado el ser y preso con los dulces lazos de la verdad de la santidad. El solo es la luz misma; nuestra luz es iluminación suya. El camino de la felicidad es el primero y principal precepto del Señor: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con todo tu espíritu. A los amantes de Dios todo coopera a su bien*⁵. Es por lo que a continuación añade el mismo San Pablo: *Estoy seguro que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni las potestades, ni las cosas presentes ni las futuras, ni lo que hay más alto ni lo que hay de más profundo, ni criatura alguna, nos podrá separar del amor de Dios, que es Cristo, Señor nuestro*⁶. Se dice que a los que aman a Dios todo se ordena a su bien; y, por otra parte, nadie duda que el sumo bien, o el bien más excelente, debe ser amado de tal modo que supere a: todo otro amor, y que éste es el sentido de estas palabras: *Con todo el alma, con todo el corazón y con todo el espíritu*; ¿quién, pues, se atreverá a poner en duda, establecido y firmemente creído esto, que sólo Dios es nuestro sumo bien, y que su posesión debe preferirse a todo, y que toda prisa es poca para conseguirlo? Además, si no hay nada que nos pueda separar de su amor, ¿qué habrá ni mejor ni más seguro que este bien?

19. Hagamos un breve examen de cada una de las palabras del Apóstol. ¿Podrá alguien, ni aun con amenazas de muerte, separarnos de Dios? ¿Acaso lo mismo que le ama puede morir, si persiste en su amor, cuando la muerte misma es no amarle, que es lo mismo que ir el amor con preferencia en seguimiento de algo distinto de Él? Tampoco habrá nadie que deshaga nuestra unión con Él, prometiéndonos la vida; pues no, hay nadie que pueda prometernos agua separándonos de la fuente misma. ¿Logrará el ángel romper la unión, siendo su poder muy inferior al del alma a Dios unida? Ni la Virtud tiene poder para deshacer tal unión; porque, si el texto se refiere a la Virtud que tiene alguna

influencia o poder en este mundo, es cosa notoria que el alma unida a Dios trasciende en absoluto al mundo entero; si, por el contrario, dice referencia a la virtud como afecto rectísimo de nuestro mismo espíritu, en este caso ella misma coopera a nuestra unión, aunque exista en otro; y si radica en nosotros, ella misma la realiza. Ni las aflicciones presentes tienen eficacia para causar tal rotura, pues se nos hacen tanto más ligeras y soportables cuanto más estrecha es la unidad que tratan de deshacer. Y lo mismo cabe decir de la promesa de los bienes futuros, ya que Dios es quien promete con más seguridad y certeza que nadie todo bien futuro; y, por otra parte, ¿dónde hay algo mejor que Dios, siempre presente a quienes con Él están verdaderamente unidos? La alteza y profundidad no son tampoco suficientes para desbaratar la unión; porque si estas palabras significan la alteza y profundidad de la ciencia, me guardaré muy bien de la curiosidad, que me aleje de Él, y ninguna doctrina, con pretexto de librarme del error, me separará de Él, ya que nadie yerra sino quien de Dios se desvía. Si, por el contrario, estas palabras indican las cosas superiores e inferiores de este mundo, ¿quién sería capaz de prometerme el cielo con el fin de alejarme del que lo ha creado? ¿Tendrá acaso el temor del infierno poder para destruir la unión, cuando ni aun sabría qué es el infierno si no me hubiera separado de Dios jamás? Y, finalmente ¿qué lugar destruirá tal unión de amor, siendo así que no estaría Dios todo en todas partes si alguna le pudiera con tener?

Es el amor el que nos une y nos somete a Dios

XII. 20. *Ni ninguna otra criatura*, continúa el Apóstol, *nos puede separar de Él.* ¡Oh hombre de los más profundos misterios! No dice sólo una criatura, sino ninguna criatura, indicando así que el alma y la inteligencia, con que amamos y nos unimos a Dios, son también criaturas. El cuerpo es también otra realidad creada que él tiene en cuenta; el alma es un ser inteligible que sólo conoce por la inteligencia, y lo demás es la realidad sensible, que se conoce bien por los ojos, bien por los oídos, bien por el olfato, bien por el gusto o bien por el tacto; lo cual reviste menos nobleza que lo que sólo por la inteligencia se puede conocer. Y como Dios no se puede conocer por los que lo merecen, sino por medio de la inteligencia, aun siendo tanto más excelente que ella cuanto supera la excelencia del Creador a la de la criatura, hay peligro que el espíritu humano, al verse entre los seres invisibles e intelectuales, se crea de la misma naturaleza que el que lo creó y el orgullo deshaga la unidad que sólo hace la caridad. Ella se asemeja a Dios, cuanto su capacidad lo soporta, si con docilidad acepta ser esclava del que la ha de iluminar y esclarecer. Y así como se hace semejante en la medida de su docilidad y libre esclavitud, así también se aleja de él en la medida que con temeraria osadía desea serle más semejante, por lo que rehuye la esclavitud de la ley de Dios, creyéndose igual a Él en poder.

21. Cuanto más distante de Dios, no por distancia local, sino por el afecto y deseo de las cosas a Él inferiores, más es su ceguedad y miseria; el amor, al contrario, la vuelve a Dios, amor que desea con ansia que el alma sea su esclava, no igual a Él. La tenacidad y diligencia en procurarlo serán la medida de su perfección y felicidad, y la docilidad en la total y plena sujeción a Dios causará la más perfecta libertad. Debe, pues, reconocer el alma que es una simple criatura, y ver a su Creador tal y como es, subsistiendo eternamente en la inviolable e inmutable naturaleza de la verdad y sabiduría, y confesar que ella puede estar sujeta a la ceguedad ya la mentira por causa de los errores mismos de los que con tanta ansia desea verse libre. Y aún hay más: debe ponerse en guardia, no sea que el amor de alguna criatura es decir, de este mundo sensible, la separe del amor de Dios, que la santifica para hacerla sumamente feliz. No nos separará, pues, ninguna otra criatura, ya que nosotros mismos lo somos, del amor de Dios, que es Cristo, Señor nuestro.

Es Jesucristo y su Espíritu quienes nos unen inseparablemente a Dios

XIII. 22. Oremos con fervor a San Pablo para que nos diga quién es Cristo Jesús, Señor nuestro. *Para los llamados*, dice, *Jesucristo es la Virtud y la Sabiduría de Dios*. ¿Cómo? No dice Jesús de sí mismo: *Yo soy la verdad?*⁷ ¿Será otra cosa, según esto, la vida santa, la vida que es itinerario de la felicidad, que el amor de la Virtud, de la Sabiduría y de la Verdad, pero amor con todo el corazón, con todo el alma y con todo el espíritu? ¿No será lo mismo la santidad que el amor perfecto de la inviolable e invencible Virtud, de la Sabiduría en la que jamás penetra la ignorancia y la insensatez y de la Verdad que ni cambia ni jamás existe de otra manera de como es eternamente? Esta verdad nos revela al Padre, como lo expresa Jesús: *Nadie viene al Padre si no es por mí*⁸. La santidad nos une a Él. Totalmente penetrados del espíritu de la santidad, nos abrasamos en la plenitud y perfección de la caridad, que es la única que causa la unión y la semejanza con Dios, más bien que con el mundo, como lo significan estas palabras del Apóstol: *Dios nos predestinó con el fin de hacernos semejantes a la imagen de su Hijo*⁹.

23. Es, pues, la caridad la que produce nuestra semejanza con Dios; y así, conformados y como sellados con el sello de la divina semejanza y segregados o separados del mundo, no volvamos a mezclarnos jamás con las criaturas, que deben ser siempre nuestras esclavas. Esto es obra únicamente del Espíritu Santo. *La esperanza nunca se frustra*, dice San Pablo, *pues la caridad de Dios se ha difundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha comunicado*¹⁰. Nuestra renovación por el Espíritu Santo no se podría realizar si no permaneciera Él siempre el mismo en su integridad e inmutabilidad; lo que tampoco sería posible sin ser de la misma substancia o naturaleza de Dios, que es la inmutabilidad y, por decirlo así, la invertibilidad misma. *La criatura, sin embargo* (no son palabras mías, son de San Pablo), *es esclava de la vanidad o mentira*¹¹. Lo que está sujeto a la vanidad no nos puede separar de ella ni unirnos a la verdad; esto es obra exclusiva del Espíritu Santo; no es, pues, una criatura, porque lo que existe o es Dios o es criatura.

Es el amor quien nos une al sumo bien, que es la Trinidad

XIV. 24. Es, pues, un sagrado deber el amar a Dios, una. Una unidad que es trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo; que no es otra cosa que la existencia misma. Dios es la existencia primera, *de la que proceden todas las existencias, por la que todas son producidas y en la que todas existen*¹². Son palabras de San Pablo; y luego añade: *A Él sólo es debida toda la gloria*, expresión la más propia y precisa, pues no dice a ellos, porque Dios no hay más que uno. ¿No significa aquí la Palabra gloria el conocimiento más puro, elevado y universal? Porque cuanto es más universal y perfecto el conocimiento, tanto es con más ardor querido y amado. Con este amor avanza el género humano con seguridad y firmeza hacia la vida más perfecta y feliz. Cuando se trata de las costumbres y de la vida, creo no puede irse más lejos a buscar cuál es el sumo bien del hombre, al que todo debe ir dirigido. Es claro, como se ha demostrado por la razón y por lo que vale más, la autoridad divina, que no es otro que el mismo Dios. ¿Puede ser otro el sumo bien del hombre fuera de aquel cuya posesión le asegura la felicidad? Este bien es sólo Dios, al que únicamente nos une el afecto, él amor, la caridad.

Definición cristiana de las cuatro virtudes cardinales

XV. 25. Como la virtud es el camino que conduce a la verdadera felicidad, su definición no es otra que un perfecto amor a Dios. Su cuádruple división no expresa más que varios afectos de un mismo amor, y es por lo que no dudo en definir esas cuatro virtudes (que ojalá tengan tanto arraigo en los corazones como sus nombres en las bocas de todos)

como distintas funciones del amor. La templanza es el amor que totalmente se entrega al objeto amado; la fortaleza es el amor que todo lo soporta por el objeto de sus amores; la justicia es el amor únicamente esclavo de su amado y que ejerce, por lo tanto, señorío conforme a razón; y, finalmente, la prudencia es el amor que con sagacidad y sabiduría elige los medios de defensa contra toda clase de obstáculos. Este amor, hemos dicho, no es amor de un objeto cualquiera, sino amor de Dios, es decir, del sumo bien, suma sabiduría y suma paz. Por esta razón, precisando algo más las definiciones, se puede decir que la templanza es el amor que se conserva integro e incorruptible para solo Dios; la fortaleza es el amor que todo lo sufre sin pena, con la vista fija en Dios; la justicia es el amor que no sirve más que a Dios, y por esto ejerce señorío, conforme a razón, sobre todo lo inferior al hombre; y la prudencia, en fin, es el amor que sabe discernir lo que es útil para ir a Dios de lo que le puede alejar de Él.

Armonía del Antiguo y del Nuevo Testamento

XVI. 26. Explicaré en pocas palabras el modo de vida según cada una de estas virtudes; pero quiero cumplir mi promesa de comparar los pasajes del Nuevo Testamento que vengo utilizando con sus paralelos del Antiguo. ¿Es sólo San Pablo ¹³ el que dice que debemos estar tan sometidos y unidos a Dios, que no se interponga nada entre El y nosotros? ¿No expresan esto mismo, y de la manera más adecuada y precisa, estas palabras del profeta: *¿Mi felicidad es la unión con Dios?* ¹⁴ ¿No es verdad que lo que San Pablo dice de la caridad con tanta extensión está comprendido en estas palabras: *unión con Dios?* Y lo que David añade: *Es mi felicidad, ¿no corresponde exactamente a las palabras del Apóstol: A los que aman a Dios, todo coopera a hacerlos felices?* ¹⁵ En una máxima del profeta que consta de dos palabras, se muestra a la vez la fuerza y la eficacia de la caridad.

27. San Pablo (ya lo hemos visto) llama al Hijo la Virtud y la Sabiduría de Dios ¹⁶; la virtud dice orden a la operación, y la sabiduría a la ciencia (en el Evangelio, la operación y la sabiduría están indicadas donde se lee: *Todo se hizo por Él* ¹⁷; y la ciencia y conocimiento de la verdad, en aquellas otras palabras: *Y la vida es la luz de los hombres*); ¿se puede, según esto, vaticinar algo más en armonía con estos oráculos del Nuevo Testamento que lo que sobre la sabiduría se lee en el Antiguo: *La sabiduría toca ambos extremos con fortaleza y lo rige todo con suavidad?* ¹⁸ Tocar con fortaleza se refiere primariamente a la virtud, y regir con suavidad es propio del arte y de la razón. Aun más claro que este oráculo es el siguiente: *El Señor de todo tuvo en ella sus complacencias, pues enseña el conocimiento de Dios y ordena sus obras.* Se ve que no se habla aquí de operación, ya que ordenar y conocer las obras no es hacerlas: es necesario buscar el poder de obrar que dice relación a la virtud, con el fin de completar la proposición que se trata de demostrar, lo que está expresado en estas palabras: *Si las riquezas son en la vida deseadas con ardor, ¿qué hay de mayor riqueza que la Sabiduría que lo ha hecho todo?* ¿Se puede decir algo mejor, con más claridad y de más rico contenido? Oíd lo que sigue, si lo dicho aun os parece poco: *La sabiduría enseña la sobriedad o templanza, la fortaleza y la justicia.* La sobriedad, creo yo, se refiere al conocimiento de la verdad, a la ciencia; mientras que la justicia y la fortaleza dicen orden a la acción u operación. Estas dos cosas, la eficacia en el obrar y la sobriedad de la contemplación (dones que la sabiduría de Dios comunica a sus amantes), Son de tanta estima y aprecio, que no sé a qué compararlas, como el mismo profeta lo dice a renglón seguido: *La sabiduría nos enseña la templanza, la justicia y la fortaleza en cuya comparación nada hay más útil en la vida para los hombres.*

28. No faltará alguien que piense que no dice esto relación al Hijo de Dios. Pues que lea este texto del profeta: *Ella (la sabiduría) estima en mucho la gloria de su origen por la*

unión que tiene con Dios ¹⁹. La palabra origen significa ordinariamente paternidad, del mismo modo que unión dice igualdad con el Padre mismo. San Pablo dice que el Hijo de Dios es la Sabiduría de Dios ²⁰. Y el Señor en el Evangelio: *Nadie conoce al Padre sino su Hijo unigénito* ²¹. ¿Y pudo acaso el profeta decir nada más en consonancia con esto que lo que sigue: *Contigo existía la sabiduría que conoce tus obras y estaba presente cuando creaste el mundo y sabía lo que agradaba a tus ojos?* ²² Jesucristo es la verdad, y en este sentido le llama San Pablo resplandor del Padre ²³; pues ¿qué hay alrededor del sol sino el resplandor que produce? ¿Qué oráculo del Antiguo Testamento se adapta con más precisión y claridad a este pensamiento que el siguiente: *Tu verdad existe a tu alrededor?* ²⁴ Por último, la misma Sabiduría dice en el Evangelio: *Nadie viene o conoce al Padre si no es por mí* ²⁵; el profeta: *¿Quién conocerá tus pensamientos si no le comunicas la sabiduría?*; Y a continuación: *Los hombres conocieron lo que te agrada y han sido curados por la sabiduría* ²⁶.

29. San Pablo: *La caridad de Dios, dice, se ha derramado con profusión en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha comunicado* ²⁷; el profeta: *El Espíritu Santo, que enseña toda ciencia, detesta el dolo o fraude* ²⁸, porque donde hay dolo o fraude falta la caridad. San Pablo: *Tenemos que tener semejanza con la imagen del Hijo de Dios* ²⁹; el profeta: *Estamos sellados, Señor, con la luz de tu rostro* ³⁰. San Pablo prueba que el Espíritu Santo no es criatura; el profeta: *Enviarás el Espíritu Santo desde lo más alto de los cielos* ³¹. Sólo Dios, y nada más, es la alteza misma. San Pablo muestra que la Trinidad es un solo Dios ³², cuando dice: *A El solo la gloria*; el profeta: *Oye, ¡oh Israel!, el Señor tu Dios es Uno solo* ³³.

Apóstrofes que dirige a los maniqueos para que reconduzcan su error y se conviertan

XVII. 30. ¿Qué? ¿Aun queréis más pruebas? ¿Os parece todavía, poco necio e impío vuestro ensañamiento? ¿Es racional la perversión de las almas sencillas e ignorantes con tan perniciosas razones? No es distinto, no, el Dios de ambos Testamentos. Y esta armonía en los oráculos que habéis oído, existe lo mismo en los demás, si con diligencia y juicio equilibrado queréis hacer la prueba. La Escritura dice muchas cosas en lenguaje vulgar y sencillo muy propio para almas que vuelan a ras de tierra, con el fin de elevarlas con más facilidad de lo humano a lo divino; y muchas otras en lenguaje figurado, para más fructuoso ejercicio de la inteligencia que, solícita, busca un sentido y para su mayor delectación y alegría una vez descubierto; pues bien vosotros de esta traza maravillosa del Espíritu Santo os servís con torcida intención para seducir y hacer caer en la red a los que os oyen. La causa de esta permisión divina y qué gran verdad es lo que dice el Apóstol: *Es conveniente la existencia de muchas herejías, para que se manifiesten los de probada virtud* ³⁴, es muy largo de explicar, y por eso sólo me limitaré a deciros: No os toca a vosotros entender estos secretos. Os conozco bien: tenéis inteligencias muy obtusas y muy enfermas del pestilencial pasto de las imágenes corpóreas para juzgar de lo divino, que es mucho más elevado que vuestro pensamiento.

31. Mi intención ahora no es que entendáis, porque es imposible, sino excitar en vosotros el deseo de entenderlas alguna vez. Esto es obra de la sencilla y pura caridad de Dios, que es lo que más se aprecia en las costumbres y de la que tanto he dicho, y que, inspirada por el Espíritu Santo, conduce al Hijo o Sabiduría de Dios, por la que se llega al conocimiento del Padre. Si la sabiduría y la verdad no se aman con todas las fuerzas del espíritu, no se puede en modo alguno llegar a su conocimiento; pero si se busca como se merece, no se retira ni se esconde a sus amantes. De aquí aquellas palabras que soléis

tener con frecuencia en la boca: *Pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Nada hay oculto que no se descubra*³⁵. El amor es el que pide, y busca, y llama, y descubre, y el que, finalmente, permanece en los secretos revelados. No nos aleja con espanto de este amor de la sabiduría y de la diligencia en buscarla el Viejo Testamento, como vosotros de cis, mintiendo siempre con la más intencionada bellaquería, sino que nos excita a ello con la mayor elocuencia.

32. Escuchad, pues, un momento y escuchad sin pertinacia las palabras del profeta: *La sabiduría está llena de luz, y su hermosura no pierde su vigor y energía; los que la aman la descubren fácilmente, y los que la buscan la hallan. Previene a los que la desean para mostrarse a ellos la primera. El que pasa las noches en vela por ella no se cansará buscándola: la verá sentada a sus puertas. Pensar en ella es prudencia perfecta; el que pasare las noches en vela, al momento estará en reposo y seguridad, pues rodea sin cesar a los que son dignos de ella; en sus caminos se les muestra con rostro alegre y les sale al encuentro, ofreciéndoles toda clase de obsequios. El verdadero principio de la sabiduría es el deseo de instruirse en la disciplina; deseo que es amor a la sabiduría, y este amor es la observancia de las leyes; y esta observancia es la afirmación de la incorruptibilidad que une al alma con Dios. Y el amor de la sabiduría conduce al reino eterno*³⁶. ¿Cesaréis ya de ladrar, como de costumbre, contra estas palabras? ¿No es verdad que la simple exposición de estas cosas, aun sin entenderlas, a cualquiera le sugiere la existencia de algo sublime e inefable? ¡Ojalá lo entendierais! Porque al momento os veríais limpios y puros de todas las ridiculeces ficticias y de las hueras imágenes corpóreas, y todos juntos respirando amor, alegría y confianza os arrojaríais en el regazo maternal y castísimo de la Iglesia católica.

Sólo en la Iglesia católica se halla la perfección de la verdad en la armonía de ambos Testamentos

XVIII. 33. Yo podría examinar al detalle, en la medida de mi flaqueza, y desarrollar los pasajes que he citado, cuya excelencia y profundidad superan las más de las veces a toda elocuencia; pero mientras oiga, como de costumbre, vuestros lamentos, es mi deber el silencio; porque no en vano se dijeron aquellas palabras: *No deis a los perros las cosas santas*³⁷. No os deis por ofendidos, que yo fui uno de esos perros y también ladré cuando con razón y justicia se me daban, en cambio del pan de la doctrina, latigazos de repulsa o de desprecio. ¡Ojalá tuvierais al presente o llegarais a tener alguna vez la caridad de que ahora se trata, en proporción a la grandeza de la verdad que se ha de conocer! Pues no haría falta más para que Dios os revelara que en la secta maniquea no existe la fe cristiana, que conduce al ápice de la sabiduría y de la verdad, cuyo goce es la vida bienaventurada, ni en parte alguna, fuera de la religión católica. ¿No es esto mismo lo que con tan vehementes deseos expresa el Apóstol Pablo en las palabras que siguen: *Esto es por lo que doblo las rodillas en presencia del Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien desciende toda paternidad del cielo y de la tierra, para que, en proporción a las riquezas de su gloria, os fortalezca y vigorice según el hombre interior por el Espíritu Santo, y llegue a echar raíces Cristo en vuestros corazones por la fe, y así, arraigados y fundados en la caridad, podáis comprender la altura, la longitud, latitud y profundidad de este misterio y el amor de Jesucristo, que supera a todo conocimiento, con el fin de llenaros a todos, en toda su plenitud, de los dones de Dios?*³⁸ ¿Se puede decir algo de modo más claro?

34. Os ruego que abráis los ojos y consideréis la maravillosa armonía de los dos Testamentos, lo cual nos muestra y enseña qué regla de vida se debe seguir y cuál el punto de referencia de todas las cosas. Son una excitación al amor de Dios estas palabras del Evangelio: *Pedid, buscad, llamad*³⁹; lo mismo San Pablo: *con el fin de que,*

arraigados y fundados en la caridad, podáis comprender ⁴⁰; y lo del profeta no es distinto tampoco: *Pueden conocer con facilidad la sabiduría quienes la aman, la buscan y la desean y en sus pensamientos, vigiliias y cuidados se consagran a ella*. La salud del alma, como el camino de la felicidad, brotan de esta armonía de las dos Escrituras. Os diré en pocas palabras, lo que siento: ¡Ojalá oyerais a los doctores de la Iglesia católica con la misma tranquilidad de espíritu y con el mismo interés que yo os oía a vosotros! A buen seguro que no tendríais necesidad de nueve años, que me tuvisteis engañado, ni mucho menos, para ver la diferencia entre la verdad y el error.

Descripción de la templanza según las santas Escrituras

XIX. 35. Pero volvamos ya a aquellas cuatro virtudes, con el fin de sacar de cada una las reglas directivas de nuestra vida. Pongamos primero la atención en la: templanza, cuyas promesas son la pureza e incorruptibilidad del amor, que nos une a Dios. Su función es la represión y pacificación de las pasiones, que ansían lo que nos desvía de las leyes de Dios y de su bondad, o lo que es lo mismo, de la felicidad. Allí, en efecto, tiene su asiento la verdad, cuya contemplación, goce e íntima unión hace, sin duda, dichosos, como, al contrario, los que de allí se apartan se ven cogidos en las redes de los mayores errores y aflicciones. *La codicia*, dice el Apóstol, *es la raíz de todos los males, y quienes la siguen naufragan en la fe y se hallan envueltos en grandes aflicciones* ⁴¹. Este pecado del alma está figurado en el Antiguo Testamento de una manera bastante clara, para quienes quieran entender, en la prevaricación del primer hombre en el paraíso. *Nosotros*, dice el Apóstol, *morimos todos en Adán y resucitaremos todos en Cristo* ⁴². ¡Oh, qué misterios tan profundos! Pero es necesario que me contenga. No es mi propósito ahora enseñaras la verdad, sino quitaras el afecto a la mentira, si puedo, es decir, si Dios dice que sí a mi deseo de trabajar por vuestra salud.

36. San Pablo dice que la raíz de todos los males es la codicia, por la que la antigua Ley explica también la caída del primer hombre. Nos amonesta Pablo ⁴³ que nos despojemos del hombre viejo y nos vistamos del nuevo, y quiere que se entienda por hombre viejo a Adán prevaricador, y por el nuevo, al Hijo de Dios, que para libramos de él se revistió de la naturaleza humana en la encarnación. Dice también el Apóstol: *El primer hombre es terrestre, formado de la tierra; el segundo es celestial, descendido del cielo. Como el primero es terrestre, así son sus hijos; y como el segundo es celestial, celestiales son también sus hijos, y como llevamos la imagen del hombre terrestre, llevemos también la imagen del celestial* ⁴⁴; esto es, despojarse del hombre viejo y vestirse del nuevo. Esta es la función de la templanza: despojar del hombre viejo y renovarnos en Dios, es decir, despreciar todos los placeres del cuerpo y las alabanzas humanas y referir todo su amor a las cosas invisibles y divinas. Todo esto es lo mismo que de modo admirable dice en otro lugar: *Aunque el hombre exterior se destruya, pero el interior se renueva de día en día* ⁴⁵; y el profeta: *Mi Dios, cread en mí un corazón puro y renovad en mis entrañas el espíritu de justicia* ⁴⁶. Decidme ahora si puede hablar alguien contra la armonía de las Escrituras, como no sean los ciegos detractores.

Sólo Dios debe ser amado; y lo que no es Él, es decir, todo lo sensible, se debe despreciar

XX. 37. Los atractivos de los cuerpos radican en lo que perciben los sentidos corpóreos, y que algunos llaman sensibles; y es la luz la que tiene entre ellos la primacía, ya que entre los sentidos, que están al servicio del alma, la vista es la preferida; y ésta es también la razón de llamar las sagradas Escrituras visible a todo lo sensible. En el Nuevo Testamento se nos prohíbe su amor en este precepto del Apóstol: *No fijéis vuestra*

atención en lo visible, sino en lo invisible; pues lo visible es temporal, mas lo invisible es eterno ⁴⁷. De aquí se colige que no son cristianos quienes se creen en el deber no sólo de amar el sol y la luna, sino también de darles culto de adoración. ¿Ve algo nuestra vista si no ve el sol y la luna? Pues se prohíbe volver la vista a las cosas visibles, mucho más tendrá que retraerse de su amor quien quiera ofrecérselo a Dios puro e incorruptible. Dejo esto ahora para tratarlo con más atención y diligencia en otro lugar. Mi intención al presente no es hablar de la fe, sino de la vida que merece llegar a la inteligencia de lo que se cree. Sólo Dios merece nuestro amor; todo lo demás, todo lo sensible, al contrario, es digno de desprecio y de qué nos sirvamos únicamente de ello en la medida de las necesidades de la vida.

Las sagradas Letras condenan la gloria humana y la curiosidad

XXI. 38. La gloria humana se reprueba y desprecia en el Nuevo Testamento: *Si pretendiera, dice el Apóstol, agradar a los hombres, no sería esclavo de Cristo* ⁴⁸. Como todavía hay algo más en los cuerpos que concibe el alma por medio de las imágenes sensibles, y se denomina ciencia de las cosas, y en esto cabe excesiva curiosidad, será otra gran función de la templanza cercenar tales excesos. Y de ahí lo que sigue: *Estad en guardia para no ser seducidos por la filosofía* ⁴⁹. Si uno se fija, el nombre mismo de filosofía expresa una gran cosa, que con todo el afecto se debe amar, pues significa amor y deseo ardoroso de la sabiduría; por eso el Apóstol, para que no se juzgue ser su intención alejar a los hombres de su amor, añade a continuación, con la más exquisita prudencia, estas otras palabras: *y los elementos de este mundo*. ¡Cuántas son las personas, en efecto, que después de haber abandonado las virtudes y sin saber qué es Dios ni la majestad de su naturaleza, subsistiendo siempre la misma, piensan que hacen algo grande consagrándose con un ardor y curiosidad insaciables al conocimiento de esta masa universal de la materia que llamamos nosotros el mundo! Les infla tanto esta ciencia, que llega hasta hacerles creer que son ciudadanos del cielo por sus frecuentes disquisiciones sobre él. ¡Reprímase el alma en su concupiscencia desenfrenada de la vana ciencia, si es su voluntad conservarse casta y pura para Dios! Un amor de tal naturaleza la seduce a veces de tal forma, que llega a la ilusión de no creer en más existencias que las de los cuerpos; y aunque la autoridad la persuade de la existencia de algo incorpóreo, no lo puede pensar sin las sombras de las Imágenes corpóreas y llega a convencerse Que es así como la falacia de los sentidos se lo representa. Este puede ser también el sentido de aquellas palabras: "Téngase mucha precaución contra los vanos fantasmas".

39. La autoridad del Nuevo Testamento ⁵⁰, que nos obliga a retraernos de todo afecto a las cosas de este mundo, es innegable en este pasaje: *No queráis la semejanza con el mundo* ⁵¹. Pues el que ama busca siempre su semejanza con el objeto amado. Si del Nuevo pasamos al Antiguo, se me ofrecen muchos pasajes paralelos; pero basta por todos un libro de Salomón, el Eclesiastés, para engendrar sumo desprecio de todas las cosas de este mundo. *¡Vanidad de vanidades, así empieza, vanidad de vanidades y todo no es más que vanidad! ¿Qué le queda al hombre de todo lo que le hace sufrir sobre la tierra?* ⁵² Bastaría que se considerase, se examinase y se pesase bien todo esto, para instruir con documentos utilísimos a los que ansían huir del mundo y refugiarse en Dios; pero esto me llevaría muy lejos, y por ahora es otra mi intención. Sin embargo, el Eclesiastés, sacando las consecuencias de este principio, muestra que los hombres vanos son quienes se dejan seducir y engañar por esta clase de bienes, que no son otra cosa que vanidad y nada; pero no quiere esto decir que Dios no los haya creado, sino que los hombres por el pecado se hacen voluntariamente esclavos de estos bienes, de los que serían señores, según la ley divina, si obraran bien. ¿No es lo mismo ilusionarse y dejarse

seducir por estos falsos bienes que juzgar más digno de admiración y de amor lo que es inferior al hombre? Pero el hombre moderado encuentra en ambos Testamentos una regla de vida que le rija dentro de esta multitud de bienes caducos y pasajeros, que le envuelven y amenazan cegar le, y es la siguiente: No se debe amar ninguno ni creerlo deseable por sí mismo, sino servirse de ellos únicamente según las necesidades y deberes de la vida, con la moderación de un usufructuario, no con la pasión de un alma enamorada. Basta ya con lo dicho de la templanza; poco, es verdad, si se tiene en cuenta la importancia de esta materia; pero quizás sea mucho para el fin que me he propuesto.

El amor de Dios produce la fortaleza

XXII. 40. Poco tengo que decir sobre la fortaleza. Este amor de que hablamos, que debe inflamarse en Dios con todos los ardores de la santidad, se denomina templanza, en cuanto no desea los bienes de este mundo, y fortaleza, en cuanto de ellos nos despega. Pero de todo lo que se posee en esta vida es el cuerpo lo que más fuertemente encadena al hombre según las justísimas leyes de Dios, a causa del antiguo pecado (que, dicho sea de paso, nada es tan fácil como hablar de él y, sin embargo, nada: tan difícil y misterioso como explicarlo y comprenderlo). Este vínculo teme toda clase de sacudidas y molestias y, sobre todo, su rotura y muerte; y por eso afligen al alma los trabajos, los dolores y los horrores de la muerte. El alma se pega al cuerpo por la fuerza del hábito, sin comprender siempre que, si de él se sirve bien y con sabiduría, merecerá un día, sin molestia alguna, por voluntad y ley divinas, gozar de su resurrección y transformación gloriosas; pero si, comprendiendo esto, arde toda entera: en amor de su Dios, en este caso no sólo no temerá la muerte, sino que llegará hasta ansiarla con ardorosos deseos.

41. Resta, sin embargo, el duro combate contra el dolor. Pero cuando, llevada de este amor, el alma se entrega a su Dios, vuela libre y generosa sobre todos los tormentos con las alas hermosísimas y purísimas sobre las que se apoya en su vuelo apresurado al abrazo castísimo de su Dios. ¿Consentirá Dios que el amor en los que aman el oro, la gloria, los placeres de los sentidos, tenga más fuerza que en los que le aman a Él, cuando aquello no es ni siquiera amor, sino pasión y codicia desenfrenada? Sin embargo, si esta pasión nos muestra la fuerza del ímpetu de un alma que, sin cansancio y a través de los mayores peligros, se va hacia lo que ama, es también una prueba que nos demuestra cuál debe ser nuestra disposición para soportarlo todo antes que abandonar a Dios, cuando tanto se sacrifican éstos para desviarse de Él.

Consejos y ejemplos de fortaleza sacados de las santas Escrituras

XXIII. 42. ¿Qué necesidad hay de recoger aquí testimonios del Nuevo Testamento, pues de él son estas palabras: *La tribulación produce la paciencia, y la paciencia la prueba, y ésta produce la esperanza*⁵³; y, además, lo prueban y lo confirman con el ejemplo quienes las han proferido? Los ejemplos de paciencia serán más bien del Antiguo, contra el que tan furiosamente se ensaña la secta maniquea. Ni es mi intención traer aquí a la memoria aquel hombre que en los más duros suplicios del cuerpo y horribles llagas de sus miembros sufría con tanta valentía los dolores humanos, que le quedaba aún aliento para disertar con verdadera elocuencia de las cosas divinas. Pues si con serenidad se fija la atención en cada una de sus palabras, se verá con claridad el aprecio que merecen estos bienes, que, cuando los hombres quieren ser sus dueños, son como un cebo para hacerlos caer en sus redes por la pasión de la codicia, y llegan a ser esclavos de las cosas perecederas quienes con temeraria insensatez pretendían ser señores⁵⁴. Este hombre privado de todas las riquezas y de improviso reducido a extrema pobreza, de manera tan inquebrantable y serena dejó fijo su espíritu en Dios, que mostró bien a las claras el aprecio que les tenía, siempre menos que a sí mismo, y mayor que todo, a Dios.

A buen seguro que, si los hombres de hoy estuvieran animados de este espíritu, no sería necesario, para llegar a la perfección, que con tanta insistencia se inculcara en el Nuevo Testamento el precepto de despojarse de estos bienes, ya que mucha más perfección es no regarse el corazón poseyéndolas que estar en absoluto de ellas desposeídos.

43. Y puesto que se trata ahora de la fortaleza en los dolores y torturas del cuerpo, yo prescindiría de este hombre, grande e invicto, es verdad, pero, al fin, hombre. ¿No me ofrecen estas mismas Escrituras el ejemplo de una mujer de prodigiosa fortaleza y me están haciendo violencia a. que pase a tratar de él? ⁵⁵ Es una mujer que eligió antes el sacrificio de sus siete hijos, es decir, entregar todas sus entrañas maternas al tirano y verdugo, que pronunciar una palabra sacrílega; y ella, además, con sus exhortaciones les fortalecía y alentaba a sufrir, sufriendo ella en el alma las torturas de los miembros de sus hijos y cumpliendo, finalmente, el deber que con elocuencia divina les inculcaba. ¿Qué fortaleza, decidme, os lo ruego, puede igualarse con ésta? Pero ¿qué hay de extraño, por otra parte, en que el amor de Dios, animando todas las partes del alma resista al tirano, al verdugo, al dolor, al cuerpo, al sexo y al afecto maternal? ¿Ignoraba esta mujer lo *preciosa que es en la presencia del Señor la muerte de los Santos?* ⁵⁶ ¿No había oído que *el hombre sufrido es superior al mas fuerte* ⁵⁷, y estas otras palabras: *Aceptad de buen grado todo lo que os sucediere, sed pacíficos en vuestro dolor, conservad la paciencia en las humillaciones, pues el fuego es crisol del oro y de la plata?* ⁵⁸ ¿No sabía, acaso, que *el horno prueba los charros del alfarero, y la aflicción a los hombres justos?* ⁵⁹ ¿Pero qué es lo que estoy diciendo? Conocía estos y otros muchos preceptos divinos acerca de la fortaleza, dictados por el mismo Espíritu de Dios en los libros del Antiguo Testamento, que eran los que entonces existían, y cómo lo hizo después en los del Nuevo.

De la justicia y de la prudencia

XXIV. 44. ¿Qué diré de la justicia que tiene por objeto a Dios? Lo que dice nuestro Señor: *No podéis servir a dos señores;* ⁶⁰ y la reprensión del Apóstol a quienes sirven más bien a las criaturas que al Creador ⁶¹, ¿no es lo mismo que lo dicho con mucha antelación en el Viejo Testamento: *A tu Señor Dios adorarás y a El solo servirás?* ⁶² ¿Qué necesidad hay de citar más, cuando todo está lleno de semejantes preceptos? Esta es la regla de vida que la justicia prescribe al alma amante, de que se trata: servicio pronto y con la mejor buena voluntad al Dios de sus amores, que es sumo bien, suma sabiduría y suma paz; y todas las demás cosas, las rija y gobierne, parte de ellas como sujetas a él y parte como previendo que algún día lo estarán. Esta regla de vida la confirma, como decimos, el testimonio de ambos Testamentos.

45. Poco será también lo que diga de la prudencia, que no es otra cosa que el descubrimiento del objeto de nuestros amores y de nuestros odios. Bástenos saber que sin ella no se puede hacer bien nada de lo anteriormente dicho. Es propio de ella la vigilancia y diligencia para no ser seducidos, ni de improviso ni poco a poco; y es por lo que el Señor muchas veces nos repite: *Estad siempre en vela* ⁶³ y *caminad mientras dura la luz, para que no os sorprendan las tinieblas* ⁶⁴; y lo mismo San Pablo: *¿No sabéis que un poco de levadura basta para inficionar toda la masa?* ⁶⁵ Contra esta negligencia y sueño del espíritu, que apenas se da cuenta de la infiltración sucesiva del veneno de la serpiente, son clarísimas estas palabras del profeta que se leen en el Antiguo Testamento: *El que desprecia las cosas pequeñas caerá poco a poco* ⁶⁶, Voy muy deprisa, no puedo detenerme en amplias explicaciones sobre esta máxima sapientísima; pero, si fuera éste mi propósito, mostraría la grandeza y profundidad de estos misterios, que son la burla de hombres tan necios como sacrílegos, que no caen poco a poco, sino

que con toda rapidez, en lo profundo del abismo.

De los deberes de estas cuatro virtudes en lo que se refiere al amor de Dios, cuyo premio es la vida eterna y el conocimiento de la verdad

XXV. 46. ¿A qué dar más extensión a esta cuestión sobre las costumbres? Siendo Dios el sumo bien del hombre, lo que no podéis negar, se sigue que la vida santa, que es una como dirección del afecto al sumo bien consistirá en amarle con todo el corazón con toda el alma y con todo el espíritu; lo cual preserva de la corrupción y de la impureza del amor, que es lo propio de la templanza; lo que le hace invencible a todas las incomodidades, que es lo propio de la fortaleza; lo que le hace renunciar a todo otro vasallaje, que es lo propio de la justicia y, finalmente lo que le hace estar siempre en guardia para discernir las cosas y no dejarse inficionar subrepticamente de la mentira y el dolo, que es lo propio de la prudencia. Esta es la única perfección humana que consigue gozar de la pureza de la verdad y la que ensalzan y aconsejan a una ambos Testamentos. ¿A qué todavía continúan vuestras calumnias contra lo que ignoráis? La censura de estos libros, propio sólo de ignorantes, arguye vuestra suma impericia; y esa misma censura es como siete sellos que os cierran su inteligencia. Porque es imposible que se abra su sentido a quien los odia, como, a su vez no, es posible siga siendo su enemigo quien los comprenda.

47. Amemos, pues, a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todo el espíritu quienes nos hemos propuesto llegar a la vida eterna. La vida eterna es el gran premio, cuya promesa nos llena de gozo y alegría; pero el premio no es antes que los méritos ni puede dársele al hombre, sin que antes lo merezca; esto sería suma injusticia, que no es posible en Dios, suma justicia. No se debe, según esto, pedir el premio antes de merecerlo. Quizá no sea incongruente aquí la pregunta: ¿qué es la vida eterna? Pero que hable primero el dador de ella: *La vida eterna, dice, consiste en conocerte a ti solo Dios verdadero y a tu enviado Jesucristo*⁶⁷. La vida eterna es, pues, el conocimiento mismo de la verdad. Deducid de aquí la ignorancia y perversidad de quienes nos prometen el conocimiento de Dios para ser perfectos, siendo, al contrario, este conocimiento el premio definitivo de la perfección. ¿Qué hacer, pregunto yo, sino amar primero con perfecta caridad lo que con tantas ansias ardemos en deseos de conocer? De aquí el principio, sentado al principio, de que nada hay tan prudente y saludable como lo que se practica en la Iglesia católica, que es dar la preferencia a la autoridad sobre la razón.

El amor de sí mismo y del prójimo

XXVI. 48. Sigamos adelante con lo que resta, pues no parece hemos hablado nada del hombre mismo, es decir, de quien precisamente debe amar; aunque, a la verdad, no ve muy claro quien esto piensa. No es posible en quien ama a Dios que no se ame a sí mismo; y más diré: que sólo se sabe amar a sí mismo quien ama a Dios. Ciertamente se ama mucho a sí mismo quien pone toda la diligencia en gozar del sumo y verdadero bien; y como ya hemos probado que es Dios, es indudable ser mucho lo que se ama a sí mismo quien es amante de Dios. ¿No debe existir entre los hombres vínculo alguno de amor que los una? Más bien es verdad que no hay peldaño más seguro para subir al amor de Dios que la caridad del hombre para con sus semejantes.

49. Que nos hable del segundo precepto el Señor, quien, preguntado sobre los preceptos de la vida, no habló de uno sólo, sabiendo, como sabía, que es una cosa Dios y otra el hombre, y tan distinta como es la distinción entre el Creador y la criatura, hecha a su imagen. El segundo precepto: *Amarás, dice, a tu, prójimo como a ti mismo*⁶⁸. No será bueno el amor de ti mismo si es mayor que el que tienes a Dios. Y lo mismo que haces contigo, hazlo con tu prójimo, con el fin de que él ame a Dios también con perfecto amor. Pues no le tienes el amor que a ti mismo si no te afanas por orientarle hacia el bien al que

tú te diriges; es éste un bien de tal naturaleza, que no disminuye con el número de los que justos contigo tienden a El. Aquí tienen su origen los deberes que rigen la comunidad humana, en los que no es tan fácil acertar. Pero al menos sepamos, ante todo, ser buenos no servirnos contra nadie de la mentira ni de la doblez porque no hay nada más próximo al hombre que el hombre mismo.

50. Oye también lo que dice San Pablo: *El amor del prójimo no hace el mal*⁶⁹. Me sirvo de textos muy cortos, pero bastan para probar lo que intento, ya que nadie ignora el número y calidad de los testimonios que se leen en todas las páginas de los libros santos relativas al amor del prójimo, y como sólo hay dos modos de delinquir contra el prójimo: uno causándole daños y otro negándole nuestra ayuda cuando se le puede prestar, y por esto son los hombres malos, y ninguna de estas cosas hace el que ama, por eso pienso que la sentencia *El amor del prójimo no obra mal*, prueba lo que quiero demostrar. Y si no podemos obrar el bien sin haber dejado antes de hacer el mal, el amor del prójimo es como el principio del amor de Dios; y por este principio de San Pablo nos elevamos a lo que escribe a los fieles de Roma: *Nosotros sabemos que todo coopera al bien para los que aman a Dios*⁷⁰.

51. Ahora, en la marcha de estos dos amores hacia la plenitud y la perfección, decidir si van a un paso igual o si comienza primero el amor de Dios, o el del prójimo se perfecciona antes que él, confieso que no lo sé. Parece, en efecto, ser al principio el amor divino el que nos atrae con más fuerza; pero, por otra parte, se llega más fácilmente a la perfección que exige menos. Pero, sea de esto lo que fuere, lo cierto es que nadie se forje ilusiones de poder llegar a la felicidad, ni a Dios, objeto de sus amores, si desprecia a su prójimo. ¡Quiera el cielo que fuera tan fácil hacer bien al prójimo y no causarle daño alguno, como lo es amarle por quien está bien instruido y lleno de amor y dé benignidad! Para realizar este amor, la buena voluntad no basta; se necesita, además, mucha sabiduría y una prudencia exquisita, de la que nadie puede servirse si el mismo Dios, fuente de todos los bienes, no se la comunica. Se toca aquí, lo sé muy bien, una cuestión muy delicada, sobre la cual intentaré, sin embargo, decir algo, en la medida que lo exige la obra que traigo entre manos, con la esperanza puesta en aquel de quien sólo recibimos estos dones.

Del amor del prójimo en cuanto al cuerpo

XXVII. 52. El hombre, tal y como nos aparece, es un alma racional que usa o se sirve de un cuerpo mortal y de la tierra. El amor del prójimo lleva consigo hacer bien, unas veces al cuerpo y otras al alma. El bien que dice relación al cuerpo lleva el nombre genérico de medicina, y lo que hace bien al alma, de instrucción o disciplina. Medicina llamo yo todo lo que sirve para conservar la salud del cuerpo para repararla. En este nombre genérico de medicina entran no sólo los servicios del arte médico, sino también el alimento bebida, vestido, habitación y todo lo que es protección y defensa del cuerpo contra toda clase de accidentes y heridas que le vienen de fuera y que le perjudican, como el hambre, la sed, el frío, el calor y demás.

53. Son misericordiosos quienes por cortesía y humanidad ofrecen lo que es necesario para resistir a estos males dolores, aunque llegara a tanto su sabiduría, que no afecte a su alma dolor o turbación alguna. ¿Quién no sabe que la palabra misericordia etimológicamente significa hacer miserable o infeliz al corazón del que se aflige del mal ajeno? ¿Quién se atreverá también a poner en duda que el sabio debe estar exento de miserias cuando socorre al necesitado, da de comer al que tiene hambre y de beber al que tiene sed; cuando da vestido al desnudo, hospitalidad al peregrino, y, finalmente, llega a tanto su espíritu de humanidad, que da sepultura a los muertos? Pues aunque todo esto lo hiciese con ánimo tranquilo y sin sentir los pinchazos del dolor y solamente

por deber de bondad, sería misericordioso; el nombre no le perjudica nada, estando exento de miserias.

54. Hay hombres tan necios, que huyen de la misericordia como de un vicio, porque dicen que si al alma no le afectan las miserias del prójimo; por sólo el deber, no se puede mover a socorrerlas; a éstos hay que decirles que más bien que serenos con la serenidad de la razón, están congelados del frío de inhumanidad. Es en otro sentido mucho más elevado cómo es Dios misericordioso, y que sólo es conocido de quienes por su piedad y estudio son capaces de comprenderlo; y yo mismo me guardaré muy bien de servirme con imprudencia del lenguaje de los doctos, por temor de endurecer los corazones haciéndoles huir de la misericordia, en vez de enternecerlos con el amor de la benignidad. Tengamos siempre presente que, si la misericordia nos manda ahuyentar los males o miserias del prójimo, la justicia nos prohíbe inferírselas.

Del amor del prójimo en cuanto al alma

XXVIII. 55. La disciplina que sirve para restaurar la salud del alma, sin la cual la salud corporal carece de toda eficacia para remediar las miserias de la vida, es una cosa en extremo difícil. Lo mismo que acabo de decir respecto al cuerpo, a saber: que hay enfermedades y heridas que son pocos los que las pueden curar, y otras necesidades, como el hambre, la sed y demás, que no hay hombre, aun el de más humilde condición, que no pueda, remediar, lo mismo sucede respecto al alma; hay miserias que no exigen gran pericia y maestría, como cuando exhortamos y excitamos a los que nos rodean a que hagan con sus semejantes los servicios corporales que acabo de enumerar; si lo hacemos nosotros mismos, remediamos las necesidades del cuerpo, y con las exhortaciones a que se haga, remediamos las del alma. Pero hay otros muchos casos en los que es tal la multitud y diversidad de enfermedades, que exigen pura su curación medicinas de inefable e irresistible eficacia, y que, si no vinieran del cielo, no habría esperanza de salvación, ya que aumentan los crímenes de una manera que produce una verdadera alarma. Y lo mismo que se dice ser don del cielo las medicinas del alma, se debe decir también de las del cuerpo; pues si nos remontamos al origen de las cosas, sólo pueden venir de Dios, que es la razón de la estabilidad y conservación de todas las cosas.

56. Esta disciplina de que se trata, que es la medicina del alma, consta de dos partes, como se colige de las mismas divinas Escrituras: la coerción y la enseñanza. La coerción se consigue por el temor, y la enseñanza, por el amor: amor y temor que dicen relación al que por la disciplina se le ayuda, ya que quien por la disciplina da la medicina, no debe tener otro móvil que el amor. El mismo Dios, cuya clemencia y bondad es la única razón de nuestra existencia, no dio otras reglas en el Antiguo y Nuevo Testamento. En ambos existe el temor y el amor, bien que en el Antiguo prevalezca el temor y en el Nuevo domine el amor; allí rige la ley de la servidumbre, aquí los apóstoles anuncian la ley de la libertad. ¿Qué se puede decir del orden y armonía admirables de ambos Testamentos? Es muy largo de explicar y ya se ha hablado de esto por piadosos y sabios doctores. El desarrollo y explicación de esta materia como se merece, teniendo en cuenta las débiles fuerzas humanas, exigiría varios volúmenes. Bástenos decir que el que ama al prójimo hace hasta donde alcanzan sus fuerzas por conseguir la salud del cuerpo y del alma, pero refiriendo siempre el cuidado del cuerpo a la salud del alma. Obra gradualmente con relación al alma; inspira primero el temor, para concluir en el amor. Esto resume la pureza de las costumbres, que nos conduce al conocimiento de la verdad, la que arrebatada y lleva tras sí todos nuestros deseos más ardientes.

57. En el amor de Dios y del prójimo están conmigo de acuerdo los maniqueos; lo que niegan es su existencia en el Antiguo Testamento; error cuya enormidad la prueban

suficientemente, a lo que creo, los textos de ambos Testamentos que he aducido. Sin embargo, añadiré algunas palabras que sea una locura no quererlas admitir: ¿No advierten que lo mismo que ellos se ven obligados a aceptar es absurdo sostener que no lo tomó el Señor del Antiguo Testamento? ¿No se lee en el Evangelio, como en el Deuteronomio: *Amarás al Señor tu Dios con todo, tu corazón*⁷¹, *con toda tu alma y con todo tu espíritu*⁷²; y lo que sigue: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo*?⁷³ Y si no tienen la osadía de negarlo (presionados por la luz de la verdad), que nieguen su carácter saludable; que no son la regla de las buenas costumbres; que no se debe amar a Dios y al prójimo⁷⁴; que a los que aman a Dios no coopera todo a su bien⁷⁵ y que el amor del prójimo no obra mal; preceptos, sin embargo, que rigen la vida de los hombres de la manera más saludable y perfecta. Aun puede ser que llegue su audacia desmedida a negarlo, y entonces verán que no sólo están en contradicción con los cristianos, sino con el género humano entero. Si, por el contrario se reprimen y se ven constreñidos a confesar su origen divino, ¿por qué no cesan de condenar y reprobar con sacrílega impiedad los libros de donde están tomados estos preceptos?

58. ¿Dirán, según su perversa costumbre, que no se sigue sea todo bueno de donde se han sacado estas verdades? Este su miserable, falso y malintencionado subterfugio no veo fácil cómo me sea posible deshacerlo. ¿Me verá obligado a examinar una por una las palabras del Antiguo Testamento para hacer ver a los ignorantes y contumaces la suma armonía con el Evangelio? ¿Cuándo realizaré yo esto? ¿Podré yo solo hacerla? ¿Lo sufrirán ellos? ¿Qué salida me queda, según esto? ¿Abandonaré la causa y permitiré que se encubran bajo este falso, reprochable y muy malintencionado pretexto? No, de ninguna manera consentiré esto; el mismo Dios, autor de estos preceptos, vendrá en mi ayuda y no me dejará solo e impotente en tantas perplejidades y angustias.

La autoridad de las santas Escrituras

XXIX. 59. Estad, pues, atentos, ¡oh maniqueos!, por si acaso, a pesar de la superstición en la que estáis aherrojados, podéis al fin romper las cadenas. Oídme, digo, con atención y sin pertinacia y sin estudiado afán de resistencia, ya que pensar de otro modo os será perniciosísimo. Nadie duda, ni vosotros estáis tan distantes de la verdad hasta el punto de no comprender, que, si es bueno, como lo confiesa todo el mundo, el amor de Dios y del prójimo, no se podrá razonablemente censurar lo que encierran estos dos preceptos. Qué se encierra en ellos, es cosa ridícula que me lo preguntéis a mí. Oíd más bien, oíd con gran atención al Cristo, a la Sabiduría de Dios: *En estos dos preceptos*, dice El, *se resume toda la Ley y los Profetas*⁷⁶.

60. ¿Qué podrá decir en este caso la más impudente y desvergonzada pertinacia? ¿Se le ocurrirá decir que no son palabras de Cristo? ¡Pero si así, con estas palabras, está escrito en el Evangelio! ¿Llegará aún su mala intención a afirmar que es escritura falsificada? Pero ¿se puede proferir algo más impío que este sacrilegio, algo más impudente, atrevido y criminal? ¡Ni los mismos idólatras, que abominan hasta el nombre mismo de Cristo, han proferido nada semejante contra estas veneradas Escrituras! ¿No sería esto la ruina del valor de todos los escritos y la anulación de todos los libros de la antigüedad, si las Escrituras, que tienen en su apoyo la religión de tantos pueblos y la confirmación del consentimiento unánime de los hombres y de las edades, se podrían poner en duda, hasta el punto de negarles el crédito y autoridad de la más vulgar historia? ¿Qué texto, según eso, podéis alegar, de aquellas Escrituras, contra el que no se pueda aplicar vuestro procedimiento, si contradice a mi manera de pensar y de razonar?

61. Pero ¿quién concederá a la secta maniquea el derecho de prohibir la creencia en libros que se conocen en toda la tierra y que andan en manos de todos, y se nos quiera, por el contrario, imponer la fe en los libros que ella misma produce? Si acerca de alguna

escritura puede caber duda, ¿no será más bien sobre la que aun no ha merecido los honores de la publicidad o sobre la que con otro nombre haya podido ser falsificada en todas sus partes? Si bien a despecho mío me la presentas y por abuso de autoridad me quieres obligar a darle crédito, ¿cómo dudar yo de la que veo constantemente divulgada en todos los lugares y autorizada por el testimonio de todas las Iglesias diseminadas por todo el mundo? ¿No seré yo un miserable si la pongo en duda, y más miserable todavía si mi duda se apoya únicamente en tu palabra? Si aun cuando mostraras otros ejemplares sólo debería dar crédito a los autorizados por el consentimiento del mayor número, no presentando, por el contrario, más que palabras muy huera y temerarias en extremo, ¿tendrás la osadía de creer que llega la perversión del género humano y el abandono de la Providencia hasta el punto de preferir a estas Escrituras, no otras que tú presentaras como refutación, sino únicamente tus palabras? Preséntame otro texto que contenga la misma doctrina, pero no falsificada y más verdadera, donde no falten más que los pasajes subrepticamente introducidos. Por ejemplo, si crees que la epístola de San Pablo a los Romanos ha sido falsificada, preséntame otra que esté intacta, o mejor, otro ejemplar que contenga esta misma epístola del Apóstol pura e íntegra. Esto, contestas, no lo haré para que no se me acuse de falsificador. Esa suele ser tu respuesta ordinaria, y es justa, porque ni los hombres más vulgares se resistirían a esta suspicacia si tú te atreverías a hacerlo. Juzga por esto qué estima tienes tú mismo de tu autoridad y si sería una gran temeridad dar crédito a un manuscrito presentado por ti; dime ahora si se debe dar crédito a tus palabras contra las Escrituras.

Sublime apóstrofe a la Iglesia, maestra de toda sabiduría. Doctrina de la Iglesia Católica

XXX. 62. Pero ¿a qué viene insistir más en esto? ¿Quien no ve que los que así censuran las santas Escrituras, si acaso no son como la suspicacia de los hombres piensa, lo cierto es que no son cristianos? Porque a nosotros, los cristianos, se dio esta regla de vida, que consiste en amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todo el espíritu ⁷⁷, y después al prójimo como a nosotros mismos; y *estos preceptos son el resumen de toda la Ley Y de los Profetas* ⁷⁸. ¡Oh Iglesia católica, verdaderísima madre de los cristianos!, con razón predicas que hay que honrar purísima y castísimamente a Dios, cuya posesión es dichosísima vida; y con igual razón no presentas a nuestras adoraciones criatura alguna a la que estemos obligados a servir y excluyes también de la incorruptible e inviolable eternidad, a la que el hombre debe vasallaje y obediencia y a la que únicamente deber estar unida el alma racional para ser feliz, todo lo que ha sido hecho, todo lo que está sujeto a la mutación y al tiempo, y no confundes lo que la eternidad, la verdad y la paz misma distinguen, ni separas lo que la unidad de la majestad une. Y después de estas sublimes enseñanzas haces de tal manera tuyo el amor y la caridad del prójimo, que en ti hallamos toda medicina potentemente eficaz para los muchos males que por causa de los pecados aquejan a las almas.

63. Tú adiestras y amaestras puerilmente a los niños, con fortaleza a los jóvenes, con delicadeza a los ancianos, conforme a la edad de cada uno, en su cuerpo y en su espíritu. Tú mandas a las esposas que con casta y fiel obediencia obedezcan a sus esposos, no para saciar su pasión, sino para que nazcan niños en el mundo y para el gobierno de la familia. Tú ordenas la autoridad de los maridos sobre sus esposas, no para tratar con desprecio al sexo más débil, sino para dominarle según las leyes del más puro y sincero amor. Tú con una, estoy por decir, libre servidumbre sometes los hijos a sus padres y pones a los padres delante de los hijos con dominio de piedad. Tú, con vínculo de religión, más fuerte y más estrecho que el de la sangre, unes a hermanos con hermanos. Tú estrechas con apretado y mutuo lazo de amor a los que el parentesco y afinidad une, respetando en todo los lazos de la naturaleza y de la voluntad. Tú enseñas a los criados

la unión con sus señores, no tanto por necesidad de su condición, cuanto por amor del deber. Tú haces que los señores traten con más dulzura a sus criados por respeto a su sumo y común Señor, Dios, y les haces obedecer por persuasión antes que por temor. Tú, no sólo con vínculo de sociedad, sino también de una cierta fraternidad, ligas a ciudadanos con ciudadanos, a naciones con naciones; en una palabra, a todos los hombres con el recuerdo de los primeros padres. A los reyes enseñas a mirar a los pueblos y a los pueblos amonestas que obedezcan a los reyes. Enseñas con diligencia a quién se debe honor, a quién afecto, a quién respeto, a quién temor, a quién consuelo, a quién amonestación, a quién, exhortación, a quién corrección, a quién represión, a quién castigo, mostrando cómo no se debe todo a todos, pero sí a todos la caridad, a ninguno la ofensa.

64. Y cuando este amor a los hombres ha alimentado y robustecido el alma a tus pechos de madre y se ha hecho capaz para seguir a su Dios; cuando su majestad comienza a descubrirse al hombre cuanto es posible en esta vida de aquí abajo, entonces brota tal fuego de caridad, se levanta tan gran incendio de amor divino, que, abrasados todos los vicios y todo el hombre purificado y santificado, se ve cuán divinamente se dijo: *Yo soy un fuego abrasador, yo he venido a traer fuego a la tierra*⁷⁹. Los oráculos de un mismo Dios, escritos en dos Testamentos, que testifican acordes la santificación del alma y nos conducen a otro testimonio del Nuevo, tomado del Antiguo, que es como un canto de triunfo: *¡La muerte ha sido tragada por la victoria! ¡Oh muerte!, ¿dónde está tu aguijón? ¡Oh muerte!, ¿dónde está tu poder?*⁸⁰ ¡Oh, si estos herejes pudieran comprender aunque no fuera más que esta verdad, libres de todo orgullo y llenos de espíritu de la paz, no honrarían a otro Dios que el que en ti y en tu regazo, oh Iglesia Santa, se honra y adora! ¡Oh Iglesia bendita! Por ti se conservan en todas las partes de la tierra estos divinos preceptos. ¡Oh maestra del cielo! Por ti sabemos que el pecado es mucho más grave cuando se conoce la ley que cuando se ignora, *El pecado es el aguijón de la muerte, y la fuerza del pecado es la ley*⁸¹, por la que la conciencia de su transgresión hiere y mata. Tú eres la que nos muestra cuán vanas son las acciones hechas bajo el yugo de la ley, cuando la pasión causa la ruina del alma, y que trata de reprimirla, de darle muerte, por el temor del castigo más bien que por el amor de la virtud. Herencia tuya es también, ¡oh Iglesia católica!, esa multitud de hombres hospitalarios, caritativos, misericordiosos, sabios, castos y santos, ¡muchos de los cuales están abrasados del amor de Dios hasta tal punto, que, en su perfecta continencia e increíble desprecio del mundo, son sus verdaderas delicias la soledad.

Oposición entre la continencia de los maniqueos y la vida de los anacoretas y cenobitas

XXXI. 65. Decidme, os lo pido, ¿qué es lo que lleva tras de sí a esos hombres que no pueden dejar de amar a sus semejantes y que, sin embargo, pueden vivir sin su compañía? Ciertamente, sea ello lo que fuere, será más excelente que todo lo humano, pues su vista les da alientos para pasar la vida en la soledad. Abrazad vosotros, ¡oh maniqueos!, esas costumbres y esa admirable pureza de los cristianos perfectos, que creen un deber sagrado no sólo la alabanza de la castidad, sino también su práctica. Si os queda algún resto de pudor, no oséis seguir sembrando con imprudencia entre los ignorantes que la castidad es la más difícil de las virtudes. Y conste que no hablo de cosas que no sabéis, sino de lo que con torcida intención queréis ocultar. Porque ¿a quién de vosotros está oculta esa multitud de cristianos, que cada día es mayor, diseminada por todo el mundo, principalmente en el Oriente y en Egipto, que viven una vida de suma continencia?

66. Nada diré de esos hombres de quienes vengo hablando, que se ocultan a todas las

miradas, y se contentan con un pedazo de pan y un sorbo de agua que se les lleva de tarde en tarde, y gozan de sus coloquios con Dios, a quien están unidos por la gran pureza de sus almas, y disfrutan de las delicias de una vida dichosísima en la contemplación de la belleza, que sólo la inteligencia de los santos puede conocer. No, no diré nada de ellos, pues se les acusa de excesiva renuncia de las cosas humanas por quienes no comprenden ni la utilidad de las plegarias ni la de los ejemplos que nos dan los que así se ocultan de nuestra vista. ¿No parece superfluo extenderme más sobre esto? ¿Cómo mis palabras serán capaces de llevar la admiración de tan alta perfección a hombres de quienes no sale el admirarla ni rendirle homenaje? Solamente diré a los que tan vanamente se jactan que es tanta la templanza y la continencia de los grandes santos de la fe católica, que juzgan algunos hasta un deber reducirla y medirla según el módulo de la naturaleza humana. ¡Tan elevada parece esta virtud a quienes desagrada!

67. Pero si estos prodigios de santidad exceden nuestras fuerzas, ¿quién, al menos, no admirará y alabará a estos hombres que desprecian y dejan los placeres del mundo, y viven en común una vida castísima y santísima, y emplean juntos su tiempo en plegarias, lecturas y conferencias? Estos hombres sin ninguna hinchazón de soberbia, sin ninguna turbación ni palidez amarillenta, nacidas de la terquedad y de la envidia, sino siempre modestos, humildes, sufridos, ofrecen a Dios ésta vida de perfecta concordia y de perpetua contemplación como un don suyo gratísimo. Ninguno posee nada como propio ni es carga para los demás. Se ocupan en trabajos manuales, que les procuran lo necesario para el alimento del cuerpo sin distraer el espíritu y el pensamiento de Dios. Acabado su trabajo, lo entregan a los decanos (pues cada uno manda sobre diez religiosos), y ellos están descuidados de todo lo material, que se refiera bien sea al alimento, bien sea al vestido, bien sea a todo lo que exigen las necesidades de cada día y cuidados de la salud. Los decanos lo disponen todo con gran solicitud y cumplen con presteza las exigencias de la vida y todas las necesidades del cuerpo, dando cuenta ellos mismos de su administración al que llaman padre. Estos padres no sólo son santísimos, sino también excelentísimos en la ciencia de lo divino y de espíritu elevado sobre todas las cosas; miran sin soberbia alguna y con gran solicitud por el bien de los que se llaman sus hijos predilectos, a quienes mandan con su gran autoridad y son obedecidos con una gran voluntad. A la caída de la tarde, todos los religiosos, todavía en ayunas, salen de sus habitaciones a oír la palabra del padre; y se ve a veces un número superior a tres mil someterse a la autoridad de uno solo. Ellos escuchan con increíble atención y en medio del más religioso silencio y muestran con gemidos y lágrimas y una alegría modesta las emociones que produce en sus almas la palabra del superior. Acto seguido van a tomar su alimento, manteniéndose en los límites que fijan la salud y la castidad y frenando de este modo la concupiscencia para que no se desfogue en presencia de tan pocos y tan ordinarios alimentos. Y así se abstienen no sólo de carnes y de vinos, con el único fin de domar la concupiscencia, sino de toda clase de manjares que tanto más estimulan el estómago y el gusto cuanto más puros son juzgados por algunos. Con este nombre suelen los maniqueos defender, con tanta ridiculez como obscenidad, el deseo desarreglado de ciertos alimentos exquisitos distintos de las carnes. Lo que les sobra del trabajo manual lo reparten entre los necesitados, con más diligencia que se puso en adquirirlo. No se preocupan en modo alguno de acumular abundancia de bienes: no es otro su empeño que deshacerse de lo que no les es necesario, hasta el punto de enviar barcos cargados de víveres a los lugares donde vive gente pobre y necesitada. Pero ¿qué necesidad hay de insistir más sobre hechos tan conocidos de todo el mundo?

68. Como esta vida, es también la de las mujeres que sirven a Dios con tanto celo como castidad, separadas y alejadas de los hombres tanto como conviene; no están unidas a ellos más que por una piadosa caridad y por la imitación de sus virtudes. Ningún hombre joven se acerca a ellas, y los viejos, aun los más sabios y probados, no pueden acercarse

más que al vestíbulo, cuando les llevan las cosas necesarias para la vida. Ellas tienen sus ejercicios manuales en trabajos de lana, de donde sacan para su sustento y hacen los vestidos de los hermanos, que les entregan a cambio de los alimentos. Estas costumbres, esta vida, este orden, estas instituciones, aunque quisiera y fuera mucha mi elocuencia, no podrían ser elogiadas dignamente; y me hace, además, violencia para contenerme el temor de que no se juzgue digna por sí misma de una religiosa admiración la exposición sencilla de hechos tan maravillosos si uno a ella el coturno del panegirista. ¡Oh maniqueos!, criticad esto si os es posible. No mostréis con tan refinada malicia la cizaña que puede germinar entre el buen trigo a hombres ciegos y que no pueden discernir.

Elogio de los clérigos

XXXII. 69. No se vaya a creer, sin embargo, que las costumbres santísimas de la Iglesia católica no rebasan los angostos límites de esas almas santísimas cuya vida me ha merecido tanta alabanza. ¡Cuántos obispos, sacerdotes, diáconos y ministros de los misterios divinos he conocido que fueron hombres excelentísimos y santísimos, lo que es tan difícil verlo dentro de la conversación humana y el torbellino de la vida! Porque no son con preferencia sus solicitudes y cuidados de los sanos, sino de los enfermos. Tienen que soportar los vicios del pueblo para curarlos y tolerar antes las heridas pestilentes que cicatrizarlas. Es muy difícil en estas circunstancias ser santísimos y vivir una vida de paz y de tranquilidad de espíritu. Lo diré en pocas palabras: éstos pasan su vida donde se aprende a vivir, mientras que aquellos (los anacoretas y cenobitas) están allí donde se vive verdaderamente.

Otras comunidades de religiosos y de religiosas que viven en las ciudades. Ayunos de tres días.

XXXIII. 70. Existe, además, en la Iglesia católica otro orden de cristianos que merecen igualmente mis alabanzas; me refiero a aquellos que viven en comunidad, dentro de las ciudades, una vida cristiana muy distinta de la vida ordinaria. Yo mismo conocí en Milán una comunidad de santos regida por un sacerdote santísimo y sapientísimo; en Roma supe de muchas comunidades regidas siempre por quien más sobresalía entre ellos en gravedad, prudencia y ciencia de lo divino, y vivían juntos una vida cuya respiración eran la caridad, la santidad y libertad cristianas; y con el fin de no ser carga los unos de los otros, se sustentaban, según costumbre del Oriente y ejemplo de San Pablo Apóstol, del trabajo de sus manos. El ayuno de muchos era increíble: no se reducía sólo a una comida al anochecer (costumbre de uso universal), sino que, además, pasaban con mucha frecuencia tres o más días sin comer ni beber; y no eran solamente hombres los que practicaban estas austeridades: imitaban también su ejemplo las mujeres. Había comunidades de viudas y vírgenes, que vivían del producto de sus hilados y tejidos de lana, y se regían por las más respetables y santas para la formación y ordenación de las costumbres y, además, de mayor destreza y más cultura para la instrucción de las inteligencias

71. En estas comunidades no se obliga a nadie a austeridades superiores a sus fuerzas ni a lo que rehusaba hacer; ni le despreciaban las demás por su debilidad para soportar su vida de penitencias y ayunos. Tenían presente la insistencia con que en las sagradas Escrituras se recomienda la caridad, y también sabían que *todo es puro para quienes lo son*⁸², y que *no mancha lo que entra en la boca, sino lo que de ella sale*⁸³. Ponen toda su industria en abstenerse de algunos manjares, no por su inmundicia, que no la tienen, sino por domeñar la concupiscencia y conservar inmaculada y pura la caridad de unos con otros. No perdían de vista las palabras del Apóstol: *Los alimentos son para el vientre, y el vientre para los alimentos; pero Dios destruirá lo uno y lo otro*⁸⁴; y estas otras: *Ni*

habrá abundancia si comemos, ni inteligencia si nos abstenemos de la comida ⁸⁵; pero ante todo lo que sigue: *Es bueno, hermanos, no comer carne, ni beber vino, ni hacer cosa alguna que escandalice a tu hermano* ⁸⁶. Muestra el Apóstol cómo el fin de todo es la caridad. *El uno, dice, cree que le es lícito comer de todo: está bien; pero el que esté débil, que coma legumbres* ⁸⁷. *El que come, no desprecie al que no lo hace; el que come, no juzgue al que no sigue su ejemplo, pues él es para Dios. ¿Quién te crees tú para condenar a los servidores de otro? Estará en pie con verdadera firmeza o dará en tierra; pero no, quedará de seguro en pie, pues poderoso es Dios para darle fortaleza. Y añade poco después: El que come, lo hace por amor del Señor, y le da gracias por ello; y el que no come, lo hace por el mismo fin, y concluye también con acción de gracias. Cada uno dará cuenta a Dios de sus actos. No os condenéis mutuamente; todo vuestro juicio o prudencia se ordene a no ser nunca ocasión de escándalo a vuestro hermano. Yo sé y confío en el Señor Jesús, que nada es inmundo en sí mismo, ni lo es sino para quien así lo juzga* ⁸⁸. Más claro no pudo enseñarnos que lo que mancha el alma no son los manjares; es la intención con que se comen. Por eso a quienes son capaces de despreciar todo esto y de saber con certeza que la mancha no viene de los alimentos, sino del deseo torpe con que son comidos, les recomienda tengan siempre delante de los ojos la caridad: *Si por comer, dice, contristas a tu hermano, te desvías de la ley de la caridad* ⁸⁹.

72. Leed lo que sigue, pues sería muy largo transcribirlo aquí todo, y observaréis que los que, por más firmes y seguros, lo pueden todo, deben ser templados y moderados con el fin de no escandalizar a quienes por su debilidad se abstienen. Estos de quienes se trata conocen esto y lo practican: son cristianos, no herejes; comprenden el sentido de las Escrituras según el pensamiento de los apóstoles, no según el soberbio y usurpado nombre de apóstol. *Nadie desprecie a quien no come, ni se condene al que come; los débiles comen legumbres.* Muchos de los fuertes comen legumbres también a causa de los débiles, y otros, en gran número, no lo hacen sólo por eso, sino que, además, es porque prefieren un alimento más ordinario con la intención de pasar una vida pacífica y tranquila, negando al cuerpo toda delicadeza y suntuosidad en la comida. *Todo me es lícito, dice el Apóstol, pero yo no quiero estar sujeto al poder de nadie* ⁹⁰. Muchos no comen carne, pero no creen supersticiosamente en su impureza; y estos mismos, que se abstienen cuando están sanos, no tienen escrúpulo en hacerlo cuando la razón de enfermedades obliga a ello. Muchos no beben vino, pero no es porque crean que su bebida mancha el alma; pues éstos mismos, de la manera más llena de humanidad y condescendencia, se lo dan a los enfermos y a todos los que lo necesitan para conservar sus fuerzas. Y si alguno sin razón lo rehúsa, le advierte fraternalmente que se ponga en guardia contra esta vana superstición, para que no sean cada vez más débiles y enfermos, en vez de ser cada vez más santos; y le recuerdan la orden del Apóstol a su discípulo ⁹¹ de tomar un poco de vino a causa de sus frecuentes enfermedades. Así es como ellos ejercitan constantemente y con celo la caridad que permanece siempre; pues los ejercicios corporales no duran, según el mismo Apóstol ⁹², y, además, aprovechan poco.

73. Los que pueden (que son innumerables) se abstienen de la carne y del vino por dos causas: por sus hermanos enfermos y por su propia libertad. Es la caridad la que se observa principalmente entre sí; es la que regula su alimento, sus palabras, vestido y semblante, y les une y les concierta, y su violación es a sus ojos ofensa del mismo Dios. Arrojan lejos de sí y rechazan todo lo que podría serle obstáculo; lo que la hiere no puede durar un sollo día. Todos saben que Jesucristo y los apóstoles de tal modo la recomiendan, que, si ella sola falta, todo es vacío y nada, y si ésta existe, hay plenitud en todo.

Las costumbres de los malos cristianos no son razón para censurar a la Iglesia. Los adoradores de las pinturas y de los sepulcros

XXXIV. 74. ¡Oh maniqueos! Poneos, si os es posible, frente a frente de estos cristianos; contempladlos tal y como son, si es que lo resistís, y después cubridlos de injurias. Tened la valentía de hacer una comparación entre sus ayunos y es vuestros, su castidad y la vuestra, sus vestidos y banquetes y los vuestros, su modestia y caridad y la vuestra y sobre todo, sus preceptos y los vuestros. A buen seguro que entonces se os caerán las escamas de los ojos y conoceréis la diferencia entre la ostentación y la sinceridad; entre el camino recto y el error, entre la fe y la falacia, entre la fortaleza y la hinchazón, entre la felicidad y la miseria, entre la unidad y la división, y, finalmente, la diferencia entre las dulces melodías de las sirenas de la superstición y el seguro puerto de la religión.

75. No reunáis en mi presencia a quienes hacen profesión de cristianos e ignoran o no muestran con sus obras su fuerza y eficacia. No continúen vuestras invectivas contra esa turba de necios que, aun dentro de la verdadera religión, o son supersticiosos o tan del todo dados a los placeres sensuales, que olvidan sus promesas para con Dios. Yo sé de muchos que son idólatras de los sepulcros y de las pinturas; de muchos que hacen libaciones excesivas sobre los muertos, y les ofrecen banquetes de excesivo lujo, y se sepultan ellos mismos encima de los cadáveres, y hasta creen ser actos religiosos sus orgías y embriagueces; y, finalmente sé de un gran número que renunciaron al mundo sólo de palabra y consienten estar oprimidos de tantas y tan grandes solicitudes de este siglo y hasta gozan de tal agobio y opresión. Pero ¿por qué os causa extrañeza encontrar, entre tanta multitud de pueblos, quienes por su mala vida os sirven de ocasión para seducir a los sencillos y apartarlos de la salud católica, cuando dentro de vuestra reducidísima secta padecéis angustias de muerte si os exigimos la presentación de uno solo de vuestros elegidos que cumpla fielmente esos mismos preceptos de que tanto se jacta vuestra irracional superstición? En otro volumen mostraré cuán vanos, perniciosos y sacrílegos son vuestros preceptos y cómo nadie o casi nadie de vuestra secta los pone en práctica.

76. Os aconsejo desistáis ya de las maledicciones contra la Iglesia católica y de censurar las costumbres de quienes ella misma condena y corrige con celo de madre como a malos hijos. Todos los que por su buena voluntad y la gracia divina se corrigen, recobran por la penitencia lo que perdieron por sus pecados. Los que, al contrario, por su mala voluntad añaden a sus antiguos pecados otros aún más graves, se les tolera, es verdad, en el campo del Señor y se les deja crecer con las buenas semillas hasta que llegue el tiempo de separar la cizaña del buen grano. O si, por el nombre de cristianos que llevan, se les puede asemejar a la paja más bien que a las espinas, no tardará en llegar el que limpia la era, y entonces separará la paja del trigo y a cada parte dará lo que merece con suma equidad.

El Apóstol concede a los cristianos el derecho al matrimonio y a los bienes de la tierra

XXXV. 77. ¿Es razonable que continúe todavía vuestra saña y ceguedad, inspiradas por el espíritu de partido? ¿Cuál es la explicación de ese vuestro ofuscamiento en la defensa de tan gravísimo error? Buscad los frutos en el campo y el trigo en la era: lo veréis con facilidad; ello mismo se ofrece o se presenta a quienes van en su busca. ¿No es demasiada la atención que ponéis en las malas semillas? Y, sobre todo, ¿es racional el temor que infundís a los ignorantes de entrar en jardín tan fértil y abundante, por las asperezas de las espinas? Hay en la Iglesia católica una entrada segura, aunque de pocos conocida, cuya existencia negáis o no queréis descubrir. En la Iglesia católica viven un número incontable de fieles que no usan de este mundo, y los hay que usan como si

no usasen ⁹³, según la palabra del Apóstol, como se demostró bien claramente cuando en aquellos tiempos se los obligaba a quemar incienso a los ídolos. ¡Cuántos hombres de dinero; cuántos padres de familia, soldados, campesinos, comerciantes; cuántos primates, senadores, personas de uno y otro sexo, abandonaron todas las cosas temporales de que usaban, es verdad, vera de las que no eran esclavos, y sufrieron voluntariamente la muerte por la fe y la religión mostrando bien a las claras a los infieles ser más bien señores de todas esas riquezas que esclavos de las mismas!

78. Es una calumnia la prohibición a los regenerados por el bautismo de la procreación y de la posesión de tierras, casas y dinero. ¿Se lo prohíbe acaso el Apóstol? Se puede negar que después de la enumeración de los hombres viciosos y malos, a quienes se les cierra la entrada en el reino de los cielos; no escribiera a los fieles de Corinto: *Esto es lo que vosotros habéis sido, pero ya estáis de ello limpios, santificados y justificados por el nombre de nuestro Señor Jesucristo y por el Espíritu de nuestro Dios* ⁹⁴. Los limpios y santificados son, sin duda, los fieles que han renunciado a este mundo. Resta ahora saber si les permitió o no estas cosas. Continúa el Apóstol: *Todo me es lícito, mas no todo es conveniente. Todo me es lícito, pero yo no me someteré al poder de nadie. Los alimentos son para el vientre, y el vientre para los alimentos, y Dios distribuirá lo uno y lo otro. El cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo; Dios resucitó al Señor, y Él nos resucitará por su poder. ¿Acaso ignoráis que vuestros cuerpos son los miembros de Cristo? ¿Destruiré los miembros de Cristo para que pasen a ser los miembros de una meretriz? ¡Dios me libre de hacer tal cosa! ¿No sabéis que el que se adhiere a una meretriz se hace un mismo cuerpo con ella? Serán los dos una misma carne. Pero el que se junta o une al Señor se hace un mismo espíritu con Él. Huid de la fornicación. Cualquier pecado que el hombre comete, está fuera del cuerpo; mas el que comete la fornicación, peca contra su cuerpo. ¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y que habéis recibido de Dios, y ya no os pertenecéis? Habéis sido rescatados con un gran precio. Glorificad a Dios y llevadle en vuestro cuerpo. En cuanto a las cosas sobre las que me habéis escrito, es bueno para el hombre no tocar a la mujer; sin embargo, por causa de la incontinenia, que cada hombre tenga su mujer y cada mujer tenga su marido. Que el marido dé el débito a su mujer, e igualmente la mujer a su marido. La mujer no tiene poder sobre su cuerpo, sino el marido, e igualmente el marido no tiene poder sobre su cuerpo, sino la mujer. No os neguéis el uno al otro lo que os debéis, si no es por mutuo consentimiento y por algún tiempo, con el fin de dedicaros a la oración; y después reuníos de nuevo como antes, por temor de que os tienta Satanás por vuestra incontinenia. Pero yo os digo esto mas bien como indulgencia que como mandato. Porque yo quisiera que todos los hombres fuesen como yo mismo; pero cada uno recibe su don particular de Dios, el uno de una manera y el otro de otra* ⁹⁵.

79. ¿No os parece haber demostrado el Apóstol a los fuertes en qué está la suma de la perfección, y a los débiles lo que es próximo a la perfección? Lo suma de la perfección es abstenerse de los placeres de la carne; *quisiera que todos*, dice él, *fuesen como yo mismo*; la castidad conyugal, que libra al hambre de perderse por la fornicación, se aproxima a esta sublime perfección. Ahora os pregunta yo: ¿Excluye del número de los fieles a los que usan de las mujeres? No; pues él mismo dice que si una de los esposos es infiel, no solamente los hijos, sino también las esposas mismas son santificadas, por la castidad de su unión. *El hombre infiel*, dice, *es santificado por la mujer fiel, y la mujer infiel es santificada por el hombre fiel, de otro modo, los hijos serían impuros, pera ahora, sin embargo, son santos* ⁹⁶. ¿A qué pues, tan obstinada resistencia a verdad tan clara y evidente? ¿A qué tanto empeño en obscurecer con vanas sombras la luz de las Escrituras?

80. No sigáis afirmando que a los catecúmenos les es lícito casarse y a los fieles no; a los primeros les es lícito poseer y los segundos no tienen ese derecho. ¡Cuántos hay que usan de estas cosas como si no usaran! En las aguas santas del bautismo se inicia la renovación del hombre nuevo, que va creciendo en el alma hasta su perfección, en unos con más lentitud que en otros; pero muchos progresan en la vida nueva si lo intentan, no con ánimo hostil, sino con amor. El mismo Apóstol lo dice: *Aunque nuestro hombre exterior se corrompa, el hombre interior se renueva de día en día* ⁹⁷. Atended a la palabra: *El hombre interior debe renovarse de día en día* para llegar a la perfección, y vosotros queréis que comience ya por la perfección. ¡Ojalá fueran éstas vuestras intenciones! Pero, por desgracia, son otras muy distintas. Vuestro afán, más bien que fortificar a los débiles, es la seducción de los incautos. Nunca debisteis despacharos con tanta osadía, ni aunque se supiera que cumplís con perfección vuestros preceptos, verdaderas bagatelas pueriles. Y vosotros sabéis muy bien que los que entran en vuestra secta, cuando llegan a vivir íntimamente vuestra vida, ven cosas que nadie sospechaba, dada vuestra furia en criticarlas en los demás. ¿ No es una gran impudencia exigir la perfección a las almas débiles de la Iglesia católica, con pretexto de alejarlas de ella, y luego no mostrarles más que sombras de esa perfección? Pero, para que no os parezca que hablamos contra vosotros sin razón y sin fundamento, doy aquí fin a este libro, y tengo el propósito de mostrar bien a las claras los preceptos de vuestra vida y las costumbres que tanto os envanecen.

DE LAS COSTUMBRES DE LA IGLESIA CATOLICA y DE LAS COSTUMBRES DE LOS MANIQUEOS

Traductor: P. Teófilo Prieto, O.S.A.

LIBRO SEGUNDO

DE LAS COSTUMBRES DE LOS MANIQUEOS

El sumo bien es por esencia el ser en sumo grado

I. 1. Nadie, pienso yo, dudará que la cuestión del bien y del mal, que es lo que aquí se trata, es objeto de la moral. ¡Ojalá sea tanta la claridad y la serenidad de la vista de la inteligencia de quienes se consagran a la investigación de las cosas, que puedan contemplar de hito en hito aquel sumo bien, nada superior a él en excelencia: y sublimidad, al cual se somete el alma racional pura y perfecta! Porque verían también con qué rectitud y justicia se le llama el supremo ser, el primer ser, que es siempre lo mismo, en absoluto idéntico a sí mismo; que es inaccesible a toda corrupción o cambio; que ni está sujeto al tiempo ni puede ser hoy de distinto modo de como era ayer. Este ser es el que verdaderísimamente es, pues significa una esencia subsistente en sí misma e inaccesible a toda mutación. Este ser es Dios, el cual no tiene contrario, porque al ser sólo se opone el no ser. No existe, pues, ninguna naturaleza contraria a Dios. Pero puesto que para la contemplación de estas cosas llevamos al contrario, el bagaje de una inteligencia llagada y embotada, bien por pueriles opiniones, bien por una perversa voluntad, sacrifiquémonos todo lo posible por alcanzar algún conocimiento de objeto tan elevado, caminando paso a paso, con cautela, no como suelen buscarlo quienes lo contemplan, sino como los que andan en tinieblas, a tientas.

Qué es el mal. El mal, dicen con mucha razón los maniqueos, es lo que es contrario a la naturaleza; pero esta definición destruye su herejía.

II. 2. Es costumbre maniquea el proponer la cuestión del origen del mal a quienes intentan convencer de la verdad de su herejía. Haced, ¡oh maniqueos!, esta hipótesis que sea hoy, por ejemplo, la primera vez que caigo yo en vuestras manos, y me atreva a pedirlos, con vuestro beneplácito, que pongáis entre paréntesis vuestras convicciones sobre esta cuestión y, como simples ignorantes, unáis vuestros esfuerzos a los míos en la investigación de este gran misterio. Vosotros queréis saber cuál es el origen del mal, y yo, a mi vez, empiezo la pregunta sobre su naturaleza. ¿Quién procede en la investigación con más lógica, yo o vosotros? ¿Los que investigan el origen sin saber de qué o los que investigan primero su naturaleza con el fin de no caer en el gran absurdo de investigar el origen de lo desconocido? Es verdaderísimo lo que decís: ¿quién hay tan ciego que no vea que el mal de una cosa cualquiera es todo lo que es contrario a su naturaleza? ¿Y no caéis en la cuenta de que esta definición destruye vuestra herejía? Ya que ninguna naturaleza es mala, si el mal es contra la naturaleza; y vuestra doctrina es que el mal es una naturaleza o substancia. Añádase a esto que lo que es contrario a la naturaleza se opone a ella y tiende a su destrucción, tiende a hacer que lo que es no sea más; porque una naturaleza no puede ser otra cosa que lo que constituye cada ser en su especie. Por consiguiente (y vosotros permitiréis que yo me sirva del término esencia, que viene de ser, o del término substancia, que le reemplaza con frecuencia, términos desconocidos de los antiguos y que reemplazan con el de naturaleza), por consiguiente, digo yo que el mal, si queréis atender (poniendo entre paréntesis vuestra pertinacia), es lo que ataca a la esencia de un ser lo que tiende a hacer que no exista más.

3. Cuando la Iglesia católica enseña que Dios es el autor de todas las naturalezas y substancias, los que son capaces de comprender esta verdad concluyen que Dios no es el autor del mal. ¿Cómo es posible que la causa del ser de todo lo que existe sea luego causa del no ser, causa de que pierda su esencia y tienda a la nada? Esto sería a los ojos de todos el mal general. ¿Cómo, pues, es posible que ese vuestro reino del mal, que, según confesión vuestra, es el sumo mal, sea contrario a la naturaleza o substancia, siendo él mismo una naturaleza y una substancia? Si obra contra sí mismo, tiende a destruir su mismo ser, y el día que lo lograra realizaría el sumo mal; pero eso es irrealizable, porque, además de existir, es eterna. Luego la conclusión es que el sumo mal no es una substancia.

4. ¿Qué hacer en estas circunstancias? Yo sé que hay entre vosotros quienes no pueden en absoluto comprender estas verdades; conozco a otros, por el contrario, que, debido a su buen ingenio, las entrevén, pero, sin embargo, siguen las inspiraciones de su mala voluntad, que les ciega y hace perder el juicio; y lo emplean más bien en proponer objeciones contra ellos, con el mal fin de seducir con facilidad a los torpes y débiles, que en reconocer ellos mismos su invencible verdad. Pero jamás me pesará haberlo escrito, persuadido de que algún día lo leerá alguno de vosotros con juicio sereno y abandonará vuestra herejía; y otros, espíritus rectos, sometidos a Dios y limpios de esta vuestra peste de doctrina, no podrán, después de leído, ser engañados por vuestras palabras.

La definición del mal como algo nocivo es también destructiva de la secta maniquea

III. 5. Sigamos con el mayor interés, y, a ser posible, con la mayor claridad, nuestras investigaciones. Vuelvo de nuevo a insistir sobre la naturaleza del mal. Si decís que el mal es lo que causa daño, no contradecís a la verdad. Pero lo que reiteradamente os suplico es que reflexionéis, examinéis y seáis sinceros, y que busquéis la verdad, no con la torcida intención de combatirla, sino con la buena intención de descubrirla. Todo lo que causa daño priva de algún bien a lo que daña; y si no priva de algún bien, no hay daño

alguno. ¿Hay algo más evidente, claro y manifiesto, aun a la inteligencia más mediocre, con tal que no sea pertinaz? Sentado esto las consecuencias que se siguen son incontables. A vuestro reino del mal, que, según creéis, es el sumo mal, nada le puede dañar, porque carece de todo bien. Si hay dos naturalezas, como vosotros lo afirmáis, el reino de la luz y el reino de las tinieblas; si el reino de la luz es Dios, como confesáis, cuya naturaleza es simple, toda igual en perfección, en este caso es necesario que admitáis una consecuencia contradictoria de vuestro sistema, pero inevitable que esta naturaleza, que no solo admitís, sino que confesáis muy alto ser el sumo bien, es inmutable, impenetrable e inviolable, pues de no ser así no sería el sumo bien, el bien por excelencia; esta naturaleza es inaccesible a todo daño. Por otro lado, si daño es privación de algún bien, como he mostrado, ¿qué daño se puede causar al reino de las tinieblas, no habiendo allí bien alguno? Luego se sigue que, si no se puede dañar al reino de la luz, porque es inviolable, ¿a quién o a qué dañará lo que llamáis el mal?

Diferencia entre el bien por esencia y el bien por participación

IV. 6. Pero, puesto que no podéis libraros de estas redes, fijad la atención en la sencillez y claridad de la doctrina católica. Esta distingue el bien que es en sumo grado y por sí mismo, esto es, por esencia y naturaleza, del bien que lo es por participación; éste recibe el bien que lo constituye del sumo bien, sin mudarse ni perder nada. Este bien por participación es la criatura, sujeto único capaz de deficiencias, de las que no puede ser Dios el autor, pues lo es de la existencia y, por decirlo así, de la esencia. Notemos esta palabra, pues ella sola nos da la clave del enigma del mal; pues, lejos de ser una esencia, es con toda verdad una privación e implica, por lo tanto, una naturaleza a la que puede hacer daño. Esta naturaleza no es el sumo mal, a la que causa daño con la privación de algún bien, ni el sumo bien, puesto que puede ser despojada de algo, y si es buena, no lo es por esencia, sino por participación. Ella no es buena por naturaleza, porque decir creada es decir que tiene de oro toda su bondad. Dios sólo es el sumo bien, y todo lo que ha hecho es bueno, pero no como Él. ¿Quién habrá tan insensato que sostenga que las obras son iguales al artista y las criaturas al Creador? ¿No están del todo llenas, ¡oh maniqueos!, vuestras exigencias? ¿Queréis algo más claro y explícito todavía?

La definición del mal como una corrupción es destructiva de la secta maniquea

V. 7. Vuelvo a insistir por tercera vez sobre la naturaleza del mal. El mal, contestaréis, es la corrupción. ¿Quién podrá negar ser esto el mal en su generalidad? ¿La corrupción no va contra la naturaleza? ¿No es ella la que daña? Pero mi respuesta es que la corrupción no es nada en sí misma; no es una substancia, sino que existe en una substancia a la que afecta. Esta substancia a la que toca la corrupción no es la corrupción, no es el mal; porque una cosa que es atacada por la corrupción es privada de su integridad y de su pureza; si ella no tuviera pureza alguna de la que pudiera ser privada, no podría, evidentemente, ser corrompida; y la pureza que ella posee no le puede venir sino de la fuente de toda pureza. Además, lo que se corrompe se pervierte; pero la perversión es privación del orden, y el orden es un bien, y, por consiguiente, lo que ataca a la corrupción no está desprovisto del bien, y precisamente el no estar desprovisto del bien hace posible su privación por la corrupción. De lo que se sigue que si ese vuestro reino de las tinieblas está despojado, como decís, de todo bien, no puede estar sujeto a la corrupción, porque carece de todo lo que ella puede destruir. Seguid todavía, en vuestra audacia, diciendo que Dios y el reino de, Dios pueden ser destruidos por la corrupción, cuando os es imposible explicar de ese modo la destrucción del reino de Satanás, como vosotros lo describís.

Qué es la corrupción y qué es lo que puede estar sujeto a ella

VI. 8. ¿Qué enseña la luz católica? Lo, adivináis sin duda: la verdad. Enseña que sólo son corruptibles las substancias creadas; que la substancia que es el sumo bien es incorruptible, y que la corrupción, que es el sumo mal, no puede ser corruptible, porque no es una substancia. A vuestra pregunta qué es la corrupción, vosotros mismos veréis la respuesta con solo fijaros en el cambio que hace en lo corruptible: deja marcado su sello en todo lo que toca. Todo objeto herido por ella decae de lo que era y pierde su permanencia y hasta su ser, porque el ser y la permanencia son correlativos: he aquí por qué es inmutable en sí mismo el ser que lo es en el más alto y sumo grado. Lo que cambia para ser mejor es porque tendía a la perversión, a la pérdida de su esencia, que no hay que atribuir en modo alguno al autor de la esencia. Algunas cosas cambian para ser mejores, lo que es una tendencia hacia el ser: es un retorno, una conversión, no una perversión o' destrucción; y porque la perversión es destrucción del orden, la tendencia al ser es tendencia al orden; y conseguido el orden, tocan al ser mismo en cuanto lo sufre la capacidad de la criatura. El orden reduce a una cierta unidad lo que organiza. La esencia del ser es la unidad, y en la misma medida que es uno es ser; la obra de la unidad es producir la conveniencia y la concordia, por las que las cosas compuestas tendrán la medida de su ser; mientras que las cosas simples son por sí mismas, pues ellas son la unidad; las que no lo son imitan esta unidad por la concordia de sus partes, y la medida de su unión es la medida de su ser. Concluyo, pues, que el orden produce el ser; el desorden, al contrario, que se puede llamar también perversión y corrupción, produce el no ser; y, por consiguiente, todo lo que se corrompe tiende, por esto mismo, a no ser más. Por lo que produce la corrupción podéis descubrir el sumo mal, pues éste es el término al que la corrupción lleva o conduce.

La bondad divina no permite la corrupción de alguna cosa hasta no ser. Diferencia entre el crear y el ordenar

VII. 9. La bondad de Dios, sin embargo, no deja que las cosas lleguen a ese extremo; y todas las cosas defectuosas de tal modo las ordena, que las' sitúa en el lugar más conveniente mientras por un movimiento ordenado no retornen al principio del que se alejaron. Y así, las almas racionales, en las que es poderosísimo el libre albedrío, si desfallecen, son puestas en los grados inferiores de la creación, según lo exige el orden. Se hacen miserables debido a este juicio de Dios, que fija su lugar según lo merecido. He aquí el porqué de esta admirable sentencia que tanto combatís: *Yo hago los bienes y creo los males*. La palabra crear, aquí significa ordenar, regular, y es por lo que muchos manuscritos dicen: *Yo hago los bienes y ordeno los males*. Hacer es dar el ser a lo que no lo tenía, mientras que ordenar es disponer lo que ya existía de tal manera que llegue a mejorar, que llegue a más alto grado de perfección. Cuando dice Dios: *Yo ordeno los males*, significa que Él dispone las cosas que desfallecen, que tienden al no ser, y no las que ya llegaron a ese extremo. La divina Providencia, se ha dicho con verdad, no deja a ningún ser que vuelva a la nada.

10. Mi intención es mostraras la puerta de la salud y vuestra desesperación hace perder la esperanza a los ignorantes. La puerta no se abre sino a la buena voluntad, a la que únicamente la divina clemencia da el ósculo de paz, según el canto de los ángeles: *Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad*. Es suficiente lo dicho para que observéis que esta disquisición religiosa acerca del bien y del mal no tiene más salida que esta: todo lo que existe recibe de Dios el ser, y su decadencia no es obra de Dios, sin que esto quiera decir que no esté dentro de la providencia divina, que le sitúa dentro del orden general. No sé qué más se puede hacer por vosotros, si aun no lo comprendéis; lo único que se me ocurre es desmenuzar más y más lo dicho, mientras la piedad y la inocencia no levanten vuestra inteligencia a cosas mayores.

El mal no es una substancia, sino un desorden contrario a la substancia

VIII.11. Ya sé yo que a mí pregunta sobre la esencia del mal contestaréis diciendo que el mal es lo contrario a la naturaleza, lo que daña, lo que destruye u otras definiciones parecidas. Pero todas estas contestaciones son la ruina de vuestra doctrina, como ya os lo he demostrado; aunque quizás ahora, como vuestro hábito es hablar puerilidades con los que tenéis por niños, sea vuestra respuesta que el mal es el fuego, el veneno, las fieras y otras cosas semejantes. En una ocasión, a una persona que afirmaba que el mal no es una substancia, uno de los primates de esta herejía le dio esta respuesta: Mi mayor satisfacción sería poner en sus manos un escorpión y ver si retiraba o no la mano. Si la retira, es señal, en contra de sus palabras, que el mal es una substancia, si es que no tenía la osadía de negar que este animal lo es; y se expresaba así no en presencia de su adversario, sino delante de nosotros, que espantados se lo referíamos; con los niños, como he dicho, no hablaba sino puerilidades. ¿Quién no sabe, aunque sea muy poca su instrucción, que estas cosas dañan a la naturaleza cuando se encuentra en condiciones contrarias a las suyas, y no perjudican cuando se halla en las mismas condiciones, y con mucha frecuencia son de gran utilidad? Si el veneno de su naturaleza fuera malo, su primera víctima sería el mismo escorpión; pero sucede lo contrario, que si del todo se le quita el veneno, infaliblemente perece. Por lo que se ve ser un mal para su cuerpo perderlo y para el nuestro recibirlo; un bien para él tenerlo y un bien para nosotros el carecer de él ¿Luego una misma cosa es buena y mala? No lo que sucede es que el mal es lo contrario a la naturaleza, así de este animal como de la nuestra; el mal es el desorden, que, lejos de ser una substancia, es el enemigo de toda substancia. ¿Cómo es esto, diréis? Fijad la atención en sus efectos y lo comprenderéis, con tal que aun haya en vosotros alguna luz interior. El mal lleva al no ser todo lo que destruye, mientras que Dios es el autor de la esencia; y, por lo tanto, no puede existir esencia alguna que arrastre al no ser donde ella estuviere. Allí donde hay orden hay ser, y la causa del desorden es la nada.

12. La historia refiere de una mala mujer ateniense que se acostumbró a beber en pequeñas dosis la cantidad ordinaria, de veneno que bebían los condenados a muerte, y consiguió no hacerle a ella perjuicio alguno. Luego, cuando se la condenó a la misma pena, bebió, como los otros, la misma cantidad, y por la costumbre que tenía de beberla no la mató lo que se consideró como cosa prodigiosa y se acabó por desterrarla. Si el veneno es malo por naturaleza, ¿cómo pudo hacer esta mujer que no lo fuera para ella? ¿Hay algo de más absurdo? Lo que sucede es que, siendo el veneno una cierta inconveniencia, logró esta mujer por una costumbre moderada crear una conveniencia entre el veneno y su cuerpo. Pues de otro modo, ¿de qué artificio podría valerse aquella mujer para que lo inconveniente no le causara daño alguno? La razón es porque lo que verdadera y generalmente es malo, lo es siempre y para todos sin excepción. Yo podría citar otros muchos ejemplos. El aceite es saludable a nuestro cuerpo y muy nocivo a los animales de seis pies; el eléboro puede ser alimento, medicina y hasta veneno; la sal, tomada sin medida, es también un veneno, y, sin embargo, es fuente de muchas ventajas y comodidades para el cuerpo; el agua del mar, como bebida para los animales de la tierra, es nociva; como baño es útil y muy saludable a muchos, y en ambos casos es la causa del bienestar de los peces; el pan nutre al hombre y causa la muerte al halcón; el cieno mismo, cuyo olor y sabor repugnan y hacen daño, refresca en el estío y es remedio de las heridas producidas por el fuego. ¿Qué hay más despreciable y abyecto que el estiércol y la ceniza? Sin embargo, son tan convenientes para los campos, que los romanos creyeron un deber dar honores divinos a su inventor, Estercucio, de quien recibió también el nombre.

13. Pero ¿qué necesidad hay de reunir detalles, que serían interminables? ¿No es útil a 'la naturaleza el uso conveniente de los cuatro elementos y en extremo nocivo su uso

inconveniente? El aire nos vivifica; sepultados bajo tierra o sumergidos en el agua, perecemos; y un gran número de animales, el contrario, viven arrastrándose bajo la arena o tierra ligera, y los peces, puestos al aire, mueren; el fuego destruye nuestros cuerpos, mientras que su uso conveniente nos libra del frío y aleja de nosotros multitud de enfermedades. Este mismo sol al que adoráis de rodillas, y que es lo más hermoso de las cosas visibles, ¿no fortalece la vista de las águilas, mientras a la nuestra la hiere y deslumbra? ¿No es la costumbre la que hace que aun nosotros mismos lleguemos a mirarle de hito en hito sin molestia alguna? ¿No os parece bien su comparación con el veneno, que el hábito hizo inofensivo' a aquella célebre mujer ateniense? Un poco de atención y de reflexión basta para ver que si una substancia es mala por la sola razón de ser nociva a alguien o a alguna cosa, también merece la misma calificación esta hermosa luz ante la que os postráis. Es mejor que digáis que esta inconveniencia en virtud de la cual un rayo de sol puede deslumbrar nuestra vista, aunque para ella no haya cosa más agradable que la luz, es el carácter propio del mal en su generalidad.

Inconsistencia de las fábulas de los maniqueos acerca de los bienes y de los males

IX. 14. Mi intención, en esta tan molesta y minuciosa enumeración de detalles, no es otra que lograr, si es posible, desaparezca esa vuestra irracional costumbre de decir: el mal es la tierra en toda su profundidad y en toda su extensión, o un espíritu errante sobre la tierra, o los cinco antros de los elementos: el de las tinieblas, el de las aguas, el de los vientos, el del fuego y el del humo; o los animales nacidos en cada uno de estos elementos: las serpientes en las tinieblas, los peces en las aguas, los pájaros en el aire, los cuadrúpedos en el fuego y los bípedos en el humo. Estos seres, tal y como vosotros los describís, no podrán existir, ya que todo lo que existe ha sido, como tal, creado necesariamente por el Dios supremo y, en la medida de su ser, es bueno. Si, pues, el dolor y la flaqueza son un mal, allá en el mundo de vuestra fantasía existen animales de tanta fuerza y vigor, que hasta os atrevéis a decir que sus mismos abortos, después de haber contribuido a la fábrica del mundo cayendo del cielo a la tierra, no pudieron morir. Si ser ciegos y sordos es un mal, esa vuestra raza de animales veía y oía; si la mudez es un mal, ella poseía un lenguaje tan articulado, distinto y claro, que hasta uno de ellos pronunció contra Dios un discurso con agrado de todos en una gran asamblea; si la esterilidad y el destierro son un mal, allí hay una gran fecundidad y, además, viven en tierra y regiones propias; si la servidumbre y la muerte son también un mal, allí hay reyes, y viven una vida tal que, según vuestras palabras, ni después de la victoria de Dios puede el espíritu morir.

15. ¿Podéis decirme ahora la causa de que en el sumo mal descubra tanto bien, opuesto al mal de que he hablado? O si éstos no son males, ¿lo será una substancia en cuanto tal? Si ni la flaqueza ni la ceguera son un mal, ¿lo serán un cuerpo débil y las tinieblas? Si ni la sordera, ni la mudez, ni la esterilidad son un mal, ¿lo serán los sordos, y mudos, y estériles? Si ni el destierro, ni la servidumbre, ni a muerte son un mal, ¿lo serán los animales que andan errantes o envía alguien al destierro, los que sirven o alguien les fuerza al servicio, los mortales o que les infiere alguien la muerte? Pero si todas estas cosas son los males no lo serán la fuerza corporal, ni la vista, ni el oído, ni la palabra que persuade, ni la fecundidad, ni el suelo patrio, ni la libertad, ni la vida, bienes que existen en vuestro reino del mal; y ¡todavía tenéis la osadía de llamarlo sumo mal!

16. En fin, si el mal es la inconveniencia (nadie lo negó jamás), ¿qué más conveniente y adaptable que estos elementos a los animales que allí viven, como son las tinieblas para las serpientes, el agua para los peces, el aire para las aves, el fuego para los cuadrúpedos y el humo para los bípedos? ¡Cuánta concordia establecéis en el reino mismo de la discordia y cuánto orden en la sede misma del desorden! El mal es lo que es nocivo, se dijo ya antes (no repito el gran principio de que el daño no se da donde no hay

bien alguno); pero si este principio os parece obscuro, al menos es muy claro y manifiesto a todos que el mal es lo que daña, y en ese vuestro reino, el humo no era nocivo a los animales bípedos, sino que, al contrario, él los engendró, crió y alimentó, sin ser obstáculo a su nacimiento, desarrollo y dominio. Ahora, sin embargo, como consecuencia de su mezcla con el mal, se ha vuelto tan nocivo, que no le podemos soportar nosotros, que somos bípedos, y nos ciega, oprime y mata. ¿Cómo se explica que tan fiera inhumanidad, tenga su origen de la mezcla del bien con los elementos malos y que haya tanto desorden en el reino mismo de Dios?

17. ¿Cómo se explica, sobre todo, la visión en las demás cosas de esta conveniencia, que sedujo al autor de vuestra secta y le llevó a urdir tantas fábulas mentirosas? ¿Cuál es, digo yo, el porqué de la conveniencia entre las tinieblas y las serpientes, entre el agua y los peces y entre el aire y las aves? ¿Por qué, sin embargo, el fuego abrasa a los cuadrúpedos y el humo nos ahoga? ¿Cuál es la explicación de la perspicacia de la vista de las serpientes, y de que el sol les cause tanto bienestar, y de que haya más donde el aire es más puro, claro y sereno? ¿Hay algo más absurdo que el que estos habitantes, estas almas de las tinieblas, en ninguna parte se hallen tan a gusto y mejor que donde se goza de los resplandores de la luz? Y si decís que es el calor lo que les atrae, entonces hubiera sido mucho más conveniente nacer las ágiles serpientes en el fuego que el pesado asno; y, sin embargo, quién no sabe lo amigo que es de esta luz el áspid, cuyos ojos son comparables a los del águila. Pero dejemos esta discusión sobre las bestias y pongamos la atención, os lo ruego, en nosotros mismos, sin tan obstinada pertinacia y vacío el espíritu de tan vanas y perniciosas fábulas. ¿Quién creará esta singular extravagancia de que en el reino de las tinieblas, sin ningún rayo de luz, los animales bípedos tengan tan perspicaz, viva, centelleante y extraordinaria vista, que en sus tinieblas vean, contemplen, admiren y busquen con pasión la luz purísima del reino de Dios, que tantos elogios os ha merecido y que, según vuestra secta, es tan visible a sus ojos? Y, por otra parte, ¿es creíble que la mezcla de la luz, del sumo bien, de Dios mismo, haya producido tanta debilidad e impotencia en nuestra vista, que no sea capaz de distinguir nada en las tinieblas si de sufrir los rayos del sol, y fuera de ese reino nos veamos reducidos a andar a tientas buscando lo que otras veces veíamos?

18. Lo mismo se puede decir si la corrupción es un mal, que nadie lo duda. Entonces el humo no destruía a los animales y ahora sí. Y por no descender a detalles (que sería del todo inútil y muy largo), los animales tan exentos estaban y libres de la corrupción, que aun los mismos sin aptitud para nacer, precipitados desde el cielo a la tierra, han podido no sólo vivir y engendrar, sino hasta urdir una conjuración, conservando su antiguo vigor, y todo por ser concebidos antes de la mezcla del bien y del mal; y a consecuencia de la mezcla, los mismos animales nacidos de ellos son débiles en extremo y sucumben fácilmente a la corrupción. ¿Quién podrá soportar por más tiempo tales errores, a no ser quien o no lo ve o se muestra, por no sé qué increíble hábito y familiaridad con vosotros, insensible al peso abrumador de tantas razones?

Los tres sellos de la moralidad falsamente imaginados por los maniqueos

X. 19. Lo dicho basta ya para ver en qué tinieblas y errores estáis sumergidos en la cuestión del bien y del mal en general. Vengamos ahora al examen atento de los tres sellos de vuestra moral, de los que tan vanamente os jactáis y tanto pregonáis. ¿Qué sellos son éstos? Son el de la boca, el de las manos y el del seno. ¿Qué sentido dais a esto? ¿Significa acaso que la pureza y santidad de un hombre está en la boca, en las manos y en el seno? ¿Qué diréis en el caso de que uno peque con los ojos, oídos y narices, o que hiera a uno con los pies o lo mate? ¿De dónde su culpabilidad, pues no ha pecado ni con la boca, ni con las manos, ni con el seno? La palabra boca, decís, significa todos los sentidos radicados en la cabeza; la palabra manos, toda acción, y la palabra

seno, toda pasión carnal. ¿De dónde proceden en este caso las blasfemias, de la boca o de las manos? Pues la blasfemia es una acción de la lengua. Si reducís todas las acciones a una sola categoría, ¿qué razón hay para unir la acción de los pies con la de las manos y separar la de la lengua? ¿Es, acaso, porque la lengua tiene una significación en sus palabras que queréis desligar de la acción, que no la tiene; de manera que el sello de las manos sería, más bien, la abstención de toda acción mala, carente de significación? ¿Qué diréis cuando alguien comete una falta con algunos de sus manos, como puede tener lugar en la escritura con gestos significativos? Porque esto no es acción ni de la boca ni de la lengua, sino de las manos. ¿Hay mayor locura que, siendo tres los sellos, boca, manos y seno, se haga responsable a la boca de pecados que hacen las manos? y si el sello de las manos significa la acción en general, ¿qué motivo hay para incluir en ella la de los pies y excluir la de la lengua? ¿No veis ahora las graves dificultades a que da lugar el apetito de novedad, sobre todo cuando lleva además, como en este caso, el sello del error? Porque estos tres sellos, cuya división pregonáis como una novedad, no son en modo alguno el medio de purificación de todos los pecados.

El sello de la boca en los maniqueos es un conjunto de blasfemias contra Dios.

XI. 20. Tenéis libertad para hacer todas las distinciones que os plazcan y para pasar en silencio todo lo que os venga bien; y redúzcase la discusión únicamente a lo que tanta costumbre tenéis de pregonar como una novedad. Es propio del sello de la boca la abstención de toda blasfemia. Esta consiste en hablar mal de los buenos; y de aquí la opinión generalmente admitida de que la blasfemia son palabras malas contra Dios; porque de la bondad de los hombres se puede dudar, así como de la de Dios nunca. ¿A qué quedará reducido el tan decantado sello de la boca si la razón os constriñe a confesar que nadie dice contra Dios peores cosas que vosotros? Porque la verdad es así: Existe una razón, no abstrusa y difícil, sino clara, y evidente a todo entendimiento y, además, invicta, y tanto más cuanto que a nadie se le puede ocultar que nos mueve con fuerza irresistible a confesar que Dios, a quien no puede tocar indignidad, debilidad ni miseria alguna, es incorruptible, inmutable e inviolable. El conocimiento de estas verdades está tan comúnmente arraigado en toda alma racional, que basta sólo pronunciarlas para arrancar vuestro consentimiento.

21. Sin embargo, cuando comenzáis el recitado de vuestras fábulas, víctimas de una increíble ceguera, queréis convencer a otros, tan ciegos como vosotros, que Dios es corruptible, sujeto al cambio, a la alteración y a la indignidad, así como también a la debilidad y a la miseria. Pero esto es muy poco todavía: Dios, según vosotros, además de ser corruptible, es ya una cosa corrupta, y no sólo sujeto al cambio, sino que está ya del todo cambiado; es poco ser capaz de la indignidad, es ya pobre; y cuando se dice que puede de estar sujeto a la debilidad y a la miseria, no se dice todo, pues además es ya débil y miserable. Vosotros decís que el alma es Dios o una parte de Dios. En verdad que no comprendo que una parte de Dios no sea realmente Dios; cuando es cierto que una parte de oro, de plata o de piedra es también oro, y plata, y piedra; y si nos fijamos en cosas de mayor extensión, sucede lo mismo. Una parte de tierra, de aire, lo mismo que de fuego o de luz, es igualmente tierra, y agua, y aire, y fuego, y luz. Según esto, no veo cuál se la razón de no ser Dios una parte suya. ¿Acaso porque la organización de la forma divina es como la del hombre y los demás animales? Pues es verdad que una parte del hombre no es hombre.

22. Hagamos separadamente un análisis de cada una de estas opiniones. En la hipótesis de que Dios sea como la luz, se seguirá, sin poderlo rehusar, que una parte de Dios es Dios. Ahora bien, cuando decís que el alma es una parte de Dios, no podéis excluir de ella (del alma) la corrupción, dada su estulticia y necedad; ni el cambio, puesto que ha dejado de ser sabia, y menos la profanación, ya que carece de la perfección propia; ni tampoco la

indigencia, pues se la ve pedir auxilio; ni la debilidad y miseria porque necesita remedio y tiene ardorosos deseos de felicidad. Todo este cúmulo de defectos, como consecuencia necesaria de vuestro sacrílego modo de pensar, alcanza a la misma substancia de Dios. Si, por el contrario, no reconocéis estos defectos en el alma, en esta hipótesis, no se necesita del Espíritu Santo para enseñar la verdad a la que ya es sabia, ni que se rejuvenezca por la verdadera religión la que no está envejecida; tampoco son necesarios vuestros sellos para perfeccionar a la que ya es perfecta; son vanos también los auxilios divinos, puesto que no hay en ella indigencia alguna; ni Cristo mismo será médico de la que ya goza de perfecta salud; y, finalmente, la misma promesa de una vida feliz es una cosa vana cuando ya se disfruta de la felicidad. ¿Qué sentido tiene entonces llamarse Cristo en el Evangelio el libertador, cuando dice: *Si el Hijo os diere la libertad, seréis verdaderamente libres?*¹ ¿Por qué? San Pablo ha dicho también: *Vosotros, hermanos, sois llamados a la verdadera libertad*². ¿No se sigue de aquí que es esclava el alma, pues aun no ha conseguido la verdadera libertad? Y como, según vosotros, una parte de Dios es Dios, aun a El mismo le llega la corrupción de la insipiente, el cambio y la alteración, con la pérdida de su perfección, la debilidad de las enfermedades y todo género de miserias y una infamante esclavitud.

23. Si no admitís que una parte de Dios es Dios, no puede seguir siendo Dios incorruptible, inmutable e inviolable, cuando una de sus partes es afectada de la corrupción, del cambio o de la imperfección; ni sumamente rico, pues hace todas las diligencias posibles, por que se le restituye su parte; tampoco disfruta de la perfecta salud, ni de la felicidad, ni de la libertad, puesto que una de sus partes es débil, miserable y sujeta a la servidumbre. Aquí tenéis las consecuencias que necesariamente entraña vuestra afirmación de que el alma, oprimida del peso de tantas miserias, es una parte de Dios. Cuando purifiquéis vuestra secta de todos estos errores y de otros parecidos, entonces, y sólo entonces, estará limpia vuestra boca de blasfemias. Esto sería, ciertamente, abandonar vuestra secta, pues no es maniqueo quien no cree ni repite lo que vuestro jefe dejó escrito.

24. La condición para estar limpios de blasfemias es la fe o la inteligencia de que Dios es el absoluto y sumo bien superior en excelencia a todo lo que puede existir en la realidad o en el pensamiento. La razón de los números es irresistible a toda alteración o violación, y no hay naturaleza alguna extraña que pueda hacer que el número que sigue al uno no sea doble; estas leyes son inmutables, y aún tenéis la osadía de afirmar que Dios no lo es; esta ley guarda da inviolablemente su pureza, y os resistís a reconocer al menos algo igual en Dios. ¿Podrá realizar ese vuestro reino de las tinieblas la división en dos partes iguales del inteligible número tres, cuya unidad es tal, que no puede ser fraccionada? Ve, sin duda, vuestra inteligencia que no hay odio que pueda llegar a tanto. ¿Cómo, pues, podrá este mismo odio infringir la ley de la Divinidad? Y si esto no se puede lograr, ¿cuál fue la necesidad de la mezcla de una de sus partes con el mal y de su precipitación en tantas miserias?

Los maniqueos no hallan salida o subterfugio alguno

XII. 25. De aquí nació lo que, aun estando muy atentos a lo que oíamos, nos ponía en graves aprietos; no veíamos salida alguna cuando se trataba de saber qué haría a Dios el reino de 'las tinieblas si se resistía al combate, debido a la gran miseria de una de sus partes. Porque, en el caso en que no pudiera ese reino de las tinieblas dañar o alterar en nada la paz de Dios, nos dolía sobremanera la despiadada crueldad con que se nos trataba, metiéndonos en tantas calamidades; y en el caso contrario, en que pudieran dañar en algo o alterar su paz, se seguiría no ser incorruptible, como lo exige la naturaleza de Dios. Hubo quien dijo que Dios no quiso substraerse al mal ni impedido en El, sino

que, debido a su bondad natural, había querido poner orden en ese reino de las tinieblas, inquieto y perverso. No se lee esto en los libros de los maniqueos; lo que sí se indica allí muchísimas veces y se dice muy alto es que Dios tomó todas las precauciones para impedir la invasión de sus enemigos. Pero demos por verdadero el pensamiento de este orador, que no tenía otra cosa que replicar. ¿Deja acaso Dios en este caso de ser cruel o débil? Porque esta bondad para con ese reino contrario es una verdadera ruina para sus amigos; añádase a esto que, si su naturaleza, no pude estar sujeta a la corrupción y al cambio, tampoco a la nuestra la alteraría o afectaría mal alguno, y, además, podría poner orden en el reino enemigo sin la perversión de nuestra naturaleza.

26. Pero aun me faltaba por decir lo que recientemente oí en Cartago. Se lo oí a un hombre que deseó con la mayor ansia verlo libre de esta secta, y que estaba en esta cuestión con las mismas angustias y dificultades, el cual se atrevió a decir que el reino de Dios tenía fronteras, que podían invadir sus enemigos; pero que Dios de ningún modo podía ser violado. Esta opinión jamás se hubiera arriesgado a emitirla vuestro doctor, porque vería, sin duda, entrañada en ella, mejor que en cualquiera otra, la ruina de su secta. Y así es en realidad de verdad; pues si alguien aun de inteligencia mediocre oyera que en aquella naturaleza existe algo violable y algo inviolable, comprendería con facilidad que existen tres naturalezas, una violable, otra inviolable y una tercera que produce la violación o naturaleza violadora.

Para emitir un juicio acerca de la abstinencia maniquea hay que tener en cuenta no tanto lo que se hace cuanto la intención con que se hace

XIII. 27. Pero estas blasfemias, que, salidas del corazón, están siempre en vuestros labios, os prohíben seguir pregonando a todo viento vuestro sello de la boca, para seducir a gente sencilla e ignorante. Aunque puede ser que sigáis creyendo que su grandeza y belleza consiste únicamente en la abstención de carnes y de vino. En este caso falta saber con qué fin lo hacéis; pues si el fin a que referimos nuestras acciones, es decir, en vista del cual obramos, es no sólo sin mancha de pecado, sino, además, laudable, nuestras acciones seguirán la misma suerte y serán merecedoras de alabanza; pero si, por el contrario, el fin que contemplamos y miramos cuando hacemos algo es con razón y justicia digno de reprensión, no habrá nadie que no repruebe y censure aun lo mismo que hacemos.

28. De Catilina se dice que podía soportar el frío, el hambre y la sed; este hombre puerco y sacrílego tenía esto de común con nuestros apóstoles. ¿En qué se diferencia este parricida de ellos, sino en la diversísima intención que tenía? Él sufría todo esto con el fin torcido de saciar sus más inmoderadas e inhumanas pasiones, mientras que los apóstoles tenían la sanísima intención de dominadas y someterlas al imperio de la razón. Vosotros mismos, cuando se elogia el gran número de almas católicas que son vírgenes, tenéis la perversa costumbre de decir: También la mula es virgen. Esta insensata respuesta, debida a la ignorancia de la doctrina católica, ¿no significa, sin embargo, lo inútil de la continencia si no se refiere por una razón determinada a un fin rectísimo? ¿No pueden los católicos hacer también comparación entre vuestra abstinencia de vino y carnes y la de los jumentos, la de muchos pájaros y la de innumerables especies de gusanos? Pero, para no caer en vuestra insensatez, me abstendré de juzgar precipitadamente hasta examinar con qué intención lo hacéis, ya que es común entre nosotros mirar únicamente a la intención en esta clase de costumbres. Si es por moderación y para refrenar vuestras pasiones que os abstenéis de tales alimentos y bebidas, que nos deleitan y satisfacen, os escucho con gusto y os apruebo y alabo. Pero no es así.

29. Se puede hacer la hipótesis posible de la existencia de un hombre tan parco y sobrio, que, con el fin de dominar el apetito de comer y de beber, sólo haga una comida al día y

en la cena, unas pocas verduras cocidas y aderezadas con una miaja de tocino, dos o tres sorbos de vino para humedecer la boca, y así diariamente. Hágase ahora, al lado de la anterior hipótesis, otra también posible, de otro hombre a quien, sin' probar el vino ni la carne, se le sirve en la comida toda clase de frutos, los más exquisitos y peregrinos, y bien espolvoreada con toda clase de especias, y en la cena lo mismo; y junto con todo eso saborea bebidas variadas y finas, como agua dulcificada con miel, mosto cocido, jugos de frutas variadas, muy parecidos al vino, pero superiores en suavidad y finura, y sin medida y sin necesidad, sino por puro placer, y esto no un día ni dos, sino todos los días. ¿Quién de estos dos hombres, en cuanto a la comida y bebida se refiere, juzgáis hace vida de más continencia? No os creo tan ciegos que no deis preferencia al que come y bebe poco o con sobriedad, sobre el derrochador y tragón.

30. Ese es, al menos, el canto de la verdad, aunque vuestro error cante muy de otra manera. Si el santo o elegido que se gloria de los tres sellos hiciera la vida del último que acabo de describir, acaso tuviera la censura de uno o dos de los más graves y serios, pero no se le podría condenar como violador del sello. Si, por el contrario, este mismo santo o elegido viene a cenar una sola vez con el hombre de la primera hipótesis, y se untare un poco los labios con una miaja de tocino o comiera un trozo pequeño de jamón, y refrescara la boca con un sorbo de vino desvirtuado, por la autoridad de vuestro fundador, no sin admiración, pero a la vez con vuestro consentimiento, se le juzgará como violador del sello y, como tal, condenado al infierno. ¡Oh! Os lo pido con el mayor interés: abandonad vuestro error, oíd a la razón, resistid un poco al hábito o costumbre. ¿Se puede pensar algo de mayor locura y perversidad? ¿Es posible decir o pensar mayor insensatez: que al hombre que tiene el vientre tan lleno de setas, arroz, trufas, pasteles, pimienta y otras especias; que se gloria de eructar a todo eso, y así todos los días, no se le juzgue violador de los tres sellos, es decir, de la regla de la santidad, mientras que a ese mismo que no come más que legumbres mal aderezadas y en cantidad apenas suficiente para las necesidades de su cuerpo, y no bebe más de tres sorbos de vino desvirtuado en gracia de la salud, por una sola vez que pasa de aquellos banquetes a esta frugalísima comida, se le preparan tan ciertos castigos?

Tres causas hacen laudable la abstinencia de ciertos manjares

XIV. 31. Pero es que dice el Apóstol: *Es bueno, hermanos, no comer carne ni beber vino*³. ¡Como si alguien de los nuestros negara la bondad de este consejo! Lo que hay que tener presente son los motivos de que ya hice mención y están expresados en estas palabras: *No os cuidéis de las concupiscencias de la carne*⁴, o bien las que el mismo apóstol San Pablo indica luego, como, por ejemplo, refrenar la gula, que suele hacerse más rabiosa e inmoderada con estas cosas; no escandalizar a los hermanos o evitar que los débiles hagan actos de idolatría. En la época que escribía esto el Apóstol se vendía en el mercado mucha carne, ofrecida a los ídolos, y se hacían libaciones a los falsos dioses de los gentiles; y por eso muchos hermanos aún no fuertes y bien instruidos en la fe, que tenían obligación de acudir al mercado, preferían abstenerse de la carne y del vino a caer, sin saberlo, en lo que creían una comunicación con los ídolos. Otros más instruidos y fuertes en la fe, despreciaban estas creencias con más seguridad, pues sabían qué un alimento no podía manchar sino por una mala conciencia, como lo dice la palabra del Señor: *No mancha al alma lo que entra por la boca, sino lo que sale de ella*⁵. Sin embargo, tenían presente la flaqueza de los hermanos, que les llevaba a abstenerse de estas cosas, para no serles ocasión de escándalo. Esto no es una simple conjetura, es un hecho consignado en las mismas epístolas de San Pablo. Cuando alegáis estas palabras: *Es bueno, hermanos, no comer carne ni beber vino*⁶, ¿por qué no completáis el pensamiento del Apóstol con lo que sigue: *ni hacer nada que pueda ofender*, o

escandalizar, o debilitar a vuestro hermano? ¿No indica esto último el fin por el que el Apóstol lo preceptúa?

32. Esta doctrina está bien clara en multitud de pasajes aducidos ya en el libro anterior y en muchísimos otros que faltan por aducir, y que confieso es muy largo y pesado transcribirlos aquí todos; pero, en vista del interés de los que no leen ni estudian sino con mucha indolencia las san Santas Escrituras ⁷, me veo obligado a transcribir el texto todo íntegro. *Recibid con caridad al débil todavía en la fe, sin disquisiciones con él sobre su modo de pensar. Hay quien cree que le es permitido comer de todo, mientras que el débil cree que sólo legumbres. El que come de todo no desprecie al que no come, y éste, a su vez, no tenga en menos al que come; pues Dios tiene providencia de él. ¿Quiénes sois vosotros para condenar al siervo de otro? Si cae o queda en pie, esto mira a su Señor; pero quedará, sin duda, en pie, pues poderoso es el Señor para sostenerle. No falta tampoco quien, además, distingue de días, y a otro, sin embargo, todos le parecen lo mismo: que siga cada cual su manera o modo de pensar. El que distingue los días, y lo mismo el que come de todo que el que se abstiene, lo hacen con el fin de agradar al Señor y, además, le dan por ello las gracias. Porque ninguno de nosotros vive ni muere para sí mismo pues, bien se viva o bien se muera, es para el Señor para quien se vive o se muere, y, lo mismo vivos que muertos, somos siempre del Señor. Jesucristo vivió, murió y resucitó para ejercer su soberano dominio sobre los vivos y los muertos. ¿A qué viene, pues, condenar y tener en menos a tu hermano? Todos nos presentaremos ante el tribunal de Jesucristo, conforme a lo que está escrito: Yo juro por mí mismo, dice el Señor, que toda rodilla se doblará en mi presencia y toda lengua confesará que yo soy Dios. Cada uno, según esto, dará cuenta a Dios de sí mismo. No nos juzguemos, pues, los unos a los otros, sino mirad más bien que no debéis dar ocasión a vuestro hermano de caída o de escándalo. Yo sé, y estoy persuadido, que, según la doctrina del Señor, nada hay impuro en sí mismo, sino solamente para quien lo juzga o lo cree así. Pero sabed que si con la comida de alguna cosa causáis tristeza a vuestro hermano, no camináis según la ley de la caridad. No haga perecer el alimento a vuestro hermano, por el que Cristo dio su vida. No seáis ocasión de que se blasfeme del bien que gozamos. El reino de Dios no es comida ni bebida, sino paz, justicia y gozo en el Espíritu Santo. El que en esto sirve a Cristo, agrada a Dios y es aprobado de los hombres. Busquemos, pues, lo que conserva la paz y lo que edifica a todos. No quieras por los alimentos destruir la obra de Dios. Todos los alimentos, es verdad, son puros; pero es malo comerlos con escándalo. Es bueno no comer, ni beber, ni hacer lo que hiera, escandalice o debilite a tu hermano. ¿Tienes una fe clara? Guárdala en tu corazón a los ojos de Dios. ¡Feliz el que no se condena a sí mismo en lo que aprueba! Pero el que duda si puede o no comer de un manjar y, con todo, se decide a ello, es condenado porque no obra según su fe, porque todo lo que se hace contra la fe es pecado. Deben los más fuertes soportar las debilidades de los enfermos y no buscar su propia satisfacción. Trate cada uno de agradar a su hermano en todo lo que es bueno y edifica, pues Jesucristo no buscó nunca sus propias satisfacciones ⁸.*

33. Aparece muy claro que la prohibición del Apóstol, a los más firmes en la fe, de las carnes y del vino tenía como finalidad evitar el escándalo de los más débiles, no atemperándose a su debilidad, y la ocasión de que creyesen que los mismos que, debido a su fe más robusta, juzgaban limpios todos los alimentos, servían a los ídolos, rehusando abstenerse de tales manjares y bebidas. Este mismo pensamiento es expresado por San Pablo en lo que escribe a los Corintios: *En lo que se refiere a los alimentos sacrificados a los ídolos, sabemos que el ídolo no es nada en el mundo y que no hay más que un solo Dios. Porque, aunque haya muchos a quienes se les llame dioses, ya en la tierra, ya en el cielo y de este modo sean muchos los dioses y muchos los señores, sin embargo, para nosotros no hay más que un solo Dios, que es el Padre,*

*de quien todo tiene su origen y que nos ha hecho para; Él, y un solo Señor, Jesucristo, por quien todo ha sido hecho y por quien somos nosotros todo lo que somos. Pero no hay ciencia en todos; pues muchos, creyendo que los ídolos son algo, comen de los manjares a ellos sacrificados, y su conciencia como débil que es, se mancha con ellos. El alimento no nos recomienda delante de Dios; pues ya comamos, ya nos abstengamos, no somos más ni menos en la presencia del Señor. Guardaos, sin embargo, de que esta vuestra libertad no sea para los más débiles y enfermos ocasión de pecado. Si alguien de los poco instruidos viere a alguno de los más sabios sentarse a la mesa en el altar de los ídolos ¿no sería esto para él un aliciente para hacer lo mimo? Y entonces vuestra conciencia sería ocasión de la pérdida del hermano, por quien Cristo dio su vida. Y ya sabéis que pecar de esta suerte contra vuestro hermano y herir su conciencia todavía débil es pecar contra Jesucristo. Por lo tanto, si mi alimento escandaliza a mi hermano, jamás comeré carne, con el fin de no escandalizar*⁹.

34. *En otro pasaje, el mismo Apóstol añade: ¿Es que con esto quiero decir que lo sacrificado a los ídolos tenga alguna virtud o sea alguna cosa? Lo que digo es que los paganos sacrifican a los demonios, y no a Dios, y por eso no podéis beber el cáliz del Señor y el cáliz de los demonios, y ni podéis tomar parte en el altar del señor y en el altar de los demonios. ¿Es que queremos irritar y herir los celos del Señor? ¿Somos acaso más fuertes que Él? Todo me es permitido sí, todo me es permitido; pero no todo conviene ni edifica. No busque nadie su propio interés, sino el interés de los demás. Podéis comer de todo lo que en el mercado se vende sin escrúpulo alguno de conciencia; pero si alguien os dijere: Esto es sacrificado a los ídolos, absteneos de comerlo, en atención al que os lo indica y a la conciencia; me refiero a la conciencia del otro, no a la vuestra. ¿Por qué mi libertad ha de ser juzgada por la conciencia de otro? Si lo que como lo hago con acciones de gracias no hay razón para que se hable mal de mí por una cosa por la que doy gracias a Dios. Pues ya sea que comáis, ya sea que bebáis, ya sea que hagáis otra cosa, hacedlo todo a la mayor honra y gloria de Dios. No escandalicéis ni a judíos, ni a gentiles, ni a la Iglesia de Dios: como yo, que no pretendo otra cosa sino agradar a todos en todo, sin buscar nunca mi utilidad, sino la utilidad de todos, con el fin de que todos se salven. Sed mis imitadores, al modo como yo mismo lo soy de Cristo*¹⁰.

35. Toda esta doctrina muestra bien a las claras con qué intención debe abstenerse de carnes y de vinos. Esta intención es triple: la represión de la delectación que hay de ordinario en estos alimentos y bebidas, en las que se llega a veces hasta la embriaguez; la ayuda a la enfermedad de los débiles por los sacrificios y libaciones hechos a los ídolos, y, finalmente, por algo aún más loable todavía, que es la práctica de la caridad, respetando la conducta de los débiles, que se abstienen de estos alimentos. Vosotros juzgáis que todas las carnes son impuras, en contra del Apóstol¹¹, que toda juzga limpio, si no es para el que las come contra su conciencia. Lo que yo creo es que a vosotros os manchan por el hecho de que las juzgáis impuras o inmundas. Son palabras de San Pablo: *Creo y confío en el Señor Jesús, que nada es común en sí mismo y, al contrario, todo es común para el que así lo juzga.* La palabra *común* todos saben que significa impuro y manchado. Pero ¿no es de necios tratar en serio de las Escrituras con vosotros, que entontecéis la razón con toda clase de promesas y con irracional osadía y pertinacia pretendéis sostener que estos libros, recomendados por toda la autoridad de la religión, están falsificados con falsas adiciones? Os reto a que me probéis por la razón cómo manchan las carnes a los que las comen sin escándalo alguno, ni con falsa conciencia ni con apetito desordenado.

Por qué prohíben los maniqueos comer carne

XV. 36. Es preciso, ante todo, conocer la razón total de esta supersticiosa abstinencia, la

cual está concebida en los siguientes términos: Una parte de Dios se mezcló con la substancia del mal para refrenarla y reprimir su sumo furor (son palabras de vuestro doctor); y de la mezcla de ambos, la del bien y la del mal, está formado el mundo. Mas la parte divina tiende sin cesar a purificarse de toda la substancia del mundo y a remontarse a su propia esfera; pero en su salida de la tierra y tendencia hacia el cielo se precipita en los árboles, cuyas raíces radican en la tierra, y así fecundiza y vigoriza y es causa del desarrollo de toda clase de hierbas y arbustos. De esto se nutren los animales, que, al juntarse, atan a la carne aquella parte o miembro divino, y le hacen torcer de su ruta segura, y le detienen y enredan en toda clase de errores y aflicciones. Cuando los alimentos preparados con esta clase de plantas y de frutos se destinan a los santos, o lo que es lo mismo, a los maniqueos, con su castidad, plegarias, oraciones y salmos, separan todo lo que hay en ellos de claridad y de divinidad, lo purifican, es decir, lo perfeccionan totalmente, y, desligado de toda suciedad, vuela sin dificultad a su propio reino. Por eso, a un pobre que ande de puerta en puerta pidiendo limosna y no sea de vuestra secta prohibís que se le dé pan, frutos y aun agua, que es bebida tan ordinaria, por temor de que a la parte divina, mezclada en estas cosas, se le cierre el camino de retorno debido a la mancha de los pecados de este pobre mendigo.

37. La carne, según vosotros, no es más que un amasijo de sordideces. Es doctrina vuestra que se desliga algo de la parte divina cuando se recogen las plantas y los frutos; cuando se los machaca, o muele, o cuece, o muerde, o come, todo lo cual les hace sufrir; también cuando los animales se mueven, bien sea retozando, bien en los ejercicios de adiestramiento, bien cuando se les utiliza para el trabajo o bien cuando hacen alguna otra cosa; y, finalmente, durante el sueño, cuando se verifica en el cuerpo, con el calor interior, lo que se llama la digestión. Puesta totalmente en libertad la parte divina en todas estas circunstancias, del resto, que es lo más sórdido y sucio, se forma la carne por medio de la generación. En el hombre, sin embargo, esta carne se une a un alma de buena índole, porque en las circunstancias señaladas no se ha desligado totalmente de ella el elemento divino. Pero, cuando llega a su separación total de la carne, el resto no es otra cosa que un amasijo de inmundicias, y el alma de quienes las comen queda sucia y sórdida.

Revelación de los más monstruosos misterios maniqueos

XVI. 38. ¡Oh obscuridad de las cosas y de la naturaleza, cuánta falsedad encubres! ¿Quién hay que, ignorante de las causas de la naturaleza y privado, además, de la más pequeña luz de la verdad, no se deje seducir por los fantasmas corpóreos y no juzgue verdadera toda esa realidad, precisamente porque no aparece, pero que se la reviste de ciertas imágenes de las cosas visibles y se la expresa y describe con estilo tan brillante? Esta turbamulta y gran grey humana (así se llama a estos hombres) se libra de tan groseros errores, no tanto por el razonamiento cuanto por el temor religioso. Por lo cual será tal el empeño que ponga en rebatirlos, que bastará una sencilla exposición para que no sólo el juicio de los prudentes los repruebe, sino hasta las inteligencias más comunes vean su gran falsedad y mentira.

39. Lo primero que os exijo es la explicación de la existencia de ese algo no sé qué de divino en el trigo, legumbres, coles, flores y frutas. La explicación es el brillo del color, el perfume de los olores y la suavidad de los sabores; las cosas putrefactas, al contrario, en las que no existe nada de esto, muestran bien a las claras que se les ha ido todo este bien. ¿No os da siquiera vergüenza la afirmación de que la nariz y el paladar sean medios adecuados para conocer a Dios? Pero dejemos eso: os hablaré en latín, aunque, como suele decirse, sea mucho para vosotros. Es asequible a toda inteligencia que, si el color es signo de la presencia del bien en los cuerpos, ¿no es verdad que el estiércol de los animales, que es la inmundicia de la misma carne, muestra distintos colores, como, por ejemplo, el blanco, el rojo y otros más que en las flores y frutos miráis como testigos de la

presencia y de la unión de Dios mismo? ¿Por qué el color rojo de la rosa es signo de la abundancia del bien y no lo es el color rojo de la sangre? ¿Cuál es la explicación de que os gane las simpatías el color de la violeta y ese mismo color os cause desprecio en los biliosos, ictéricos y en las deyecciones de los niños? ¿Es razonable ver en la nitidez y brillo del aceite una señal de abundancia de la mezcla del bien, y os servís de ello para la limpieza del vientre y de las fauces, y os asusta tocar con los labios un color muy parecido que destilan las carnes grasas? ¿Por qué miráis como salido de 'los tesoros de Dios al melón y no pensáis lo mismo del tocino rancio de un jamón o de la yema de un huevo? ¿Cuál es la razón de que la blancura de las lechugas os hable de Dios y la de la leche no os diga lo mismo? Sigo hablando todavía de los colores, que, a la verdad, si los contemplamos en un prado esmaltado de flores, no son tan hermosos como en las plumas de un pavo real, aun naciendo de la generación y de la carne.

40. ¿Os muestra también el olor la presencia del bien? Pues sabed que la carne de ciertos animales sirve para hacer perfumes de la mayor suavidad y delicadeza, y que los alimentos cocidos con carne, aunque no sea de la mejor calidad, exhalan un olor mucho más agradable que si se cuecen solos. ¿Juzgáis, finalmente, de la pureza de las cosas por la suavidad del olor? Luego debéis comer con más avidéz el lodo que beber el agua de una cisterna; porque la tierra seca, rociada, regala al olfato de una manera muy peregrina y desprende un olor mucho más agradable que el agua de lluvia simplemente. ¿Es signo de la presencia de la divinidad en los cuerpos el sabor? Estoy entonces de acuerdo con vosotros en que esa porción divina se manifiesta más en los dátiles y en la miel que en la carne de cerdo; más en esta carne que en las habas, y en los higos más que en el hígado del cerdo con ellos cebado; pero también tenéis que concederme que abunda más lo divino en este hígado que en el animal. ¿Qué diréis si este razonamiento os obliga a confesar que hay raíces más puras que la carne, no distinguiéndose nada ambas cosas en la participación de lo divino si el sabor es señal de su presencia? Las mismas legumbres son más sabrosas cocidas con carne. Las hierbas que comen los animales para su alimento y no se pueden probar, convertidas en jugo de leche, revisten un color más bello y su sabor es muy agradable.

41. ¿Es que pensáis, acaso, que donde se unen estos tres bienes a la vez, el color, sabor y olor, allí existe más abundante el bien? Cese entonces ya vuestra admiración y elogios de las flores, pues que, a juicio del paladar, no se pueden soportar. Ni podéis siquiera preferir la verdolaga a la carne, que cocida la supera en el color, olor y sabor. El cochinitillo asado (en esta disertación sobre el bien y el mal se me obliga a buscar argumentos, más que en los autores y escritores, en los alimentos y en el modo de prepararlos), el cochinitillo asado, repito, presenta un color blanco, un olor muy suave y un gusto delicioso: esto es para vosotros la señal más perfecta de la presencia de la divinidad; este triple testimonio os convida, solicita con fuerza y atrae a que lo purifiquéis con vuestra santidad; arremeted, pues, con él. ¿Qué fuerza os sujeta? ¿Qué se os ocurre oponer a esta conclusión? Si se fija la atención en el color solamente; se ve que el de las deyecciones de un infante o niño de teta supera al de las lentejas; si en el olor, el de una albondiguilla asada es superior al del higo, por otra parte tan dulce y tan verde; si en el sabor, el de un cabrito asado es mucho más sabroso que la hierba que come; y, finalmente, existe una carne en la que se unen o juntan estas tres señales. ¿Queréis todavía más? ¿Se os ocurre alguna contestación? ¿Os manchará la comida de tan delicados manjares, y estas monstruosidades que con tanta pertinacia sostenéis dejarán intactas vuestra limpieza: e inocencia? Por otra parte, vuestra secta prefiere, sin duda, un rayo de este sol que nos alumbrá a todas las carnes y frutas, no por el olor y el sabor de que carece, sino precisa y únicamente porque supera a los demás cuerpos por la excelencia de: su brillantísimo resplandor. ¿Por qué no veis en esto mismo la fuerza irresistible que os exhorta y obliga a preferir el brillo del color a los demás signos de la mezcla de lo divino?

42. He aquí cómo se os han cerrado todas 'las salidas, hasta el punto de que os veis en la necesidad ineludible de confesar que hay más de lo divino en la sangre y restos de animales fétidos, pero brillantemente coloreados, que se echan en las alcantarillas, que en las pálidas hojas de la oliva. Ya sé que contestaréis a esto, como soléis siempre, diciendo que 'las hojas de la oliva, cuando se queman, echan una llama que muestra la presencia de la luz, mientras que no sucede esto con las carnes entregadas al fuego. ¿Qué diréis en el caso de la grasa, que casi todos los italianos la utilizan para alimentar sus lámparas? ¿Qué pensáis del estiércol del buey? Es en verdad más sucio que su carne, y, sin embargo, cuando está bien seco, los campesinos se sirven de él para el fogón; y se dice de él que nada hay más combustible y que su humo es de las cosas más saludables. ¿Por qué, si el brillo y resplandor son signos que revelan la presencia de una parte de la divinidad, no la purificáis, manifestáis y dais libertad vosotros mismos? Pues esta parte divina reside principalmente en las flores (no hablo de la sangre ni de lo que se halla en la carne o en todo lo que es parecido a ella), y las flores no podéis ponerlas en los banquetes; y aunque os alimentarais de carne, no usaríais en vuestras comidas las escamas de los peces, ni ciertos gusanos y moscas que en las tinieblas brillan con una luz o resplandor muy peculiar.

43. ¿Qué subterfugio os queda, sino decir que para descubrir la presencia de lo divino en los cuerpos no son jueces idóneos ni los ojos, ni el olfato, ni el gusto? Una vez puestos estos sentidos entre paréntesis, ¿qué razón alegaréis cuando decís que existe mayor participación de Dios en las plantas que en la carne, o que en absoluto hay en las plantas algo de lo divino? ¿Es acaso la belleza lo que os mueve, no la que consiste en la suavidad de los colores, sino la que resulta 'de la armonía de las partes? ¡Ojalá fuera esto verdad! Porque no tendrías jamás la osadía de comparar árboles torcidos con los cuerpos de los animales, cuya forma resulta de una simetría perfecta entre sus miembros. Mas si os halaga 'el testimonio de los sentidos (que es lo que sucede a quienes no pueden por la inteligencia conocer las esencias de las cosas), ¿cómo demostrar que, debido a la acción del tiempo y a ciertas trituraciones, se va o sale de los cuerpos la substancia del bien, que es lo mismo que irse Dios de allí y emigrar de un lugar a otro? Pero esto es el colmo de la locura, máxime no justificando vuestro modo original de pensar por señal o indicio alguno. Muchos frutos cogidos de los árboles o arrancados de la tierra mejoran si se deja transcurrir algún tiempo antes de comerlos, como los puerros, achicorias, lechugas, uvas, manzanas, higos y ciertas peras; y muchos adquieren, además, un color más agradable si no se comen al cogerlos, y son más saludables al cuerpo, y el paladar siente o experimenta un perfume más exquisito; pero estas ventajas y esta suavidad no existirían si, como decís, estas frutas estuvieran más vacías de la bondad o del bien en la medida del tiempo de su separación de la tierra, que es como su madre. La carne misma de los animales sacrificados el día anterior es más saludable y de mejor sabor; cosa extraña, según vuestra secta, ya que con el tiempo se produce una mayor exhalación de la substancia divina.

44. ¿Quién no sabe que el vino añejo es más puro y mejor y que, lejos de trastornar el sentido por la intensidad de su perfume, como pensáis, es muy útil para fortalecer el cuerpo si se usa con la moderación que es necesaria en todas las cosas? El mosto nuevo, al contrario, produce rápidamente efectos perniciosos: casi al momento de estar en la cuba y empezar a fermentar, a quienes lo contemplan desde arriba para observarlo les causa un mareo, que les hace caer, y si no acuden a tiempo en su ayuda, acaba con ellos, y en cuanto a la salud se refiere, ¿quién ignora la inflación y tensión muy nocivas que produce en el cuerpo? ¿La explicación de estos inconvenientes será que encierra en sí mayor suma de bien, y al vino añejo, debido a la pérdida de una gran parte de la substancia divina, carece de tales inconvenientes? Es absurdo que digáis esto vosotros, que juzgáis de la presencia de Dios en los cuerpos por las sensaciones de la vista, olfato

y gusto. ¿Qué mayor perversión del juicio puede haber que mirar al vino como la hiel de los príncipes de las tinieblas y no abstenerse, sin embargo, de comer las uvas? ¿Hay más hiel cuando el vino está encerrado en la cuba que cuando aun está en las uvas? Si el fruto, sazónándose más, con el tiempo pierde el bien que tenía, ¿por qué los racimos colgados y cubiertos son más suaves, dulces y saludables? ¿El vino mismo es más limpio, de más brillo y más saludable abstraído a la luz, perdiendo la substancia que puede hacerlo bueno?

45. ¿Qué decir de los árboles y de su ramaje, que con el tiempo se secan y, sin embargo, no podéis decir que se vuelvan peores? Desaparece lo que produce el humo, y lo restante da esa llama de brillo que tanto acariciáis, y que es prueba que el bien es más puro en el árbol seco que en el verde. De lo cual se sigue este dilema que os atenaza fuertemente: o negáis que la parte de Dios sea mayor en la llama pura que la envuelta en humo, y se sigue la destrucción de toda vuestra doctrina, o confesáis que los árboles cortados o arrancados de raíz, cuanto más tiempo se conservan, dejan escapar con más abundancia la naturaleza del mal que la del bien. Concedido esto, la conclusión será que de los frutos recogidos se puede escapar mayor abundancia de mal y en las carnes puede quedar mayor abundancia de bien. Baste lo dicho del sujeto tiempo.

46. Si la agitación, maceración y la acción de restregar unos objetos con otros son ocasión de que se vaya la naturaleza divina, otros objetos semejantes que mejoran con el movimiento os arguyen de falsedad. Así, por ejemplo, cierto jugo de la cebada es una bebida que tiene mucho de parecido con el vino, y mejora cuando se lo mueve o agita. Y se da el hecho que merece señalarse: esta bebida emborracha con muchísima facilidad y rapidez y nunca le disteis calificación de hiel de los príncipes. La harina, mezclada hábilmente con un poco de agua, se endurece algo, y con el movimiento mejora; y sucede, además, un fenómeno, al parecer muy contrario y absurdo: que, abstraída a la luz, blanquea más. El que fabrica pasteles agita la miel hasta darle cierto brillo y un sabor más dulce y agradable; dad, si podéis, una explicación de esto, si es que el bien se va de allí. Si es de vuestro agrado probar la presencia de Dios, no solamente por los sentidos de la vista, olfato y gusto, sino también por las delicias del oído, es sabido que la carne suministra abundancia de nervios y de huesos, con que se fabrican las cítaras y flautas; y para darles sonoridad se les deseca, restriega y retuerce lo mejor que sea posible. Como veis, la misma dulzura de la música, que, según vosotros, es de origen celestial, tiene, según nosotros, su origen en las sordideces de las carnes muertas, desecadas con el tiempo, bien restregadas y bien afinadas, por la torsión. ¿No son, sin embargo, estas operaciones las que hacen que se vaya la substancia divina de 'las cosas vivas y de las sometidas a la cocción? ¿Por qué, pues, los cardos cocidos no son nocivos a la salud? ¿Es necesario que se siga creyendo que durante su cocción se va de ellos Dios o una de sus partes?

47. ¿A qué seguir, puesto que decirlo todo no es fácil ni necesario? ¿A quién se le oculta que la cocción convierte en más suaves y saludables muchos alimentos? Lo que no debiera ocurrir si por movimientos de esta naturaleza se va de ellos el bien. Os juzgo faltos en absoluto de recursos para probar por estos sentidos corporales que la carne es impura y mancha el alma de quien la come, por la única razón de que los frutos, como consecuencia de muchas transformaciones, se convierten en carne; puesto que precisamente vosotros creéis que el vino es menos impuro que el vinagre, a pesar de ser añejo y ser su corrupción; y vuestra bebida ordinaria, que es una especie de vino cocido, debería ser más impura que el vino, si es que el movimiento y la cocción fuerzan a los miembros divinos a retirarse de los objetos corporales. Mas, si no es así, ¿por qué sostener con tanta pertinacia y ceguedad que de los frutos recogidos, y puestos en las bodegas, y manipulados, y cocidos, y digeridos, huye o se les va la substancia del bien y no queda de ellos más que una materia sórdida para la generación de los cuerpos?

48. Y si ni el color, ni la belleza, ni el olor, ni el sabor, son signos de la presencia del bien en estos objetos, ¿ qué otro signo os falta por alegrar? ¿No será acaso otro signo una cierta fuerza y resistencia que estos frutos parece que pierden cuando se los separa de la tierra y se manipula con ellos? Si éste es el motivo (aunque fácilmente se echa de ver su falsedad, pues muchos frutos separados de la tierra crecen en fuerza, como del vino se dijo, que, cuanto más viejo, tiene más fuerza), si es éste el motivo, repito, ningún alimento participa tanto de la divinidad como la carne, pues los atletas, a quienes tan necesario les es el vigor y la fuerza, no se nutren de legumbres y fruta, sino de carne.

49. ¿ Pensáis, acaso, que los árboles superan en excelencia a nuestros cuerpos por la única razón de que la carne se nutre del fruto de los árboles, mientras que los árboles no se alimentan de la carne? Es que no ponéis atención en lo que está a la vista de todos, de que los árboles más vigorosos y fecundos y las mieses más abundantes absorben la sabia del estiércol; y esto va contra vosotros, que no se os ha ocurrido, respecto de la carne, calificativo más grave que llamarla un receptáculo de basuras. De esto se nutre lo que tenéis por limpio, de lo más inmundo que existe dentro de las cosas inmundas. ¿Despreciáis la carne por su origen de la unión de los sexos? Buscad entonces vuestras delicias en la carne de los gusanos, que sin esta unión aparecen muchos y muy grandes en las frutas, árboles y en la misma tierra. No comprendo esta vuestra tan mala fe. Puesto que si realmente os causa horror la carne porque se origina de la unión de un padre y de una madre, ¿ por qué afirmáis que los príncipes de las tinieblas han nacido del fruto de sus árboles? ¿No os causan más horror y asco todavía esos seres de las tinieblas que las carnes, que, sin embargo, no queréis ni gustar siquiera?

50. La opinión de que las almas de los animales se originan de los alimentos de los padres y de que la gloria mayor es libertar de estas prisiones la substancia divina, prisionera en vuestros manjares, contradice vuestra práctica y os está siempre urgiendo con gran fuerza a comer la carne. ¿Por qué, en efecto, no dais libertad a las almas, que quedarán prisioneras de los cuerpos de quienes se nutren de carne, posesionándoos de ellas con antelación y comiendo estas carnes? La secta contestará a esto que no es en la carne donde reside el bien, sino en los frutos que comen con la carne. ¿Qué decir entonces del alma del león, que se nutre de sola carne? El león bebe, replica la secta, y su alma está formada del agua unida a la carne. ¿Qué explicación cabe respecto de una multitud innumerable de seres, de las águilas, por ejemplo, que sólo comen carne y no tienen necesidad alguna de beber? Aquí toda razón falta, porque no hay réplica posible. Pues si, en efecto, el alma proviene de los alimentos y existen animales que engendran sin tomar bebida y cuya comida, además, es únicamente carne, debe haber en ella un alma, a cuya purificación debierais cooperar, según vuestra costumbre, comiendo carne. A no ser que creáis que el cerdo, que se nutre de frutos y bebe agua, posee un alma de luz, mientras que las águilas, amigas del sol y de la luz, tengan un alma de tinieblas por alimentarse de carne sola.

51. ¡Qué contradicciones y qué absurdos! No incurrierais, ciertamente, en ellos si, libres de vuestras tan fútiles fábulas, hubierais seguido el camino de la verdad, que considera la abstinencia de manjares exquisitos como un medio para reprimir las pasiones y no de evitar una inmundicia que no existe. Porque si alguien, sin atender a la naturaleza de las cosas ni a la fuerza del alma y cuerpo, coincide con vosotros en que el alma se mancha con los manjares, tampoco habrá oposición entre vosotros y yo en la afirmación de que la manchan mucho más la codicia y la pasión, ¿qué mayor sinrazón o locura que borrar del número de los elegidos a quien quizás sólo en gracia de la salud y sin codicia alguna come una miaja de carne, mientras que a otro que con pasión desmedida desea los manjares y come con voracidad trufas bien espolvoreadas de pimienta se le juzgue, a lo sumo, como algo intemperante, pero no se le condene como corruptor del sello? Vuestra secta rechaza, en efecto, a quien sin pasión y únicamente por motivo de salud se le

sorprende comiendo un poco de carne de gallina, mientras que admite entre los santos al que se jacta públicamente de haber deseado con pasión tortas y pasteles, debido a que no tienen mezcla alguna de carne; retiene dentro a quien la pasión sumerge en las mayores impurezas y arroja fuera, como una basura, a quien sólo puede manchar el alimento; cuando es verdad que las manchas que tienen su origen en la concupiscencia son mucho más graves, por confesión vuestra, que las que se originan únicamente de los alimentos; entre vosotros se abraza con caricias y halagos a quien domina el ansia desmedida de comer frutas y legumbres preparadas con la mayor delicadeza y suavidad y, además, no se contiene, y al que para saciar el hambre y sin pasión alguna participa en una mesa común, tan dispuesto a tomar su parte como a dejarla, le excluís de vuestras filas. ¡Oh, qué costumbres tan admirables, qué enseñanzas tan sublimes y qué prodigiosa continencia!

52. Es también un crimen en vuestra secta que alguien, a excepción de los elegidos, toque los manjares que se sirven en los banquetes, como para purificarlos. ¡Qué vergüenza y qué fuente de crímenes y de torpezas es esta costumbre! Pues con mucha frecuencia se sirven en los banquetes tal cantidad de alimentos, que no se pueden consumir, debido al pequeño número de comensales; y como es un sacrilegio dar lo superfluo a otros o dejarlo perder, sois víctimas de grandes indigestiones a causa de la ardiente pasión de purificar todo lo que se sirve. Y una vez ya inflados hasta casi reventar, hacéis una violencia cruel a los niños que os están confiados a que coman las sobras; en Roma se le acusó a un maniqueo de haber causado la muerte a unos niños desgraciados por la violencia con que les obligó a obedecer tan cruel superstición. Rehusara darlo crédito si no supiera que juzgáis como un crimen horrendo dar las sobras a otros que no sean los elegidos o dejarlas que se pierdan: necesidad que casi todos los días produce las más asquerosas indigestiones y a veces llega hasta el homicidio.

53. Estos principios os llevan a prohibir dar pan al pobre, y, sin embargo, la misericordia, o más bien, la envidia, os inspirará darle dinero. ¿Qué recriminaré en primer lugar en esta práctica, vuestra crueldad o vuestra vesania o locura? ¿Qué le sucederá si se halla en un lugar donde no hay nada que vender? Este pobre hombre perecerá de hambre, mientras que vosotros, que pasáis por hombres sabios y bienhechores, os compadecéis más de los pepinos que de vuestros semejantes. ¿Cabe calificar con más propiedad y claridad esta práctica de falsa misericordia y de una verdadera crueldad? Pongamos ahora la atención en vuestra vesania o locura. ¿Qué ocurrirá si con la plata que le dais adquiere pan? ¿La parte divina no sufrirá en el que lo recibe del vendedor lo mismo que hubiera sufrido recibido de vosotros? Este pobre pecador cubre de suciedades e impurezas la porción de Dios que ansía volver a reanudar el vuelo en dirección a su reino; y lo más grave es que cooperáis a este crimen con vuestra plata, y, sin embargo, vuestra prudencia, con ser tanta, llega a ver diferencia entre poner la víctima en manos del homicida y poner el dinero para comprarla y sacrificarla. ¿Qué mayor locura o insensatez que ésta? Porque sucederá una de dos cosas: o la muerte del mendigo, si no adquiere pan que comer, o la muerte del pan, si lo adquiere; el primero es un homicidio real, lo mismo que el segundo, según vuestra doctrina, y de los dos sois responsables. Otra de vuestras prescripciones, saturada de perversidad e insensatez, es la prohibición a vuestros oyentes de matar los animales y no de comer carne; pues si la carne no mancha, ¿por qué no la coméis vosotros?; y si mancha, ¿qué mayor insensatez que creer mayor crimen la libertad del alma de los puercos que la mancha del alma del hombre con la carne de este animal?

Cuál es el sello de las manos en la secta maniquea

XVII. 54. Tratemos ya y examinemos detallada y atentamente el sello de las manos. Lo primero que hay que tener en cuenta es que el mismo Jesucristo juzgó ¹² como muy

supersticiosa esta vuestra práctica de no matar los animales ni cortar los árboles ¹³. Él declaró, en efecto, que no existe relación alguna entre nosotros y los animales y los árboles, cuando dio licencia a los demonios para que fueran a la pira de cerdos y cuando se secó la higuera que maldijo por no hallar en ella fruto alguno. Ciertamente que ni los puercos ni la higuera habían cometido pecado alguno, ni somos tan necios que creamos que el árbol elige voluntariamente la fecundidad o la esterilidad. Ni hay necesidad de haceros ver que nuestro Señor quiso por estos hechos significar otra cosa, porque no hay nadie que no lo sepa. Pero con certeza se puede asegurar que si, como pretendéis, fuera un homicidio matar un animal o cortar un árbol, no hubiera elegido el Hijo de Dios el homicidio como signo; porque si hizo prodigios con los hombres, con quienes nos unen los vínculos de la sociedad, fue curándolos, no matándolos. Y lo mismo hiciera con los animales y los árboles si hubiera creído que entre ellos y nosotros había los vínculos de unión que imagináis.

55. He utilizado aquí el argumento de autoridad, porque, cuando habláis del alma de los cerdos y de una cierta vida atribuida a los árboles, me es imposible seguir en todas vuestras sutilezas. Pero como vosotros, para no ser aplastados por la verdad de las Escrituras, os defendéis con el recurso de decir que están falsificadas; aunque no neguéis la autenticidad de los pasajes relativos a la higuera estéril y a la pira de cerdos, no me desviaré de mi propósito, por temor de que veáis cuán contrarios son a vuestra doctrina y los consideréis como interpolados. Mi propósito es, pues, exigir en primer lugar a vosotros, que tan hábiles sois en prometer razones y verdad, una demostración del mal que se puede hacer a un árbol, no digo sólo cogiendo los frutos y arrancando las hojas (entre vosotros se condenaría como corruptor del sello al que esto hiciera con conocimiento de causa), pero ni aun sacándolo de cuajo. ¿No dice vuestra secta que el alma racional que existe en los árboles, cuando se cortan, se libra de las cadenas que la tenían prisionera en una gran miseria y sin ninguna utilidad? ¿No se sabe que vosotros, o mejor El fundador de vuestra secta, suele amenazar con un castigo, aunque no el mayor, el que los hombres lleguen a hacerse árboles? ¿Será posible que el alma llegue a ser más sabia en un árbol que en un hombre? Sabemos, por razones eficacísimas, que es un deber respetar la vida del hombre, no sea que se la quiten a quien por su sabiduría y virtud podría aprovechar muchísimo a otros, o a quien podría, llegar a la sabiduría, bien con la ayuda de una advertencia exterior, bien con la iluminación de su pensamiento por un rayo divino. La verdad, apoyada en razones las más juiciosas y en el consentimiento general, dice que, cuanto es más sabia el alma del hombre libre de las cadenas del cuerpo, tanto más se debe acelerar su salida. Por lo cual, el que corta un árbol no hace más que dar libertad a un alma que no adelantaba nada en la perfección de la sabiduría. Y sobre todo vosotros, los santos, debierais cortar los árboles, y una vez libres las almas de estos vínculos, llevarlas, con vuestras oraciones y salmos, a una mansión mejor. ¿O esto sólo lo podéis hacer con las almas que vuestro espíritu no ayuda, pero que tan bien sabe engullir vuestro estómago?

56. Sabéis también muy bien que las almas de los árboles, durante su existencia en ellos, no progresan en la sabiduría, y, sin embargo, experimentáis las más graves dificultades cuando se os pregunta la razón de no enviar a los árboles un apóstol o la razón de no predicarles la verdad quien se la predica a los hombres. Vuestra contestación obligada es que en esta situación las almas no pueden comprender los divinos preceptos. Pero he aquí que las dificultades os aprietan por otro lado con más fuerza todavía afirmáis que estas almas oyen vuestra voz, entienden vuestras palabras, distinguen los cuerpos y sus movimientos y ven hasta los pensamientos. Si esto es verdad, ¿cuál puede ser la razón de no aprender de un apóstol de la luz? ¿A qué obedece no poder aprender más fácilmente que nosotros, si penetran las interioridades del espíritu? El maestro que experimenta tanta dificultad en la enseñanza por medio de la palabra. podría con facilidad

instruirlos con sólo el pensamiento, pues aun mucho antes de hablar vería sus ideas en la inteligencia. Pero si todo esto es falso, reconoced, al fin, el error en que estáis sepultados.

57. Vosotros, es verdad, no recogéis personalmente los frutos ni arrancáis las hierbas; pero ordenáis que lo realicen vuestros oyentes, y, además, decís que les es de mucho provecho, no sólo a ellos, sino también a los alimentos. ¿Qué nombre, vuelvo a repetir, que reflexione bien las cosas, puede tolerar esta tan absurda? ¿Qué importa que tú mismo personalmente no cometas el crimen, si ordenas que lo cometa otro? Contestáis que no queréis hacerle cometer el crimen. Pero entonces, ¿cómo dar libertad a aquella parte divina sepultada en las lechugas y en los puerros, si no hay nadie que los arranque y ofrezca a los santos para purificarlos? ¿Cuál sería tu actitud en la hipótesis de que, yendo tú de paseo por un campo en el que los derechos de amistad te dan libertad para coger la fruta que quieras, vieras a un cuervo posado en un higo? ¿No te parecería, según vuestra doctrina, oír al higo dirigirte la palabra y pedirte con lágrimas que lo recojas y sepultes en tu santo vientre, con el fin de purificarlo y resucitarlo, antes de dejarse devorar por el cuervo, donde será mezclado con su cuerpo impuro y condenado a sufrir otras transformaciones? ¿Qué hay más cruel, si vuestra doctrina es verdadera? ¿Y qué mayor ineptitud si es falsa? Si quebrantáis el sello, ¿qué mayor contradicción con vuestra disciplina? Y si lo guardáis, ¿qué mayor enemistad con un miembro de Dios?

58. Este resultado muestra solamente el aspecto falso y ridículo de vuestro sistema; pero 'lo cierto y claro es que existe en vosotros una crueldad que nace de vuestro mismo error. Es el caso de un hombre que, deshecho el cuerpo por la enfermedad y agobiado por la fatiga, se halla tendido y casi muerto sobre el camino, sin apenas poder proferir algunas palabras, y que sería, sin duda, un refrigerio para su cuerpo darle aunque no fuera, más que una pera. Tú pasas por delante de él y ves que te pide tu asistencia y ruega con instancia que le cojas del árbol más próximo algo de fruta, que ningún derecho, ni humano ni divino, prohíben, por la inminencia de la muerte; pero tú, que te precias de cristiano y de santo, sigues tu camino, dejando abandonado a este hombre por compasión a las lágrimas del árbol y por no ser condenado a los castigos maniqueos, como violador del sello. ¡Qué costumbres y qué extraña y peregrina inocencia!

59. Pero descubridme ya qué es lo que os inquieta en la muerte de los animales, puesto que sobre esta materia hay muchas cosas que decir. ¿Qué mal causa al alma de un lobo quien lo mata? El lobo, mientras viva, será lobo y no obedecerá a la vez de ningún predicador que le prohíba chupar la sangre de los corderos, mientras que la muerte libra a su alma, según vosotros racional, de los lazos del cuerpo. A vuestros oyentes les está prohibido matarlos, y con más rigor que si se tratara de los árboles. No repruebo estas impresiones corporales que experimentáis; porque vemos y comprendemos por los gritos de 'los animales que la muerte les es dolorosa; pero el hombre lo puede despreciar, pues ninguna relación le une con la bestia, que no tiene alma racional. Lo que quiero yo explicarme es qué sentimientos podéis experimentar en la contemplación de los árboles, y veo que en esto padecéis una ceguera completa. Porque, dejando a un lado que no se manifiesta en los árboles por ningún movimiento sentimiento alguno de dolor, ¿no es evidente que el árbol no está nunca mejor que cuando crece, se cubre de hojas y se carga de flores y frutos? Esto, como sabéis, se debe ordinariamente y en gran parte a la poda. Si el hierro le fuera tan doloroso como pretendéis, con tantas heridas se le vería debilitarse, más bien que brotar con fuerza en los sitios cortados y revivir con mayor vida, que es como dar muestras de alegría.

60. ¿Por qué, pues, creéis que es mayor crimen matar un animal que cortar un árbol, siendo su alma (la, del árbol) más pura que la de la carne? Hay, dice vuestra secta, una compensación cuando una parte de lo que se arranca de los campos se da a purificar a los elegidos y a los santos. Ya se rebatió y se demostró suficientemente que no hay razón alguna para establecer que los frutos tengan mayor participación de la divinidad que la

carne. Pero supongamos que un hombre emplea la vida en la compra de carne y utiliza su lucro o ganancias en la adquisición de los alimentos de los elegidos, y se los procura con más abundancia que el labrador o campesino, ¿no podrá decir en este caso vuestro defensor que por la misma ley de compensación le será lícito a ese hombre matar los animales? Pero replica él que hay todavía otra razón mucho más secreta. Al hombre astuto y listo no le faltan nunca, dada la obscuridad de los hechos de la naturaleza, subterfugios contra los ignorantes. Aquellos celestes príncipes que, vencidos y encadenados en ese vuestro reino de las tinieblas, ocupan aquellos lugares que la orden del Creador del mundo les asignara, poseen en la tierra cada uno sus animales; y quienes se atreven a quitarles 'la vida son culpables a sus ojos, y se les impide salir de este mundo, y se les machaca y tritura con los castigos y penas de que su fiereza inhumana es capaz. Yo sé que gente ignorante y que no ve con tanta obscuridad temblará con estas amenazas y creerá que es como se dice. Pero yo seguiré de manera indeclinable mi propósito, y, prestándome Dios su auxilio, desharé estas obscuridades mentirosas con la luz de la más clara verdad.

61. Yo trato de averiguar si los animales que viven sobre la tierra o en el agua descienden de aquella raza de príncipes por vía de generación y por unión de sexos, ya que, según vosotros, los que nacen proceden de aquellos abortos que existen en aquel vuestro reino del mal; y si es así, quiero saber si es lícito matar a las abejas, ranas y otros muchos animales que nacen sin la unión de los sexos. No es lícito, contestan ellos. No es, pues, el parentesco con no sé qué príncipes la razón de prohibir a vuestros oyentes matar los animales. O, si admitís entre todos los cuerpos un parentesco general, los árboles también participarán en la misma categoría de las ofensas cometidas contra los príncipes. ¿Por qué, pues, no ordenáis a vuestros oyentes que los perdonen? Reducidos de nuevo a la impotencia, repiten que la falta que cometen los oyentes con los árboles es expiada por los frutos que llevan a vuestras reuniones. Han llegado hasta a decir que los que en el matadero degüellan los animales y venden su carne, con tal que sean vuestros oyentes y empleen sus ganancias en procuraros alimentos, pueden creer permitida esta inmolación, y que la falta cometida es expiada en vuestros festines y banquetes.

62. Si decís lo que acerca de los frutos y legumbres, que se llegó al acuerdo de que esta inmolación puede expiarse, pues es imposible que los oyentes se abstengan de matar animales (los elegidos no comen carne), ¿qué diréis entonces de las espinas y de las hierbas inútiles, que los agricultores destruyen arrancándolas de los campos que quieren limpiar, y de las que no se puede sacar alimento alguno en compensación? ¿Cómo podrá expiarse una devastación tan general que no procura alimento alguno a los santos? ¿Perdonáis, acaso, en vista de la que comeréis de las frutas y legumbres, toda falta cometida en aumentar su producción? Pero si los campos son arrasados por la langosta y por las ratas y los ratones como con alguna frecuencia sucede, ¿les matará con impunidad un agricultor oyente vuestro, que no comete el crimen sino en vista de una mayor producción? Heos aquí otra vez en un callejón sin salida: o concedéis a vuestros oyentes el derecho de matar los animales, derecho que les rehúsa vuestro fundador, o les prohibís la agricultura, que les es permitida. Con frecuencia se os oye decir que un usurero es más inocente que un campesino; hasta ese punto llegáis, hasta ser más amigos de los melones que de los hombres, ya que para impedir hacer daño a los melones permitís que el hombre se arruine por la usura. ¿Es ésta la justicia que se busca y se pregona? ¿No es más una superchería execrable, digna de reprobación? ¿Es ésta una piedad digna de elogio o, más bien, una execrable inhumanidad?

63. ¿Por qué, si vosotros os abstenéis de la matanza de los animales, no perdonáis a los piojos, ni a las pulgas, ni a las chinches? Y lo extraño es que creáis justificada plenamente esta medida con decir que estos insectos son la porquería de nuestro cuerpo. Lo que es abiertamente falso por lo que a las pulgas y chinches se refiere. ¿No es a todos evidente

que estos animales no tienen su existencia de nuestro cuerpo? Y, además, si reprobáis la unión de los sexos con tanta vehemencia, que os parece hasta excesiva, ¿no os parecerán más puros los que sin unión alguna se originan de nuestro cuerpo? Ellos engendran, sin duda, por generación; pero, sin embargo, no nacen de nuestro cuerpo por generación alguna de parte nuestra. Pero, si se deben considerar como muy impuros los animales que nacen de cuerpos vivos, con mayor razón lo serán los que tienen su origen de cuerpos muertos. Se os oye decir también que se pueden matar impunemente los ratones, las culebras y los escorpiones, que son producidos de los cadáveres humanos. Pasemos en silencio lo obscuro e incierto. Es una opinión muy común que los cadáveres de los bueyes producen las abejas; luego sin castigo alguno se les puede quitar la vida. Y si esto os parece dudoso, ¿negaréis, al menos, que los escarabajos tengan su origen del estiércol hecho una pelota, sepultada debajo de la tierra? Estos animales y otros, que sería largo de contar, deben ser mirados por vuestra secta como más impuros que los piojos, y, a pesar de eso, os parece criminal destruir aquellos; así como una necedad perdonar a los piojos, a no ser que vuestra poca estima obedezca a que son animales pequeños. Si, cuanto más pequeño, es, a vuestro juicio, más despreciable, se sigue necesariamente que preferiréis un camello a un hombre.

64. Ahora recuerdo aquella gradación que me inquietaba con frecuencia cuando oía vuestras explicaciones. Si la pequeñez autoriza la destrucción de una pulga, nada impedirá quitar la vida a una mosca; que tiene su nacimiento en, un haba. Si no perdonáis a la mosca, ¿por qué no matar al insecto algo más fuerte cuya cría es seguramente más pequeña que la mosca? Se seguirá también que no habrá obstáculo para destruir una avecilla cuya cría es de la misma talla que esta mosca, y lo mismo la langosta y al ratón que sus crías. No me alargó más, pues basta para ver que de grado en grado se llegará hasta el elefante, hasta poder matar sin pecado alguno esta bestia monstruosa, quien, debido a su pequeñez, puede sin pecado destruir una pulga. Basta ya de semejantes niñerías.

El sello del seno. Infames misterios de los maniqueos

XVIII. 65. Resta únicamente tratar del sello del seno, en el que vuestra castidad queda muy maltrecha. No contentos solamente con la condenación de la unión de los sexos, realizáis también la profecía del Apóstol reprobando las nupcias, única y honesta justificación de la unión carnal. Yo sé que aquí vosotros vais a protestar a grandes gritos y excitar por todos los medios el odio y la envidia contra mí, diciendo que vuestra recomendación y alabanza, casi excesivas, de la castidad perfecta, no es una condenación de las nupcias¹⁴, puesto que a los oyentes, que son el segundo grado de vuestra secta, no les está prohibido el matrimonio. Pero así que cesen esos gritos, voceríos y protestas tan saturadas de indignación, me permitiréis que yo con mucha suavidad y dulzura os haga preguntas como las que siguen: ¿No sois vosotros quienes, por la unión de las almas con la carne, consideráis la procreación de los hijos como algo aún más criminal que la unión misma de los sexos? ¿No sois los que nos solíais recomendar con insistencia que nos fijáramos, en cuanto fuere posible, en el tiempo durante el cual la mujer, después de la purificación, es más apta para engendrar, y que nos abstuviéramos en ese tiempo de todo comercio carnal con ella, para no exponer a que el alma se uniese con la carne? De donde se sigue que, si vosotros pretendéis tener una mujer, no es para engendrar hijos, sino para satisfacer la concupiscencia. Pero el matrimonio, según las leyes nupciales, es la unión de un hombre y de una mujer con el fin de engendrar hijos; y a cualquiera que le parezca mayor crimen la generación que la unión, por esto mismo prohíbe las nupcias: hace de la mujer, más bien que esposa, una prostituta, que por regalos se entrega al hombre para satisfacción de su concupiscencia. Allí donde la mujer es esposa, allí hay matrimonio; pero no hay matrimonio donde se

impide la maternidad; allí no hay esposa. Prohibís, por consiguiente, el matrimonio y no podéis con razón alguna libraros de este crimen, que ya os reprendió el mismo Espíritu Santo.

66. Pero cuando con tanta vehemencia os oponéis a la unión de los sexos, que encadena el alma a la carne, y con vehemencia y energía aún mayores afirmáis que por el alimento de los santos sale el alma de la esclavitud de las semillas, ¿no confirmáis al mismo tiempo vosotros, ¡oh miserables!, las sospechas que se forman contra vosotros? ¿Por qué, cuando coméis trigo, habas y lentejas y otras semillas, se cree que es voluntad vuestra dar libertad al alma y no se ha de creer lo mismo respecto de las semillas de los animales? Lo que decís de la impureza de la carne de un animal muerto, porque no tiene alma, no lo podéis decir de la semilla de un animal vivo, que, según vosotros, tiene encadenada un alma que se manifestará en la prole, y en la que confesáis está sepultada el alma del maniqueo mismo. Y como tales semillas no os las pueden presentar vuestros oyentes para purificarlas, ¿quién no caerá en la sospecha de que vosotros mismos hacéis estas purificaciones secretas y que les ocultáis estas acciones infames, por temor de que os abandonen? Y si vosotros no las hacéis, y quiera Dios que así sea, ¿no veis a qué sospechas vuestra superstición da libre curso y cuán irracional es irritarse contra los que así juzgan, dándoles vosotros motivos, pues proclamáis que por el alimento y la bebida libráis las almas de los cuerpos y de los sentidos? No quiero detenerme más en esto; es bastante para mostraros cómo hay lugar para haceros toda clase de invectivas. Pero la materia es tal, que más bien retrae que convida a seguir su desarrollo; y yo creo haber demostrado en todo mi discurso que, lejos de querer exagerar, no he hecho más que indicar los hechos visibles y las razones evidentes. Pasemos, pues, a otra cosa.

Los crímenes de los maniqueos

XIX. 67. Ahora ya está bastante claro el juicio que se merece vuestra doctrina de los tres sellos. Tales son vuestras obras, tal el fin de vuestros preceptos admirables, donde nada es cierto, ni verdadero, ni racional, ni inofensivo, sino todo al contrario, dudoso; más todavía, todo es, sin duda alguna, falsísimo, contradictorio, absurdo y abominable. En fin, se descubren en vuestras costumbres tantos y tan graves pecados, que, si alguien de alguna capacidad quisiera entablar causa contra todos, para cada uno serían pocas las páginas de un volumen. Si observareis tales preceptos y practicareis tales enseñanzas, seríais de lo más inepto, insensato e ignorante que existe en el mundo; pero, como sólo os contentáis con elogios y con enseñar lo que no practicáis, se sigue que no es posible imaginar ni encontrarse con gente ni más falsa, ni más peligrosa, ni de peor intención que vosotros.

68. Durante los nueve años íntegros que oí las explicaciones de vuestra doctrina con gran vigilancia y asiduidad, no pude conocer ni a uno solo de vuestros elegidos que, desde el punto de vista de vuestros preceptos, no haya sido sorprendido en pecados o no haya dado que sospechar. Oíamos que muchos se daban al vino y a la carne y a los placeres del baño; y a otros se les acusó, sin posibilidad de réplica, de corruptores de las mujeres del prójimo. Pero supongamos que lo que se dice es más de lo que en realidad es. Lo que yo vi con mis propios ojos, y conmigo otras personas (algunas de las cuales ya están libres de tal superstición y las demás espero que recobrarán dicha libertad), lo que vimos, digo, en una encrucijada de Cartago, en una plaza muy concurrida, fue que no uno solo, sino más de tres elegidos requebraban a mujeres que pasaban con gesticulaciones tan lúbricas, que excedían en mucho a la desvergüenza y deshonestidad más groseras. ¿No es evidente que tal maestría en esas cosas procedía de costumbres muy arraigadas y de que vivían así entre ellos, pues ninguno se avergonzaba de la compañía de los demás? ¿No son todos, o casi todos, unos corrompidos con la misma especie de corrupción? Estos hombres, en efecto, no vivían juntos en la misma casa, sino en sitios distintos; pero

puede ser que bajaran juntos del lugar donde habían tenido su asamblea general. Nosotros, profundamente ofendidos, presentamos también graves quejas. ¿Creéis, sin embargo, que hubo alguien de los elegidos que juzgara un deber castigarlos, no digo ya con la expulsión de sus juntas, sino al menos con una fuerte reprehensión, proporcionada a tan monstruosa deshonestidad?

69. La sola excusa posible de esta impunidad es que, como en esta época la ley pública prohibía tales reuniones, se temía que los culpables descubriesen los secretos de la secta. Allí también se predica con jactancia que sufrirán persecución en este mundo, y, con el fin de hacerse más recomendables, se atribuyen lo del texto sagrado de que el mundo les persigue con odio y saña ¹⁵, y de que allí se ha de buscar la verdad, pues la promesa del Espíritu Santo Paráclito dice que este mundo no la puede recibir ¹⁶. No es éste el lugar para tratar asuntos tales; pero tened presente que si hasta el fin de los siglos se os persigue sin interrupción, es porque persisten también impunes hasta el fin de los siglos tal disolución y complicidad en tan infamantes torpezas, mientras temáis castigar a los que las cometen.

70. Esto mismo se nos respondió a nosotros cuando presentamos a los primates de la secta la queja de una: mujer por lo que le había acaecido, y era que, reunida con otras compañeras y creyéndose segura, debido a la fama de santidad de los maniqueos, entraron allí de improviso muchos elegidos, y uno de ellos apagó la luz, e ignorante de quién era el que la abrazaba y hacía violencia, no pudo escaparse de sus manos sino a fuerza de gritos y de voces. ¿Estas deshonestidades, conocidas de nosotros, no deben ser consideradas como fruto de una inveterada costumbre? Esto sucede (notad bien esta circunstancia) la noche misma que celebraban la vigilia de una fiesta. Y aunque en realidad de verdad no hubiera miedo de traición, ¿quién podía llevar a juicio en presencia del obispo al que tomó tales medidas para no poder ser reconocido? ¿No se debía también imputar esta deshonestidad a todos los que juntos entraron, ya que la luz se apagó en medio de las risas y griterío desvergonzados de los asistentes?

71. Daban muchos motivos para toda clase de muy malas sospechas, pues se veía que les comía la envidia, la avaricia, la glotonería; los altercados y contiendas y su movilidad de carácter no tienen igual ¿Se puede con razón pensar que se abstienen de lo que exige su profesión cuando se ven en la obscuridad y las tinieblas? Había dos hombres de bastante buena reputación, de ingenio fácil y muy hábiles en las discusiones y más que los otros íntimamente unidos conmigo, sobre todo uno, debido a sus gustos literarios, y el cual es al presente presbítero. Pero a los dos les comía la pasión de la envidia; uno de ellos acusó al otro, no públicamente, sino a ocultas, con palabras y murmuraciones, a quien se le ofrecía, de que había hecho violencia a la esposa de uno de los oyentes. El otro, para justificarse, acusó a su vez en presencia de nosotros, del mismo crimen a un elegido que vivía con el mismo oyente como amigo fidelísimo, al que, al entrar de improviso en la misma casa, sorprendió con esta mujer; él pretendía hacer ver que su rival y enemigo, carcomido de envidia, había aconsejado a los dos culpables echasen sobre él esta calumnia, por temor de ser él acusado del crimen, si la cosa se descubría. Nosotros estábamos, lo confieso, en mucha angustia, y aun no atreviéndonos a dar asentimiento a 'lo que se decía acaecido con esta mujer, nos hacía sufrir mucho 'la envidia tan tenaz que existía en aquellos dos hombres, que nos parecían como lo mejor de la secta, y esta envidia tan tenaz y violenta nos llevaba como a la fuerza a hacer toda clase de conjeturas.

72. Finalmente, en el teatro se veía con mucha frecuencia, juntamente con un presbítero de pelo blanco, muchos elegidos cuya edad y aparentes costumbres eran como credenciales de su gravedad. No hablo de mucha gente joven que se veía de ordinario en plena contienda y discusión con actores y cocheros. Esto era suficiente para probar cómo podían abstenerse de crímenes ocultos quienes se dejaban vencer de esta sed de

placeres, que les delataba a las miradas de sus oyentes, y les traicionaba cuando, sorprendidos, se avergonzaban y huían. ¿Y qué decir del crimen de este otro santo cuyas disputas nos llevaron con mucha frecuencia a la quinta de un vendedor de higos? ¿Cómo se hubiera descubierto si hubiera podido conseguir hacer mujer y no madre a una virgen consagrada al Señor? Pero el embarazo no permitió quedase oculto este crimen secreto e increíble. Tan pronto como la madre se lo descubrió a un hermano suyo joven, lo llevó muy a mal; sin embargo, en consideración a la religión, no le delató a la justicia; pero consiguió (porque cosas como éstas no se podían tolerar) que este santo fuese expulsado de esta iglesia. Después, para que este crimen no quedara impune, se juntó con algunos amigos y a puñetazos y puntapiés lo mataron. Y, gravemente herido, gritaban que por la autoridad de Manés se le perdonase, que Adán, el primer héroe, había pecado que después de su caída había sido más santo.

73. Tal es la opinión que os habéis forjado de Adán y Eva: es una fábula muy larga; aquí sólo tocaré lo que dice relación a mi asunto. Adán, decís, de tal modo fue engendrado por sus padres, por aquellos príncipes, verdaderos abortos de las tinieblas, que su alma casi toda era luz, sin apenas mezcla de tinieblas. Vivía santamente a causa de la sobreabundancia del bien, hasta que la parte mala se turbó y le hizo caer en las obras de la carne; ésta fue su caída y su pecado; pero después hizo una vida mucho más santa. En el crimen de que se trata, mis quejas no se refieren tanto al culpable, que, con apariencias de elegido y de santo, cubrió a toda una familia de deshonor e infamia por su acción criminal; no, no es esto lo que os echo en cara, pues no veo aquí más que el hecho de un hombre totalmente pervertido, más bien que una consecuencia de vuestras costumbres; no es a vosotros a quienes repruebo acción tan deshonesta, sino a él solo personalmente. Lo que no comprendo es que, siendo el alma, según vuestra secta, una parte de Dios, afirméis, a pesar de eso, que la exigua mezcla del mal supere y venza a la sobreabundancia y fecundidad mucho mayor del bien. ¿Quién es el hombre que, creyendo esto, si la pasión le llama y le atrae, no recurra a este pensamiento 'para su defensa, más bien que para refrenarla y domarla?

Los crímenes de los maniqueos descubiertos también en Roma

XX. 74. ¿Qué más diré yo de la santidad de vuestras costumbres? Los crímenes que acabo de referir fueron conocidos por mí mismo en esta ciudad donde se cometieron. Lo que pasó en Roma durante mi ausencia, es muy largo de contar; sin embargo, algo diré. Las cosas salieron con tal fuerza e ímpetu a la superficie, que ni a los mismos ausentes podían permanecer ocultas; y cuando volví a Roma, me aseguré yo mismo de la verdad de lo que había oído, aunque el testigo ocular que me lo refirió me merecía crédito, dada su amistad conmigo y su bien probada sinceridad. Entre vuestros oyentes había uno que no tenía que envidiar en nada a los elegidos en vuestra tan decantada abstinencia, bien instruido en las artes liberales, y que quería defender y defendía de hecho con elocuencia, vuestra secta, y que sufría muchísimo cuando en sus discursos le echaban siempre en cara las costumbres criminales de tantos elegidos que vivían tan perdidamente aquí y allá y en todas partes sin morada fija. Su más vehemente deseo era reunir, en lo posible, en su casa a todo el que estuviere dispuesto a observar los preceptos de la secta; y él se comprometía a sufragar sus gastos: era muy rico y muy poco apegado al dinero. Lo que le dolía y de lo que se lamentaba era de ver que sus esfuerzos no tenían eficacia, debido a la disolución los obispos, cuya cooperación tanto necesitaba para la realización de sus proyectos. En estas circunstancias tenía la secta un obispo de exterior duro y tosco, en verdad, como yo mismo lo supe por experiencia; pero, no sé cómo, por esta misma dureza parecía más severo en la observancia de las buenas costumbres. El oyente hacía mucho tiempo que deseaba hablar con él, y cuando se presentó la ocasión la aprovechó para comunicar con él sus proyectos, los cuales aprobó y fue, además, por ellos felicitado,

y se ofreció con gusto a ser el primero que viviera con él. Hecho esto, se reunieron con él todos los elegidos que se pudo encontrar en Roma. Se propuso como norma de vida un reglamento tomado de la carta de Manés; pero a muchos de ellos les pareció un yugo intolerable y se fueron y los demás se quedaron por vergüenza. Se comenzó a vivir como se había determinado y como lo prescribía autoridad tan grande: el oyente, a la vez que urgía con vehemencia a todos al cumplimiento de todos los puntos de la regla, iba el primero a todo. Durante este tiempo se suscitaban con excesiva frecuencia riñas y altercados entre los elegidos, echándose en cara unos a otros sus crímenes, que el oyente veía con dolor y procuraba que en sus altercados se descubrieran a sí mismos, y aparecían cosas infames e inhumanas. Entonces se conoció lo que eran aquellos hombres, que se creían los únicos capaces de soportar todo el rigor de su doctrina y preceptos. ¿Qué se podía ya sospechar de los demás, o mejor, qué juicio emitir sobre su conducta? ¿Qué más? Obligados como estaban, acabaron por declarar sordamente que aquella disciplina era insostenible, y desde este momento comenzó la sedición y rebelión. El oyente defendía su causa con un dilema muy sencillo: o se debían cumplir todos los preceptos o había que considerar como el más insensato de los mortales a quien imponía tales preceptos con condiciones tales que nadie podía practicar. Sin embargo triunfó, como no podía menos de suceder, la gritería desenfrenada de casi todos contra la opinión o parecer de uno solo. Al fin el mismo obispo cedió y con gran infamia huyó también. Aceptaba, a lo que parece, contra la regla, manjares exquisitos que le llevaban ocultamente, y que pagaba con esplendidez con dinero particular que ocultaba con mucho tacto y cautela.

75. ¿Tendréis aún la osadía de negar la verdad de estos hechos? Porque esto sería cerrar los ojos a la luz y no querer ver lo que todo el mundo conoce. Pero ojalá rechacéis esto, por porque, como son hechos tan claros y tan fáciles de conocer quienes les interesen, se comprenderá que no puede jamás salir verdad alguna de quienes con tan obstinada pertinacia niegan la verdad de hechos tan evidentes. Os ruego que utilicéis otros medios de defensa, que seguramente no reprobaré. Podéis decir, por ejemplo, que existen todavía entre vosotros quienes practican los preceptos y que no se les debe hacer responsables de las transgresiones de los demás, o que no es necesario en modo alguno saber cuáles son los hombres que profesan vuestras doctrinas, sino más bien lo que son esas doctrinas en sí mismas. Muy bien; pero aun cuando yo admitiera ambas respuestas (tropezáis, desde luego con la imposibilidad de demostrar la existencia de observantes fieles de los preceptos y de limpiar vuestra herejía misma de tantos absurdos y crímenes), os exigiría, sin embargo, la razón de vuestra tan maldita persecución contra los católicos por el mal ejemplo de algunos: cuando se trata de vuestros adeptos, eludís la cuestión, o no la eludís, con mayor desvergüenza todavía, y queréis por todos los medios convencer a los demás que en vuestro muy reducido número se ocultan no sé quienes que practican con fidelidad sus preceptos; mientras que, cuando se trata de la inmensa multitud de la Iglesia católica, seguís una conducta contraria, queriendo ocultar su inmensa santidad, que resplandece más que la luz del sol.